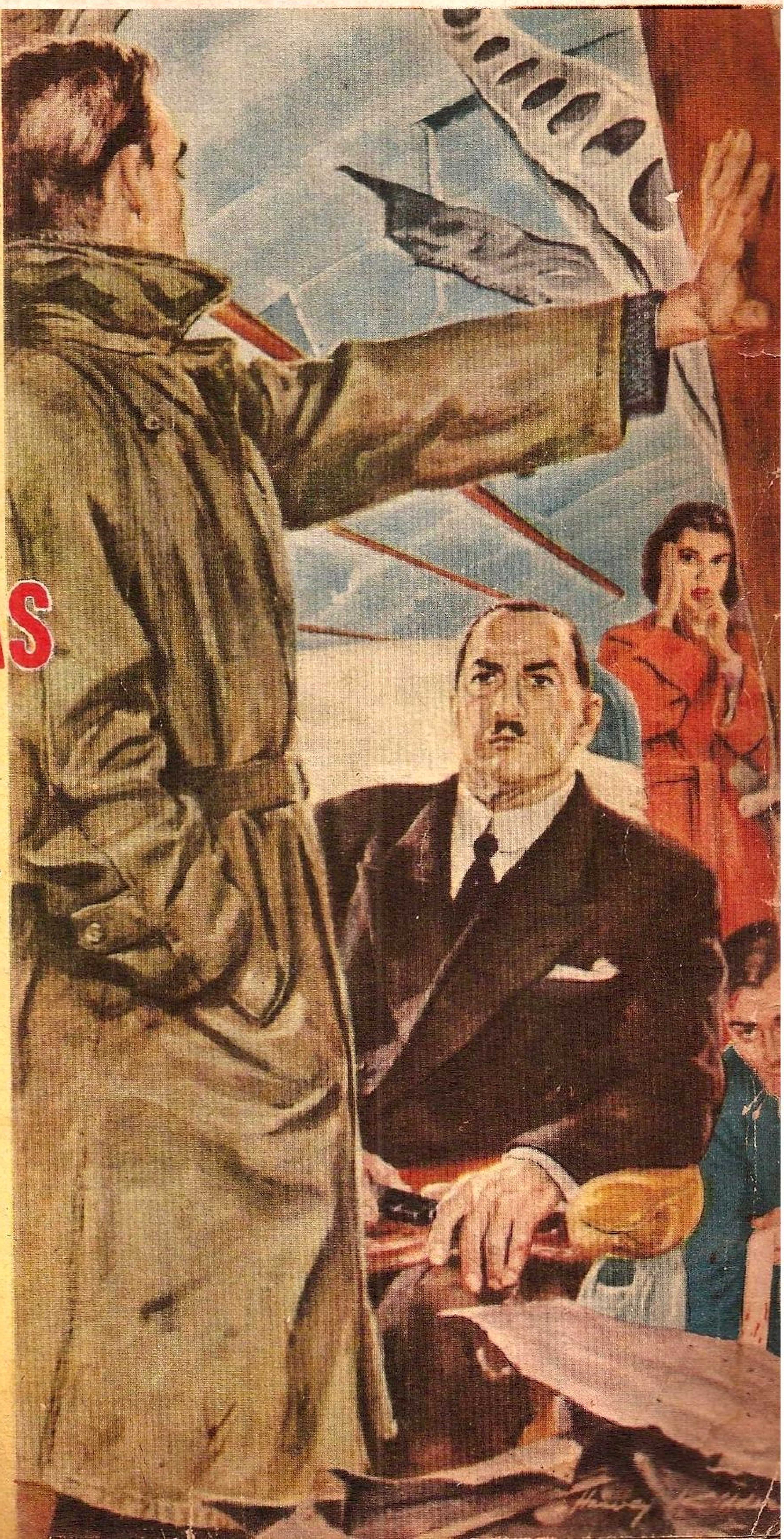
intervalo ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS

de

- Héctor Pedro Blomberg
- Jean-Pierre Melville
- John Galsworthy
- Josephine Bernard
- Constant Gerault
- Cristóbal M. Paz
- Adan Acosta
- Osvaldo Moro
- Daniel Petric
- Carlos Lamb





SUMARIO



UNA MUCHACHA DE MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

Por ADAN ACOSTA

DIBUJOS DE VOGT






El segundo era el duque de Berri, hermano del rey de Francia.
Y el tercero era precisamente aquél en quien ella había puesto los ojos desde niña: el gallardo príncipe Fernando de Aragón. Era el preferido no sólo en el corazón de Isabel, sino en las simpatías del pueblo castellano.
El rey Enrique, furioso ante la predilección de su hermana, la amenazó con arrestarla.
Te ordeno que te cases con el rey de Portugal.
A mi corazón no le interesan los problemas del Estado. Mi corazón ama y yo lo obedezco. No me casaré nunca con el monarca portugués.
Puede costarte cara tu desobediencia.
No le amo, Enrique...
Si estás dispuesto a enfrentarme, es bueno que sepas que no le amo, que has perdido la mitad de la batalla porque no me inspiras ni miedo ni respeto...
¡Te mandaré encerrar en un convento! Tendrás que casarte con el rey de Portugal, lo quieras o no.
Fue entonces cuando Isabel huyó hacia su ciudad natal, desde donde se comunicó con el príncipe de Aragón.
Mi corazón va a triunfar. ¡Amo a Fernando!
¿El te ama?
Tiene que amarme. Mi corazón no se equivoca. El corazón de las muchachas de Madrigal de las Altas Torres no traicionan jamás. Si no me ama ya, Fernando terminará por rendirse a mi amor...
¿Cuánto tiempo tendrás que esperar? ¿Cuántos días y meses y años tu corazón tendrá que esperar a que nazca el amor en el corazón de él?
Fernando es un hombre maravilloso. Me amará pronto, estoy segura.
Fernando no es un hombre. Fernando de Aragón es un príncipe, un príncipe consorte. Este casamiento le conviene a su patria...
El ama no se equivocaba. Viendo la oportunidad de unir las dos mitadas de la España cristiana, Fernando firmó el proyecto de contrato matrimonial que Isabel le enviara con su mensajero.


Reexpidió los documentos a Castilla, junto con una gargantilla de rubíes que había sido de su madre.
Cuando a Enrique IV le llevaron sus espías noticia de todo esto, acordonó la frontera de guardias, con orden de capturar al pretendiente aragonés en cuanto pusiese los pies en Castilla.
Pero a pesar de tantos cuidados, no hubo guardia que concediese la menor atención a un mocito arriero, de cara sucia y mal trajeado, que cruzó una mañana la frontera del reino.
Amigos, la treta dio resultado. A todo galope hacia el palacio real de Valladolid.
Fernando de Aragón había logrado burlar las guardias de Enrique IV. El amor de Isabel triunfaba. ¿Y el amor de Fernando? A un príncipe nunca se le pregunta si ama. El Estado jamás escucha la voz del corazón de los monarcas. Hay que salvar al reino...
A los pocos días, el 19 de octubre de 1469, se casaban Isabel y Fernando. Era el comienzo de un nuevo tiempo de amor y de angustias. En este matrimonio indisoluble de Castilla y Aragón, quedaba constituído un nuevo reino: la España moderna.
Pronto comenzarían las diferencias entre la pareja real. El amor que esperaba Isabel tardaría mucho en llegar; quizá no llegase nunca...
Cuando Enrique IV murió, sin pena de nadie, el paso al trono de Castilla quedó abierto a Isabel. Pero debía ocuparlo sin pérdida de tiempo, porque otro aspirante lo reclamaba.
Tengo que esperar a Fernando...
Fernando está lejos, como siempre.
Fernando está lejos de tu vida de reina y de tu vida de mujer.
A un ministro sólo tiene que interesarle la reina. Gabriel Salamanca, te he permitido permanecer en la Corte en calidad de ministro por el recuerdo bueno de nuestra vieja amistad de la niñez.
No me obligues a olvidarme de todo eso y disponer para ti el destierro a una embajada.
El no te ama.


Fernando de Aragón no te ama y eso no es lo peor. Lo más grave es que tú lo quieres con locura; lo más grave es tu constante tortura de amor.
Fernando me amará. Sé esperar.
Tu corazón puede esperar pero no la corona de Castilla. O la tomas ya mismo o la pierdes... ya mismo.
Fernando se encontraba lejos, sofocando una insurrección en sus dominios aragoneses. Así, el 13 de diciembre de 1474, Isabel, con manto de armiño, cabalgó en un blanco caballo para ser coronada en la plaza real de Segovia.
Era el triunfo de una muchacha valiente, de una reina decidida, de una mujer dominada por un desesperado amor por un hombre que parecía no amarla.
En la suntuosa procesión que escoltaba a Isabel iba sobre un lujoso almohadón sostenido por cuatro pajes, la corona del ausente Fernando.
Al regresar éste a Castilla después de una breve guerra en que conoció el amargo ardor de la derrota, se mostró muy disgustado por la forma en que había procedido Isabel.
¿Cuándo se vio que una reina se hubiera coronado antes que su marido...?
¿Cuándo había intentado ninguna mujer española igualarse en poder a su dueño y señor...?
Isabel escuchó en silencio todos los cargos de su enfurecido esposo. Fernando daba impresionantes exclamaciones de enojo.
Gabriel Salamanca, primer ministro de la reina, veía derrumbarse el mundo de amor que había querido levantar torpemente su soberana, su pasión imposible.
Me has faltado el respeto, Isabel.
No me amas...
Aquí no nos hemos reunido para hablar de un sentimiento que jamás figuró en los planes de cualquier reino.


Soy una mujer y te acepté por amor y no por razones políticas. Pero ya veo que tú prefieres estas razones a aquellas otras que nacen del corazón.
Se ahondaba desde ese instante el abismo que comenzaba a separarlos. Isabel tenía que comenzar a olvidar su ilusión de amor.
Voy a remitirme a las capitulaciones matrimoniales . . .
Fernando, cuando firmaste las capitulaciones prenupciales, declarabas aceptar en ella, que en Castilla tu papel se limitaría al del rey consorte: la reina dueña manda, el rey calla. . .
Estoy segura que has leído muy bien esas capitulaciones, pero las olvidaste confiado, sin duda, en la tradicional dominación que hacen los hombres de las mujeres.
Eres egoísta...
Te amo y mi amor quiere que yo sea siempre lo mejor para que tú puedas estar orgulloso de mí.
Fernando no quiso continuar escuchando a la reina. Se volvió y salió precipitadamente del salón del Concejo Real.
¡Que lo detengan!
Es tu esposo. . .
Soy la reina y me ha desobedecido. Nadie se puede retirar de mi presencia sin mi permiso. Que lo detengan y lo envíen a las más miserable mazmorra del palacio.
Gabriel Salamanca, primer ministro de la reina Isabel de Castilla, se encargó personalmente de cumplir la insólita orden de la soberana.
Has dado una orden y te duelen ya mismo las consecuencias que traerá la misma.
No fue capaz de decirme nada de lo que sentía su corazón; no fue capaz de mentirme amor. . .
No quieras nunca una mentira de amor. Tarde o temprano se te deshace entre las manos y te quedas sin nada. El amor tiene que ser sincero o no ser . . .
El alma de Isabel se llenaba de angustia. Una primavera negra comenzaba a cubrir sus ojos. Estaba desesperada por ese amor que no nacía en el corazón del hombre querido.


El no me quiere.
Ordénale que te ame.
Eso no puede ser. Quiero que me valore como mujer, no como reina.
Pero tú eres reina. No lo olvides.
Se fue el ama. Isabel estaba sola, aplastada bajo el peso tremendo de una corona que le prohibía ser mujer, que la separaba del hombre amado, que le impedía suplicar amor.
¡Isabel! ¡Isabel!
¡Isabel, mira!
¿Qué hiciste?
Mi espada está roja de sangre todavía viva; mi espada no obedeció tus órdenes. Acabo de herir gravemente a Gabriel Salamanca.
¡No!
El te ama; él tiene los ojos llenos de amor por ti. Pero tú me quieres a mí; tú me amas a mí...
Fernando...
Isabel, no quieras que te bese. Mi beso sería terrible. Siempre estaría entre los dos la sospecha de creer que te estoy mintiendo amor; que estoy tratando de reconquistar el reino que acabo de perder.
Me amas pero no me conoces. Eres capaz de perdonarme mil veces y no te das cuenta todo lo torpe que soy; no te das cuenta que no sé darme cuenta cuando quiero. No te das cuenta que no creo en el amor...



Para mí, el amor es sólo un deseo, un poco de pasión, un acuerdo entre un hombre y una mujer. Nada más que eso...
No importa, bésame...
Será una tortura espantosa.
Te amo y elijo, si acaso, la mentira. Necesito creer que alguna vez me podrás amar. Toda mentira de amor encierra una esperanza...
Isabel de Castilla no llegaba a darse cuenta qué era lo que realmente buscaba con aquél beso, con ese rendirse a una mentira de amor, a una piadosa mentira.
Te amo... Te amo...
Sobre sus palabras de amor, huyendo de sus palabras de amor, mirando lleno de preguntas sus palabras de amor, estaban los fríos silencios de Fernando.
No ames a tu reina; amáme a mí, a la mujer que hay en mí, a la mujer que te quiere desde siempre, a la muchacha que desde hace tantos años viene soñando contigo...
Ama a la muchacha de Madrigal de las Altas Torres que te había elegido como hombre sin saber que eras príncipe...
Nuestra mala suerte es ser reyes y amarnos, y luchar por amarnos...
Yo ya te quiero...
Tremendo oficio el nuestro; oficio éste de llevar una corona, de tener un duro patrón que es el Estado y de querer amarnos por sobre nuestras obligaciones.
Te amo, te amo para siempre
¿Yo qué puedo decirte? Nunca me creerás.



Estás aceptando una mentira. Quizá yo también te ame, pero mi amor es distinto; mi amor es una pequeña bestia indómita que muerde a sus cazadores.
Bésame, bésame otra vez. Bésame, por favor...
Te condenas, Isabel. Te condenas y me condenas...
Mi amor será un veneno que te matará lentamente.
Lo sé, pero no me importa. Lo beberé igual. Es dulce. Tienes la boca llena de ese dulce veneno salvaje.
¡Amor, amor mío, amor para siempre, amor...!
Gabriel Salamanca se repuso muy pronto de las heridas que le causara Fernando. En su alma de hombre enamorado y no correspondido comenzaba a vivir el sucio rencor de la venganza. Gabriel Salamanca era de los que esperaban; de los que sabían esperar...
Fernando solía viajar al sur de la peníncula. Entonces, se comenzó a murmurar que una hermana del rey moro de Granada había ganado el fervoroso corazón del príncipe consorte.
Isabel no hacía caso de aquellas habladurías. Amaba a Fernando, había aceptado amarlo por sobre sus silencios; lo quería más allá de las palabras de cariño que él le decía pocas veces.
Siempre reina, Isabel sabía ser también esposa y madre. Durante toda la vida, con su propia diestra aguja, cosió las finas camisas de holanda de su marido. Tuvo y crió a sus cinco hijos en medio de guerras y constantes campañas. Y siempre creyó en el hombre que amaba...
Creyó fielmente, creyó con el corazón dispuesto a que él la amase enteramente, sin darle plazo para nada, creyendo que su profundo cariño haría el esperado milagro de un amor para siempre.
Pero su angustia, a veces, lograba dominarla. En cierta oportunidad, desesperada por los rumores del amor moro de Fernando, decidió viajar en secreto hasta Granada. Pero no había andado demasiado cuando fue repentinamente informada de una mala nueva.


Gabriel Salamanca había hecho estallar un violento motín en Segovia, contra el gobernador del castillo real. Detrás de aquellos muros asediados había quedado la primogénita de la reina, la infanta Isabel de tres años.
No tenía la reina tropas a la mano;hallábase a 100 kilómetros de Segovia. Sin siquiera detenerse a mudarse de ropa,se puso en camino, a caballo, acompañada únicamente de tres personas amigas, mujer una de ellas.
Entre el sofocante polvo estival galoparon toda la noche, ahogándose en un largo mar seco y áspero.
A la luz del amanecer pudieron contemplar, erguido en una colina, el castillo torreado de Segovia, como un gran navío que viniese rompiendo la ondulada tierra castellana.
Por entre las turbas que trataban de romper las puertas, y por en medio de guadañas y teas encendidas, metió su montura la reina.
Encarándose a sus súbditos,les preguntó cuáles eran sus deseos.
¡Porque siendo vuestros,también serán míos!
Aquellas palabras le hicieron ganar la batalla. Isabel poseía un raro instinto político.
¡Viva la reina!
A pocos kilómetros de Segovia, Gabriel Salamanca había instalado el campamento de su Estado Mayor. Fue inmediatamente informado del triunfo de Isabel...
Aún nos queda nuestra última carta, nuestro triunfo más seguro:Granada.Lancen nuevos rumores sobre los amoríos de Fernando y la muchacha mora. Del resto me encargo yo mismo...
Aún había en el Sur de España tres millones de infieles que desde sus fortalezas montañosas bajaban a hostilizar las fronteras, saquear pueblos, robar mujeres.
En la Navidad de 1481, Boabdil el Pequeño, el rey moro de Granada, instigado por Gabriel Salamanca, el ex-ministro de Isabel, rompió la insegura tregua existente con la toma por sorpresa de una de las plazas fronterizas.


España se convirtió en un campo de batalla. Al Oriente, todo el mundo musulmán amagaba con una inminente agresión.
La Europa Occidental se coligó para rechazar el ataque y desde Inglaterra, Irlanda y Francia, llegaron presurosamente aliados en ayuda de Fernando e Isabel, que tomaron el mando de la cruzada.
Isabel hizo venir de Alemania a peritos en la fabricación de pólvora y envió a Lombardía por artillería pesada para el transporte de la cual dedicó a los ingenieros del reino a convertir en buenos caminos las montañosas veredas y a pontear barrancos tenidos por insalvables.
Ya está todo listo para avanzar sobre Baza. Venceremos, Isabel.
Confío en Dios. Creo que la victoria será nuestra...
Nunca será del todo nuestra. Del pueblo sí, pero no de sus reyes. Entre nosotros volvió a crecer una distancia...
Dicen que en Granada hay una muchacha que te aguarda.
Dicen que ha muerto.
Dicen que tu la amaste...
He aceptado hacerles la guerra. No creas esas mentiras.
Dicen que ella murió llamándote. Dicen que les haces la guerra a los suyos porque impedían vuestro amor. Dicen que ellos nos atacaron por culpa de ese romance imposible...
¡Es mentira! Ninguna muchacha me habría amado.
Cualquier muchacha puede amarte...
Conozco tus besos; he sido víctima de tus tremendos besos. La mujer a la que beses una vez, será tu esclava para siempre...
Prometiste amarme y no creer en lo que te dijeran, pero veo que has sido débil, que has creído en todas esas patrañas; que pudo más la mentira de mis enemigos que la sinceridad de mis sentimientos un poco torpes...

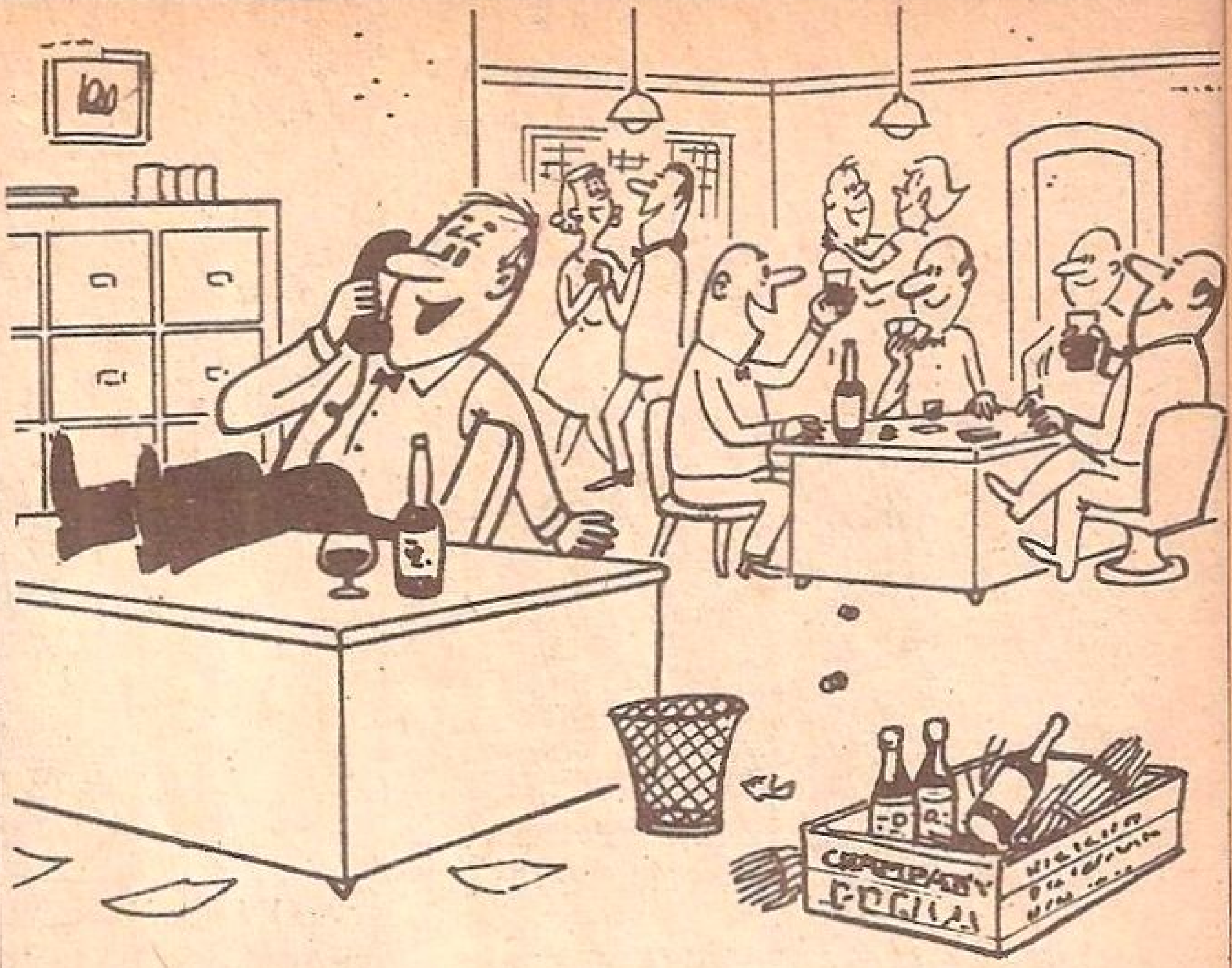

Pero yo te quiero, Isabel. He aprendido a quererte. Que la Providencia nos ayude a luchar por este amor que antes nos separaba porque no lo sentíamos los dos y que ahora nos separa porque nos tortura a los dos...
Fernando salió de la tienda. Isabel quedó sola, encerrada en sus profundos sentimientos, luchando ella en la bárbara guerra de su amor.
Majestad...
Está nuevamente fray Luis de Santángelo. Lo acompaña otra vez el marino, el italiano...
Que pase. Voy a atenderlos...
Estaban otra vez separados. Ella, ahora la culpable de esa nueva distancia que los alejaba. Málaga se rindió. Baza capituló al saberse que Isabel en persona ponía sitio a la ciudad.
Por fin logró tomar Granada. Por primera vez en el transcurso de 777 años, los cristianos paseaban por sus calles. No ya como esclavos de las canteras o de los harenes, sino como los conquistadores.
Boabdil el Pequeño lloró como una mujer lo que no supo defender como un hombre. Gabriel Salamanca fue tomado prisionero. Estaba gravemente herido. Una espada se había adelantado a la mano de la justicia.
Has vencido, Isabel. Pero es bueno que sepas que todo esto lo hice por el amor que sentí por ti alguna vez. La muerte también me derrota. No te pido perdón por nada de lo que hice. No me arrepiento. Te repito que te amé y que te amo...
Gabriel Salamanca moría días más tarde. La gloria del triunfo cubría los verdes campos españoles. Isabel y Fernando eran aclamados en todos los rincones del reino.
Aceptar el plan de este marino italiano, es empeñar los escasos tesoros del reino. No olvidemos que la guerra contra los moros debilitó las arcas reales.
"No creo tampoco que el pueblo esté dispuesto a soportar nuevos impuestos por una empresa incierta, por una descabellada aventura..."
Todo parecía perdido, cuando sorpresivamente Fernando, que hasta ese momento se había negado a que el reino participara de esa empresa, apoyó a Isabel en sus propósitos de patrocinar el viaje de Cristóbal Colón.


Por fin, un día de agosto, las velas de "LA NIÑA", "LA PINTA" y "LA SANTA MARIA", desaparecieron en el horizonte, rumbo a occidente, en busca de un milagro que cambiaría el mundo.
Ahora que nuestra parte ha concluído, que las naves corren en busca de las Indias, necesito saber porqué así, sorpresivamente, decidiste secundarme en este plan...
Eres la reina. Tenía que aprender a obedecer y he aprendido. Soy tu vasallo, Isabel...
¡Fernando!
Fernando de Aragón había caído de rodillas.
Los dos teníamos nuestro orgullo, pues uno de los dos, definitivamente, tenía que dejar de lado ese orgullo.
VOGT. 64
Me correspondió a mí. Ya soy lo que las Cortes quieren: tu vasallo Pero no porque tú eres reina, sino porque te amo, porque necesito que creas en mi amor, porque te estoy suplicando que me ames...
¡Fernando, por fin, por fin nuestro buen milagro de amor! Yo estaba segura que algún día se produciría; estaba segura que terminarías amándome...
Sus corazones se encontraban por fin y para siempre. La pequeña muchacha de Madrigal de las Altas Torres había triunfado El hombre a quien amaba tanto, la amaba para siempre...
Las naves que capitaneaba Cristóbal Colón, continuaban su viaje atravesando las desconocidas noches del mundo, impulsadas hacia un milagro por otro milagro de amor. Gabriel Salamanca estaba para siempre en el reino del olvido.
Y por fin llegó el 12 de octubre de 1492. Rodrigo Sánchez de Triana, desde la cofa de "LA PINTA", anunció el comienzo de la gran epopeya.
¡Tierra!
¿Me amas, Fernando?
Tanto. Perdóname por todo el tiempo que mi corazón no quiso amarte. Perdóname. amor, perdóname...
Aleluya, aleluya dos veces, aleluya por el amor que era para siempre, aleluya por la tierra nueva descubierta; aleluya, aleluya por la muchacha de Madrigal de las Altas Torres que ya era feliz para siempre. ¡Aleluya!
FIN

GOTITAS DE ALEGRIA



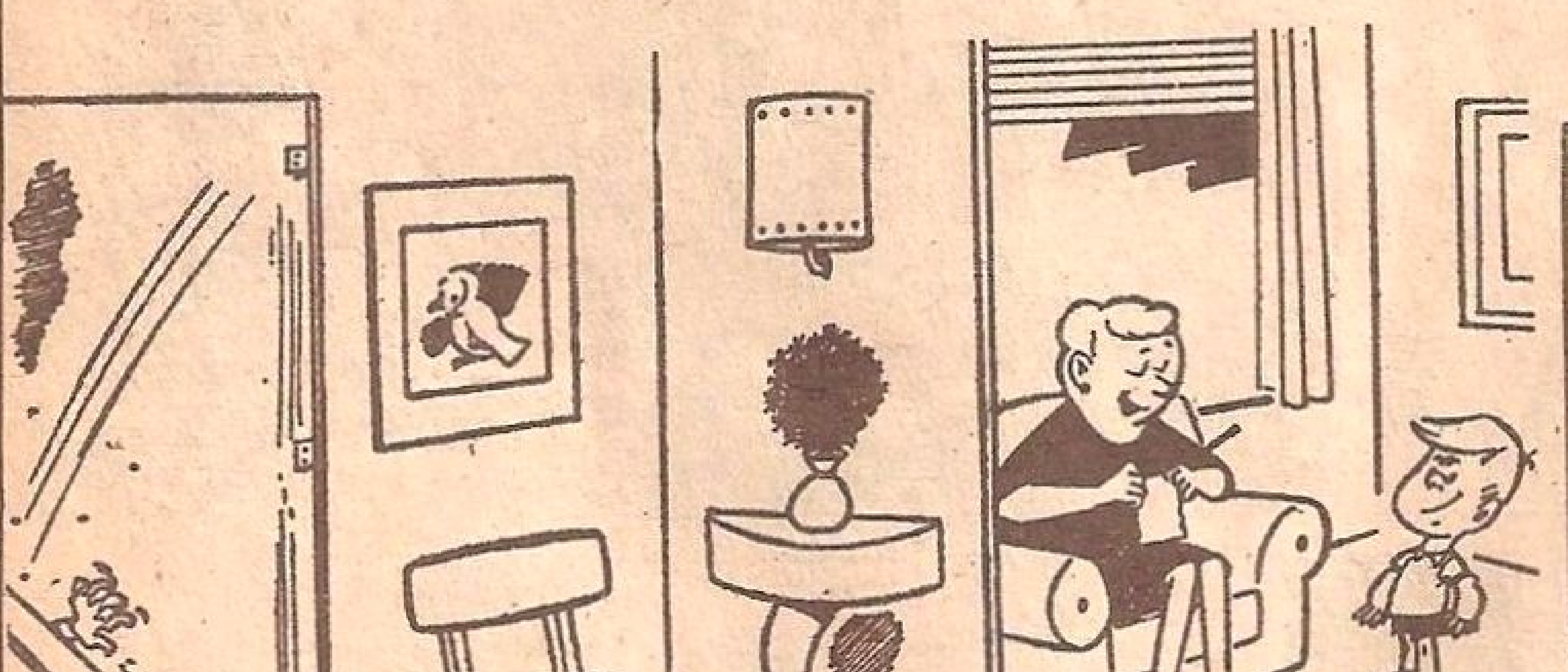
-Te he dado los mejores años de mi cuenta corriente.



-Sí, señor director. Los asuntos marchan estupendamente aquí en la oficina. Puede quedarse un mes más de vacaciones.



-¡Oh, Enrique; has vuelto a ganar!



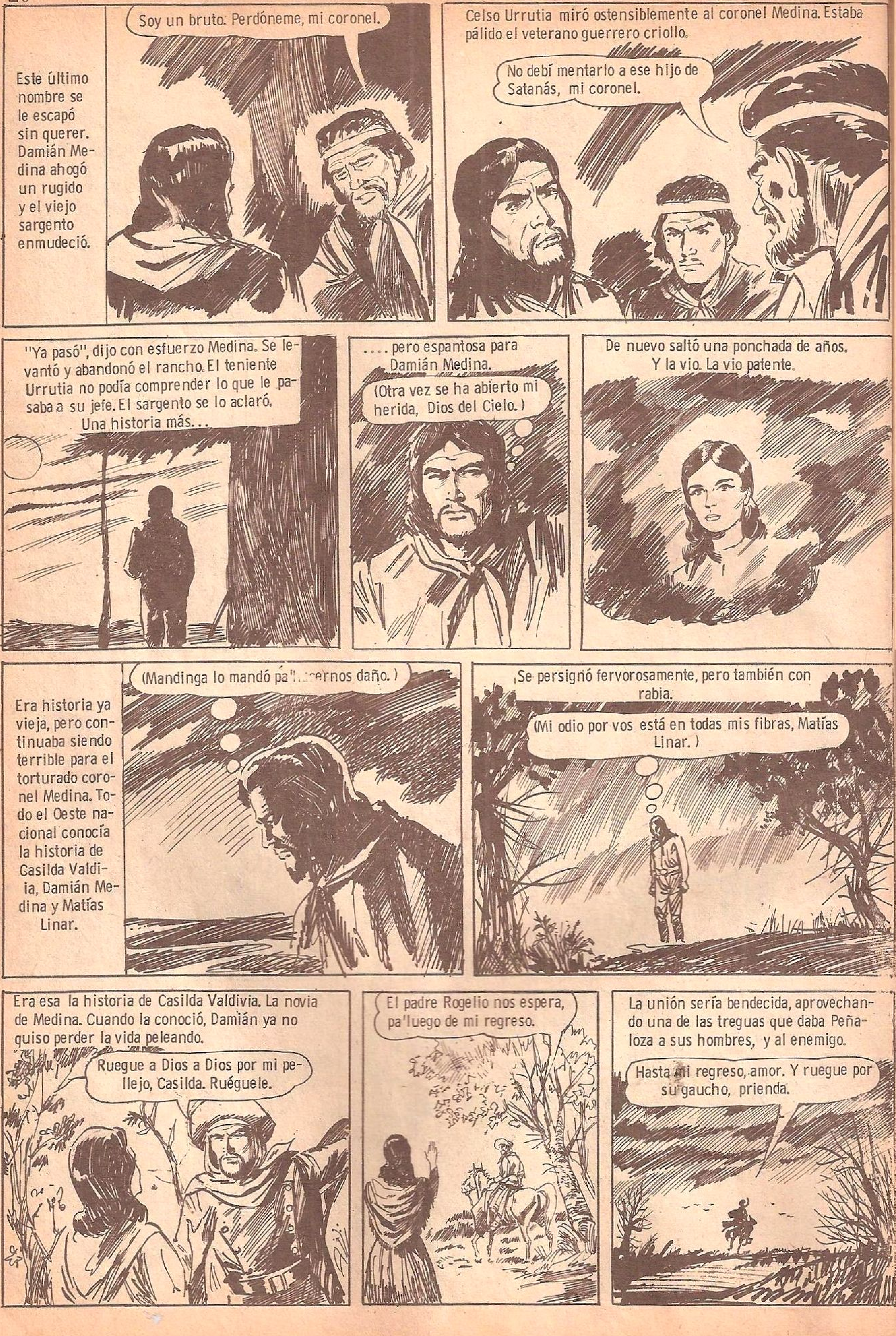
-¿Eres tú, querido? ¡Si vieras qué tranquilo ha estado el niño toda la mañana entreteniéndose con un destornillador de juguete.



-He puesto unos altoparlantes con música en las diversas dependencias de la oficina para favorecer al eficiencia en el trabajo.


LA ZAMBA DE SANGRE
Por
HÉCTOR PEDRO BLOMBERG
ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE PEREYRA
El rancho erguíase solitario, fantasmal, en la entrada de los llanos de La Rioja. Junto a los añejos algarrobos acampaba la última montonera. Hombres que estuvieron con el Chacho, hasta su muerte.
En el rancho ruinoso, el coronel jefe jugaba a los naipes con su joven teniente Celso Urrutia. Este lo observaba, muy preocupado.
Era alto, fuerte, el coronel Damián Medina. El magnífico jefe de esos gauchos rotosos, pero indómitos.
En las noches claras, los ojos de Medina se volvían hacia Catamarca. De allí, entre los mil murmullos nocturnales, llegaban las voces amargas de la derrota; de la muerte. ¿Cuándo llegarían hasta él?
¡Ah, pero como que había Dios que seguirían luchando hasta la última gota de sangre! Su viejo sargento Tuñón, cebaba mate y también pensaba. Pero no era tan optimista como su jefe.
No faltaba la guitarra, y la zamba guerrera, que alentaba a esos corazones: "¡Gauchos de Arredondo, vengan a vailar la zamba! ¡Que al pie de cada algarrobo, hay una lanza de guardia!"
Era como la dura voz de los llanos, y chocaba contra los fierros, dispuestos a salir cortando. La zamba de sangre. Mientras tanto, los ojos del coronel Medina estaban fijos en la lejanía.
"Talla usted, mi coronel", repetía el muchachito que ya era teniente. Urrutia estaba acostumbrado a las distracciones de su jefe.
¡Ah, sí! Discúlpeme, teniente.
El joven se sentía feliz cuando Medina lo llamaba "teniente". El jefe sabía dar "a cada uno su lugar". Celso lo admiraba.
186


Celso Urrutia había crecido en los campamentos;saturado de leyendas bravías, y de anhelo heroico. Por eso comprendía el silencioso drama del coronel,que era también su drama.
¿Hasta cuándo vamos a seguir así, de brazos cruzados?
El viejo sargento Tuñón, terminaba de cebar mate, y era entonces cuando el teniente le pedía "que se contara algo del tiempo ido".
Un día va a decir que yo lo canso, mi teniente.
Celso Urrutia sonreía a ese bravo sargento que había conocido al Tigre de los LLanos.
Por la memoria de mi madre, le aseguro que no viá cansarme.
Tuñón lo narraba con veracidad estremecedora: "El Chacho lanzaba sus jinetes al entrevero, sacando a lazo los cañones que le molestaban . ¡Esos eran tiempos! ¡Esos eran hombres!"
Y ésto, con su debida licencia, mi teniente.
La barba de Tuñón temblaba cuando evocaba a los héroes.
Yo también tengo mi viejo corazón lleno de luto, mi teniente.
Su alma simple, supersticiosa, creía que el espectro de los vengadores darían la victoria a los que aún luchaban por la verdad.
¡Vagan por los llanos, bajo la luna, esperando la oportunidad .
El sol se hundía tras las montañas, mientras la voz del sargento de Quiroga temblaba, con sincera rabia de criollo.
Las sombras de los montoneros muertos nos vengarán.
Y en realidad parecía que esas sombras evocadas suspiraran bajo el cielo calcinado de la provincia indómita y triste.
Silencio de anochecer, y guitarra. Y zamba. Zamba de sangre.
Vengan a bailar la zamba. Que al pie de cada algarrobo, hay una lanza de guardia.
Ante el jefe silencioso y el teniente, seguía tejiendo el sargento sus trágicos relatos. Y aquella tarde...
Algunos de los llamados jefes nacionales. ¿Se acuerda, mi coronel? ¡López, Iseas, Linar... !


Soy un bruto. Perdóneme, mi coronel.
Este último nombre se le escapó sin querer. Damián Medina ahogó un rugido y el viejo sargento enmudeció.
Celso Urrutia miró ostensiblemente al coronel Medina. Estaba pálido el veterano guerrero criollo.
No debí mentarlo a ese hijo de Satanás, mi coronel.
"Ya pasó", dijo con esfuerzo Medina. Se levantó y abandonó el rancho. El teniente Urrutia no podía comprender lo que le pasaba a su jefe. El sargento se lo aclaró. Una historia más...
.... pero espantosa para Damián Medina.
(Otra vez se ha abierto mi herida, Dios del Cielo.)
De nuevo saltó una ponchada de años. Y la vio. La vio patente.
Era historia ya vieja, pero continuaba siendo terrible para el torturado coronel Medina. Todo el Oeste nacional conocía la historia de Casilda Valdiia, Damián Medina y Matías Linar.
(Mandinga lo mandó pa'h...cernos daño.)
Se persignó fervorosamente, pero también con rabia.
(Mi odio por vos está en todas mis fibras, Matías Linar.)
Era esa la historia de Casilda Valdivia. La novia de Medina. Cuando la conoció, Damián ya no quiso perder la vida peleando.
Ruegue a Dios a Dios por mi pellejo, Casilda. Ruéguele.
El padre Rogelio nos espera, pa'luego de mi regreso.
La unión sería bendecida, aprovechando una de las treguas que daba Peñaloza a sus hombres, y al enemigo.
Hasta mi regreso, amor. Y ruegue por su gaucho, prienda.


Damián la amaba con toda su alma ruda, bravía. Ella daba más fuerza a su brazo, pero mayor cautela a su corazón. Hallándose lejos de La Rioja, supo de "la hazaña del comandante Linar".
¿No mentís? ¿No mentís, Lucero?
El gaucho le dijo la verdad sobre el rapto de Casilda Valdivia.
Dentró Matías Linar con su gente y todo lo arrasó, mi jefe.
Una invasión inesperada, y las tropas del brutal comandante Matías Linar coparon el pueblito donde vivía la bella riojana.
¿Usté es la flor del pago, no es ansina, Casilda?
Y "algo más que yo me sé". La novia de ese zonzo de Damián Medina. ¿No es cierto, prienda?
El execrado comandante se llevó a Casilda Valdivia.
Tal como se lo cuento, y sin quitarle ni una astilla, mi coronel, ¡y lo siento!
Damián Medina andaba por San Luis cuando lo supo.
¡Hijo e'Satanás! No estar ahí pa hacerte lonjas, tajo a tajo.
No se sabía nada de la joven, ni del raptor.
¿De manera que ni el menor rastro, baqueano?
Todo el Oeste se puso a órdenes del oficial de Peñaloza.
Ni el menor rastro, mi coronel. Y conste que recorrí palmo a palmo tuita la montaña.
Medina enloqueció de dolor y rabia. Seguía a los caranchos, esperando lo peor, pero por lo menos hallaría a la amada.
En un rincón de La Rioja, Matías Linar supo por boca de un prisionero, que el coronel Medina lo buscaba para darle el mayor castigo que jamás imaginara.
Quémenle la boca a este rotoso, por hablar así.

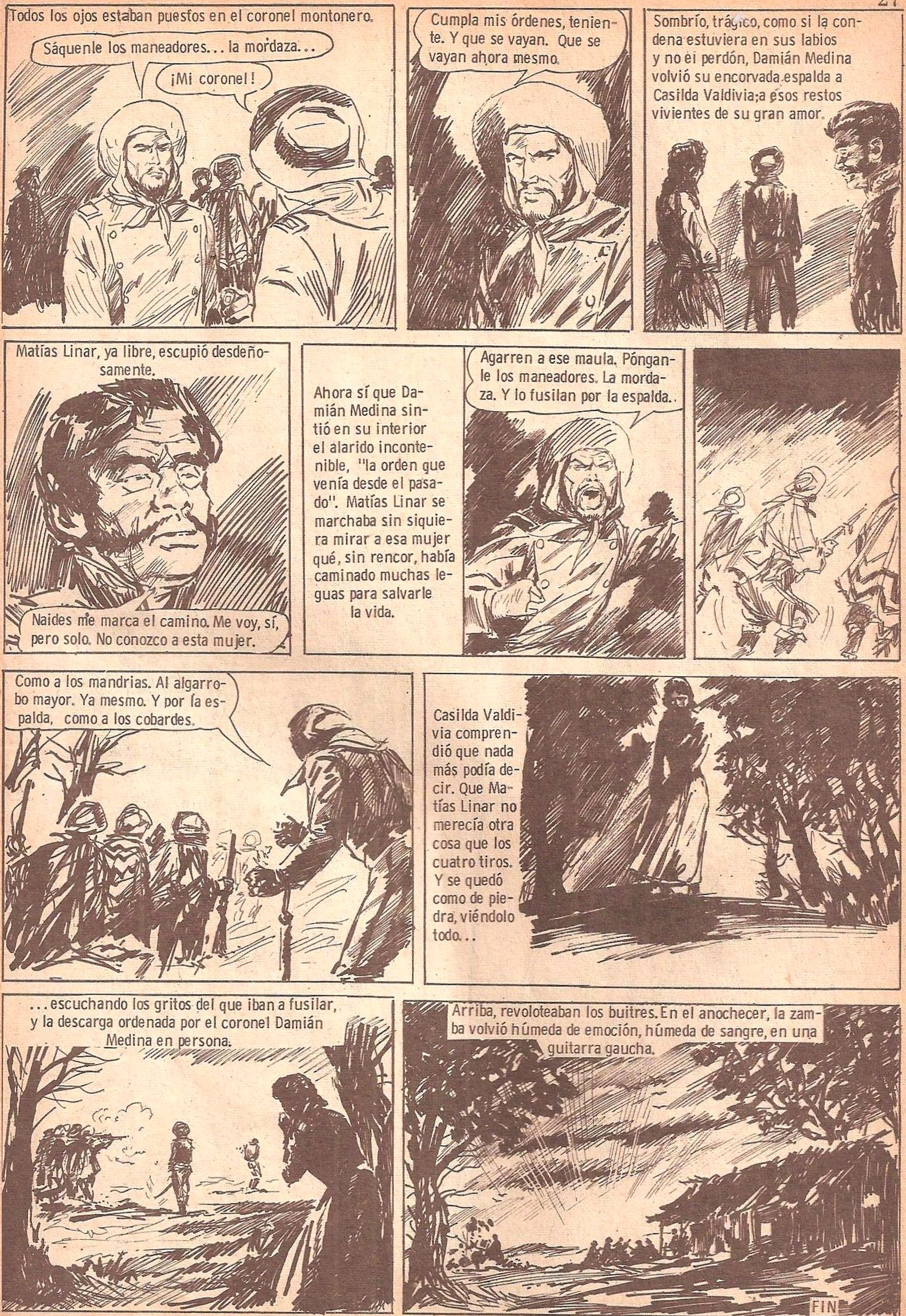

Linar acababa de sufir una insperada derrota. Sus hombres estaban exhaustos. Serían aniquilados en el siguiente choque. Entonces el infame huyó, abandonándolos.
Un viejo criollo avisó al resto de esas tropas sin jefe, que el comandante había tomado el camino de Mendoza.
¡Perro traidor! ¡Pior que carancho!
Matías Linar se echaba encima el odio de más gente. Pero como era astuto como fiera, supo huir y esconderse. Entre tanto, la pobrecita Casilda Valdivia se hundió en la montaña buscando morir.
El Señor protegió a la desdichada.
Podés ser la hija que perdí, muchacha. Quedate.
Sin embargo, mil remordimientos iban a torturar a la hermosa Casilda, quien enfermó y estuvo a la muerte.
¡No! ¡No te me mueras vos también, muchacha!
Lejos, muy lejos de allí, Damián Medina, no quería encontrarla más.
(Ahura no quiero hallarla ni siquiera muerta.)
Pasó el tiempo, y la figura hercúlea de Damián Medina se redujo, aunque sin perder del todo su vieja gallardía. Se levantaba antes del amanecer, para que lo encontrara bien fresco el enemigo.
Sin novedades, mi coronel.
Medina sabía que la fuerza de línea llegaría en cualquier momento. Y ese sería el final lleno de gloria para todos sus montoneros. Y para él, en primer término.
Sin novedades, mi coronel. ¿Cómo ha amanecido, mi jefe?
Bien, a Dios gracias, sargento.
"¿Bien?", sí, era un decir. Los amaneceres de Damián Medina fueron siempre trágicos, desde que supo lo ocurrido a su amada.
Voy a dar una recorrida, teniente.


El sol estaba alto. Los llanos ardían, y en los algarrobos ni una hoja se agitaba. El coronel encendió un cigarro. Ese humo que huía era como su ya lejana juventud. Y sus ilusiones.
Un soplo ardiente venía de los llanos, e hizo agitar las banderolas de las lanzas. Quietud de muerte en la montaña, donde un puma dormía sin pensar en el plomo del cazador. Y de pronto...
¡Sargento!
A lo lejos vieron una nube de polvo.
Sí, es alguien que se acerca mi teniente. ¡Y viene cansau!
El antiguo sargento de Rosas pasó su sarmentosa mano por la frente que guardaba tantos recuerdos. La silueta del jinete se advirtió con más claridad.
"¡Vamos!", dijo Urrutia de repente.
¿Sin avisarle al coronel?
¡Vamos! ¡Yo estoy de guardia!
El desconocido era un baqueano de Mendoza; un pobre hombre con su caballo medio muerto de cansancio.
Soy hombre e'paz. Me doy este viaje pa'ver a mi vieja que se muere. ¡Y no viá llegar!
El teniente desmontó, entregando su pingo al baqueano.
Siga, y Dios quiera que no nos haya mentido, amigo.
No sé lo que es mentir, mi teniente.
El sargento inspeccionaba el caballo del baqueano.
Es un buen animal. No perderá en el cambio, mi teniente.
No pensé en eso, sargento.
Volvieron al rancho que ocupaba el coronel. Medina entonaba un estilo viejo como el corazón de los llanos. ¡Era raro en él!
¡Me alegro, mi jefe! Y con mi añeja vihuela. ¡Ah, criollo!


Allá lejos, el baqueano se hundió entre los algarrobos, desapareciendo. Algo como un sollozo quebró la voz del coronel, quien abandonó la guitarra, y sin fuerzas dijo:" ¿Jugamos una partida, teniente Urrutia?"
Durante varias horas jugaron sin pausa, mientras fuera continuaba el incendio del sol, aunque ya caía tras las montañas. Un rumor de voces interrumpió la partida.
¿Serán ellos?
No. No era el esperado enemigo.
Perdone, mi coronel, pero ahí está otra vez ese baquiano y . . .
La apagada figura del baqueano mendocino se dibujó en la puerta del rancho. Sonrió con tristeza al ver a Damián Medina.
¿Supo algo de su mama, amigo?
Que ya está en el Cielo. Gracias de tuitos modos.
Damián Medina hacía enormes esfuerzos con su memoria.
¿No se acuerda de mí, mi coronel? Gracias a usté, sigo viviendo. "Las Palmas", ¿ricuerda?
Medina había salvado a ese hombre de una muerte segura cuando estaqueado por los enemigos de Peñaloza, "no quiso abrir el pico pa' traicionarlo al Chacho".
Si no llega usté a tiempo, mi osamenta hubiera servido de comida pa'los caranchos.
¡Usté, mi coronel! ¡Y sus gauchos que son tan honraus y valientes como su jefe!
Vos sos el baqueano Bermúdez, ¿no?
Sí, mi coronel. Y hoy vengo a "pagar mi vieja deuda".
Era enigmática la sonrisa del mendocino. Sus ojos sagaces centelleaban bajo la vincha oscura. Dijo: "Ayer, a la puerta del sol, vide un rastro fresco ."
¡Caballos de línea, mi jefe! ¡Tres! Los alcancé poco más tarde. Andan cerca de aquí, mi coronel.


Ceñudo, lívido, Medina se había acercado al baqueano.
Andan muy cerca de aquí, mi coronel. Un oficial y dos soldados.
El mendocino dejó de sonreír.
Los soldados calculo que en el infierno. Eran enemigos. Los pasé a cuchillo, mi coronel.
Pero el oficial... es cosa suya, mi coronel. Y pago mi deuda de gratitú, ¿sabe?
Apretados los dientes, temblándole la voz, Damián Medina dijo con esfuerzo: " ¿Matías Linar?"
Ansí le llamaban cuando era orgulloso. ¡Pero ahura... !
Dos jinetes cruzaron rápidamente los llanos, hasta el lugar donde el preso del baqueano Bermúdez temblaba de miedo.
¡Matías Linar!
El nombre maldito había escapado de los labios del montonero. En el posterior silencio, pudo escucharse los latidos de los dos corazones repletos de odio. El baqueano ya no estaba allí. Los espectros de varias años de tortura, danzaban ante los ojos de Damián Medina. Sobre los próximos algarrobos...
... revoloteaban aves de rapiña, en lentas y siniestras espirales. Olían la muerte. Y no llejos de allí, montaba guardia el servicial y joven teniente Urrutia. Por lo que pudiera pasar.
En el interior de aquella tapera, Medina había despojado a Linar de los maneadores que lo inmovilizaban. Y lo miraba fijamente. 'Está estudiando el mejor suplicio", pensó Celso Urrutia.
(De cualquier forma, va a ser más chico del que merece.)
La voz del coronel puso en acción al teniente. "¡La hora del suplicio ha llegado!", pensó, corriendo hacia la tapera. Sin embargo, su jefe iba a defraudarlo.
Haga formar un cuadro de tiradores, teniente. Y póngale otra vez los maneadores.
"¿Fusilarlo y nada más?", se preguntó Urrutia. De regreso al lugar ocupado por los montoneros, el teniente se convenció "de que el coronel Medina era un flojo". Y la sonrisa del preso le dio rabia.
¡Llévenlo! Y fusílenlo por la espalda.


Los ojos de Linar se inyectaron de sangre. Los maneadores crujieron. Urrutia le puso una mordaza. Reconocía ahora que el comandante Linar era también un bravo. Matías Linar rugía, mientras Damián Medina estaba allí, muy tieso,como fuera de este mundo.
Imprevistamente, llegó el sargento Tuñón.
Una mujer, mi coronel. Pide hablarle. Ha venido bajando la montaña. Dá lástima, ¿sabe, mi jefe?
Damián Medina avanzó varios pasos. Desde allí veía perfectamente a la recién llegada. " ¿Qué quiere esa mujer?", gritó. Ella contestó desde las penumbras de la noche, con una voz que estremeció a Medina: " ¿No me conocés, Damián?"
¿No me conocés? Soy ... Casilda.
La voz resonó con un eco de muerte el corazón del montonero.
¡Casilda! ¡No! ¡No puede ser!
Sí, Casilda. De nombre, por lo menos.
No. No podía ser su gran amor aquella cosa desgreñada, de aspecto enfermizo. Las piernas de Medina temblaban. Necesitó dar varios pasos para volver a sentirlas dentro de sus botas.
Casilda Valdivia. ¿No me conocés, Damián?
Aquel acento que venía como del infierno, puso un frío extraño en los huesos del coronel. "Damián, vengo a pedirte la vida de ese hombre", dijo ella. Las palabras vibraron espantosas, en el silencio de la noche. Matías Linar miraba con curiosidad a la recién llegada. Ahora sonreía.
"Vengo a pedirte la vida de este hombre, Damián", insistió ella, sin atreverse a avanzar hacia el coronel.
Ya todo pasó. Hoy supe que cayo en tus manos, Damián. Vine desde la montaña.
¡Tuve un hijo con Matías Linar! ¡¿Comprendés, Damián?
(¡Un hijo!).
La vaga frescura del anochecer aliviaba los llanos, pero no a esos pobres seres prisioneros de un espantoso recuerdo.
Nuestro hijo murió cuando yo estuve enferma. Después ...

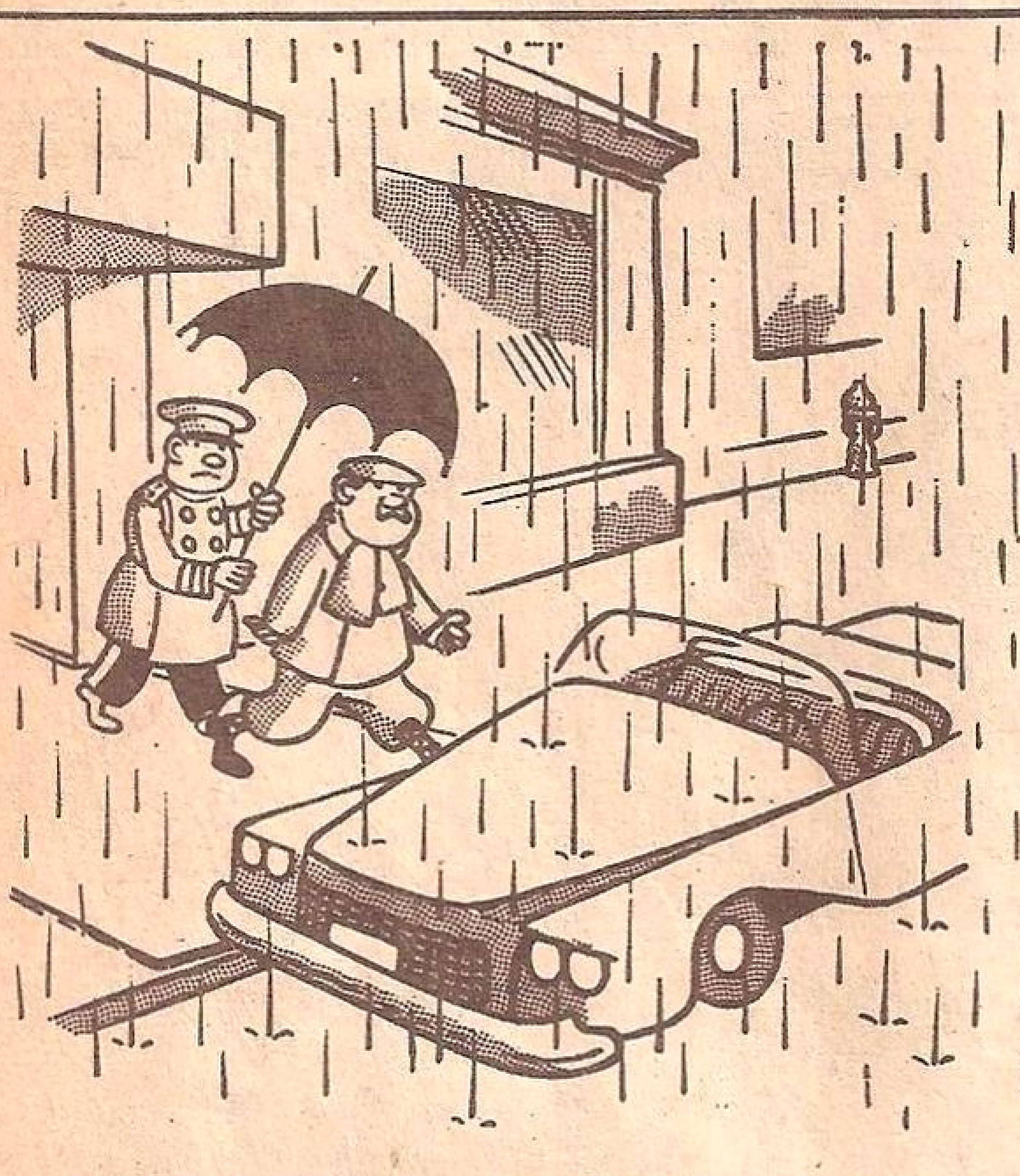


Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

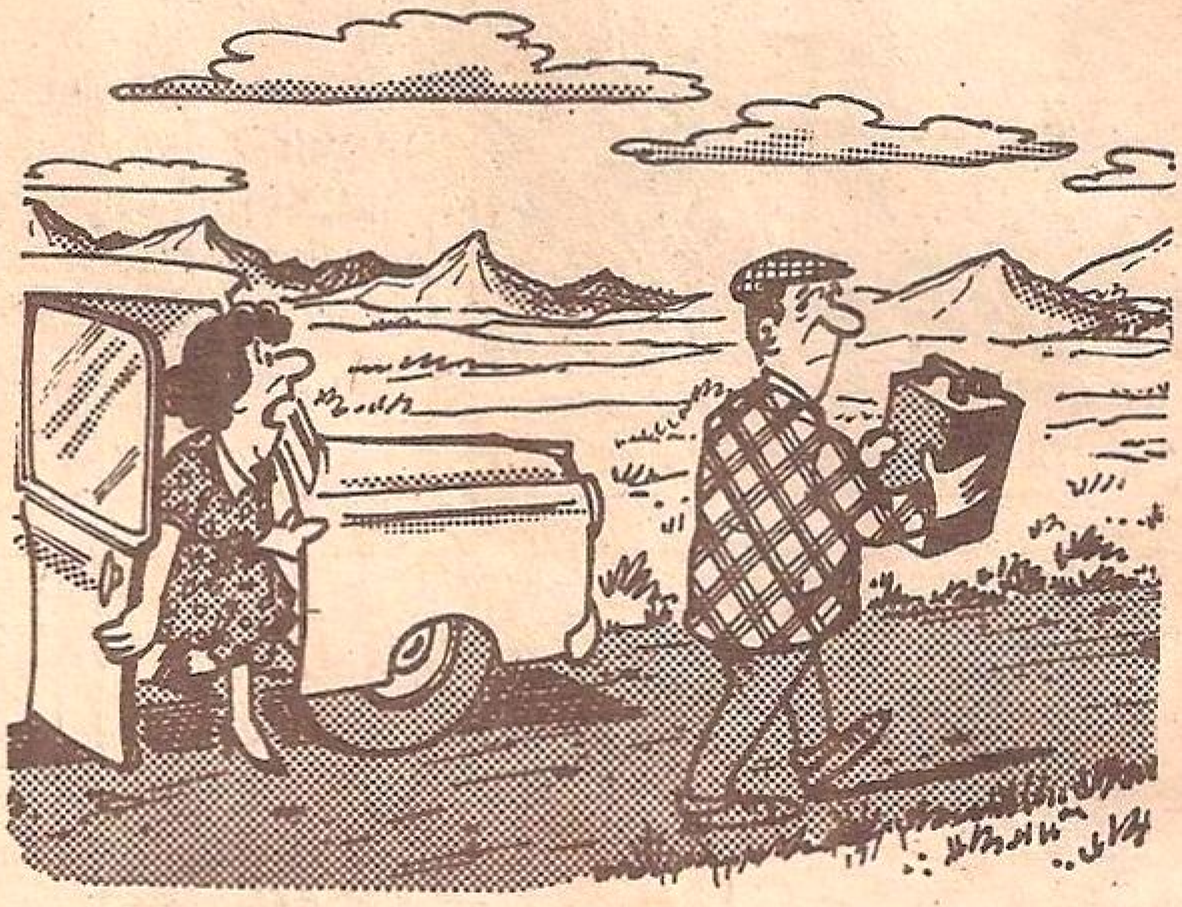
MOMENTO HUMORISTICO



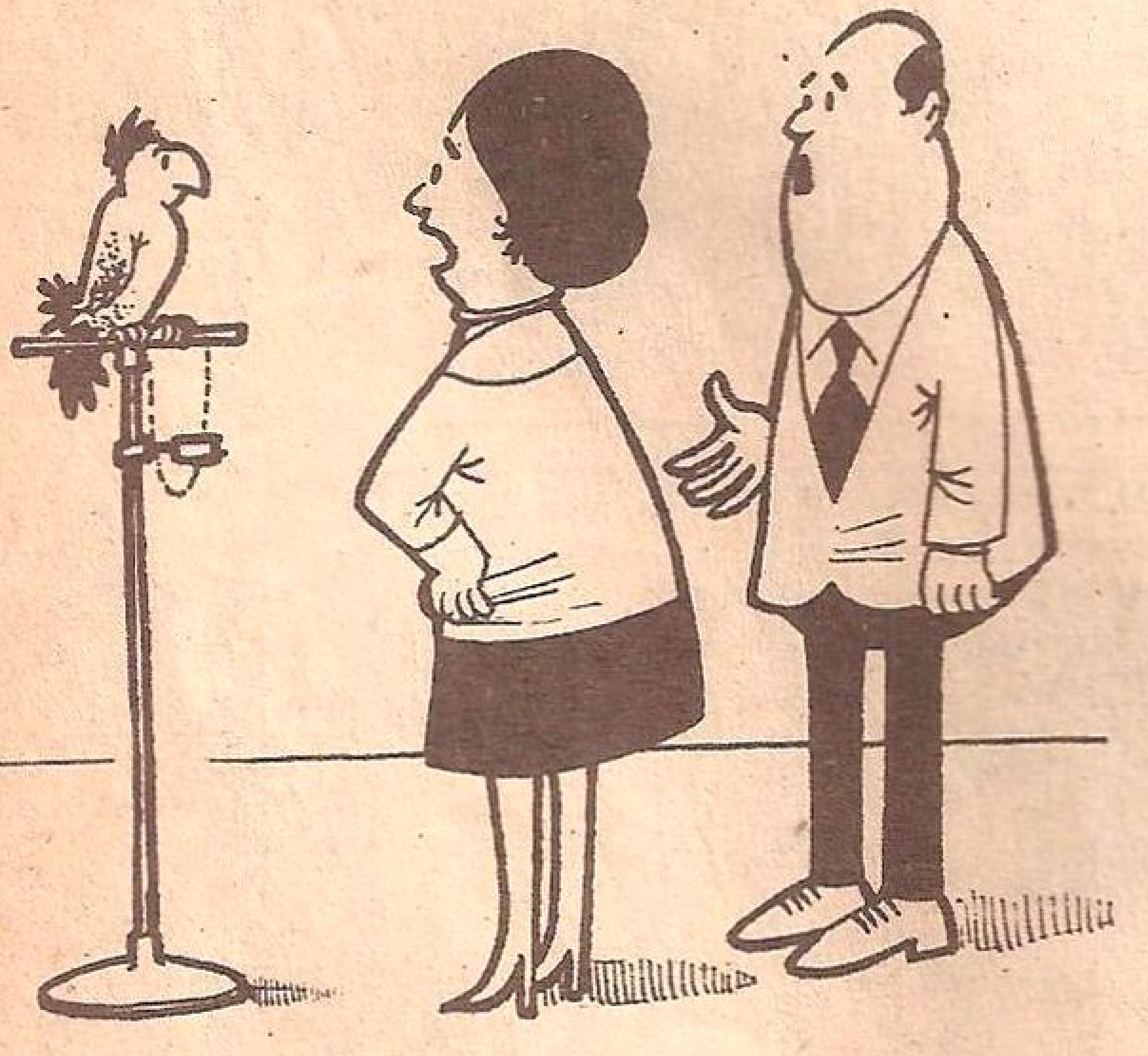
-Este terreno más que por metro cuadrado tendrían que venderlo por litro.



-Una pregunta voy a hacerle, portero. ¿ Cuánto quiere por ese paraguas?



- No vayas a traer cualquier nafta, ¿eh? Acuérdate que este coche anda bien con la especial...



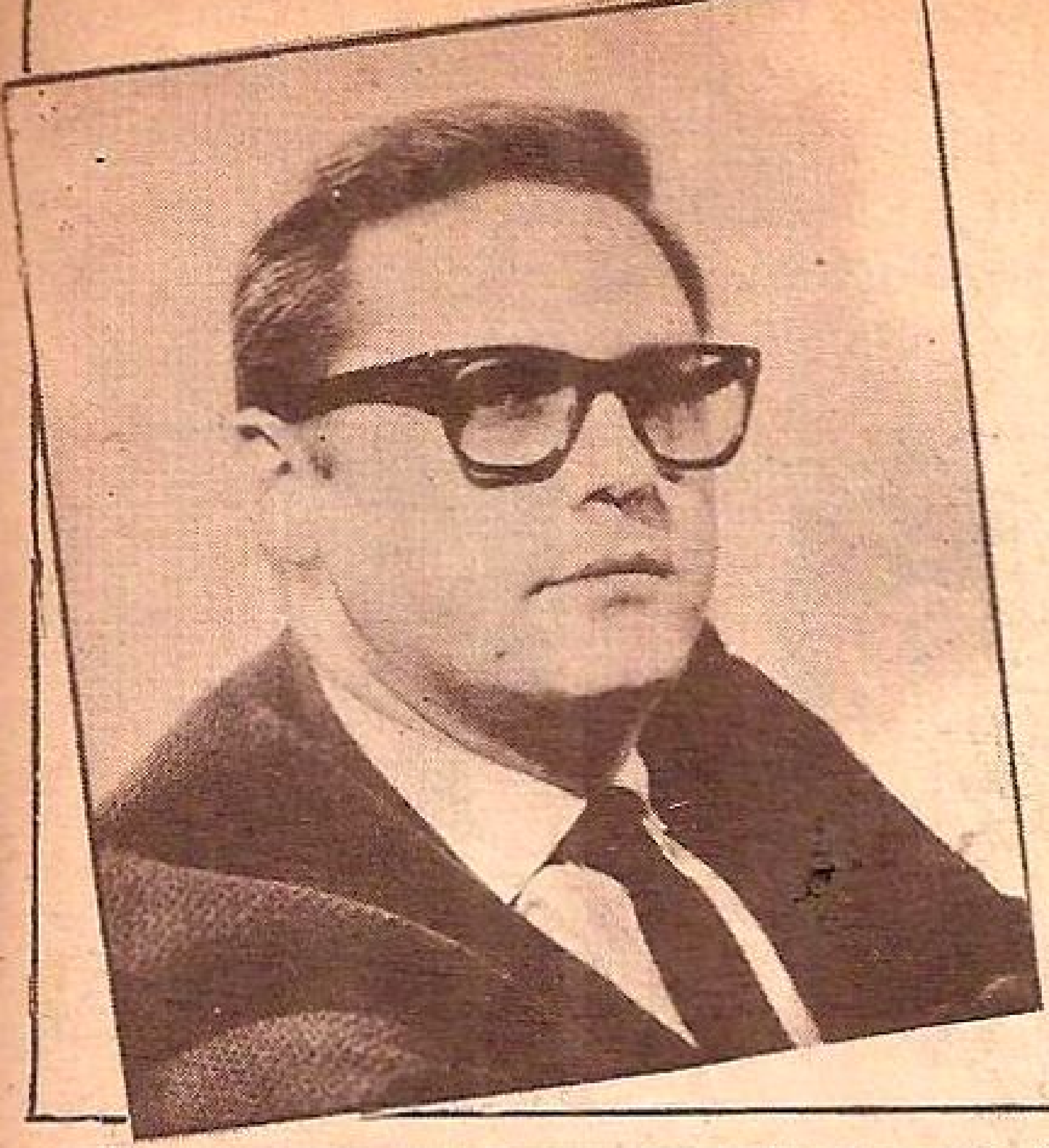
-! Claro que habla, mujer! Pero cállate un momento para que él pueda decir algo.



- Cuánto me alegra, Olga, que no tengas corazón de piedra.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

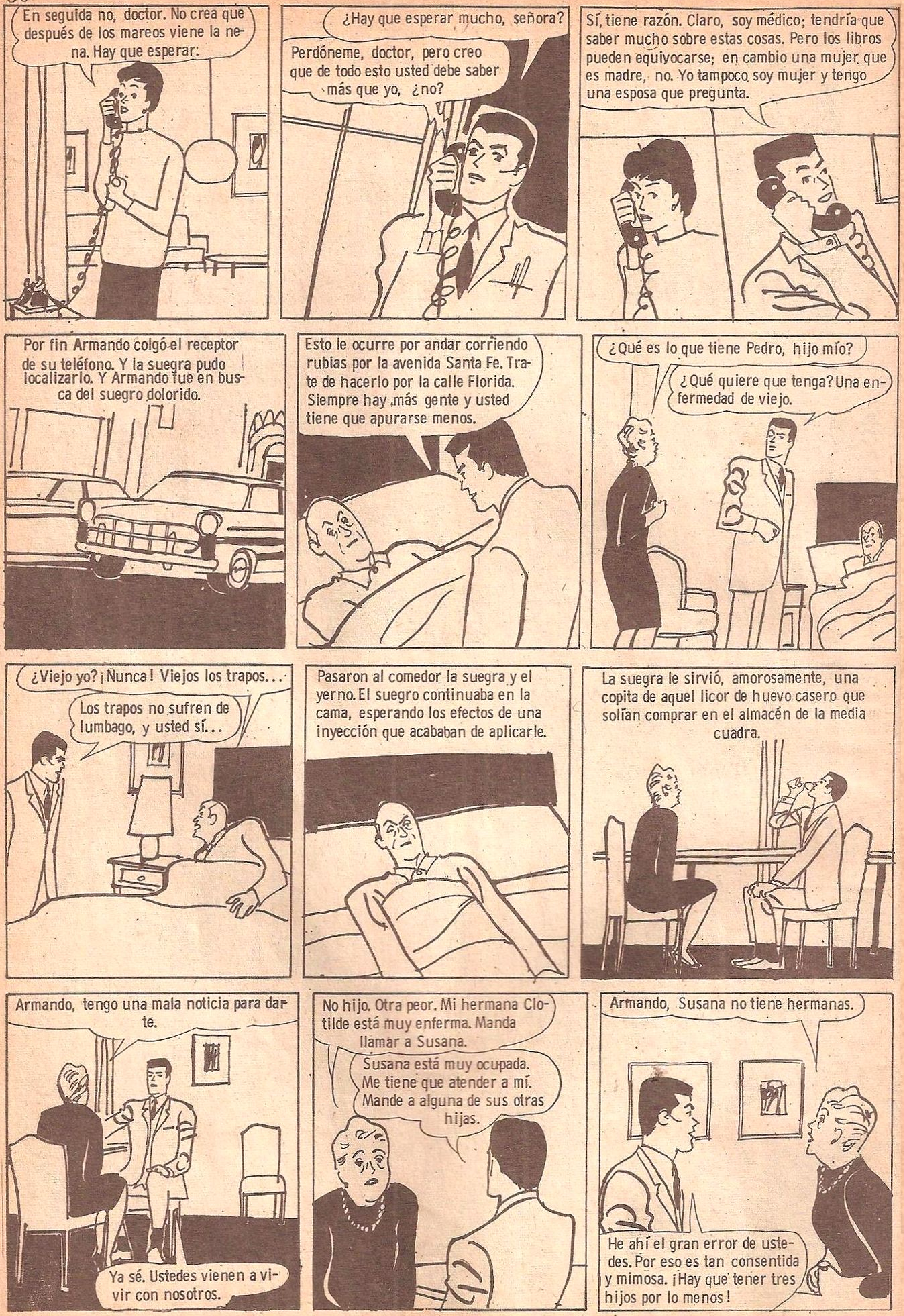


MAMÁ SUSANA... PAPÁ ARMANDO

Entremos en punta de pie. Cuidemos de no hacer ruido. Ellos no deben de darse cuenta que los estamos observando. "Un terrible drama" va a comenzar. Silencio.
Volvemos al mundo de todos los días de Susana y Armando, el mundo de un muchacho bueno que quiere a una muchacha buena, el mundo de muchos, el mundo que queremos para todos cada uno de nosotros.

DIBUJOS DE J. PÉREZ DEL CASTILLO




En seguida no, doctor. No crea que después de los mareos viene la nena. Hay que esperar:
¿Hay que esperar mucho, señora?
Perdóneme, doctor, pero creo que de todo esto usted debe saber más que yo, ¿no?
Sí, tiene razón. Claro, soy médico; tendría que saber mucho sobre estas cosas. Pero los libros pueden equivocarse; en cambio una mujer que es madre, no. Yo tampoco soy mujer y tengo una esposa que pregunta.
Por fin Armando colgó el receptor de su teléfono. Y la suegra pudo localizarlo. Y Armando fue en busca del suegro dolorido.
Esto le ocurre por andar corriendo rubias por la avenida Santa Fe. Trate de hacerlo por la calle Florida. Siempre hay más gente y usted tiene que apurarse menos.
¿Qué es lo que tiene Pedro, hijo mío?
¿Qué quiere que tenga? Una enfermedad de viejo.
¿Viejo yo? ¡Nunca! Viejos los trapos...
Los trapos no sufren de lumbago, y usted sí...
Pasaron al comedor la suegra y el yerno. El suegro continuaba en la cama, esperando los efectos de una inyección que acababan de aplicarle.
La suegra le sirvió, amorosamente, una copita de aquel licor de huevo casero que solían comprar en el almacén de la media cuadra.
Armando, tengo una mala noticia para darte.
Ya sé. Ustedes vienen a vivir con nosotros.
No hijo. Otra peor. Mi hermana Clotilde está muy enferma. Manda llamar a Susana.
Susana está muy ocupada. Me tiene que atender a mí. Mande a alguna de sus otras hijas.
Armando, Susana no tiene hermanas.
He ahí el gran error de ustedes. Por eso es tan consentida y mimosa. ¡Hay que tener tres hijos por lo menos!

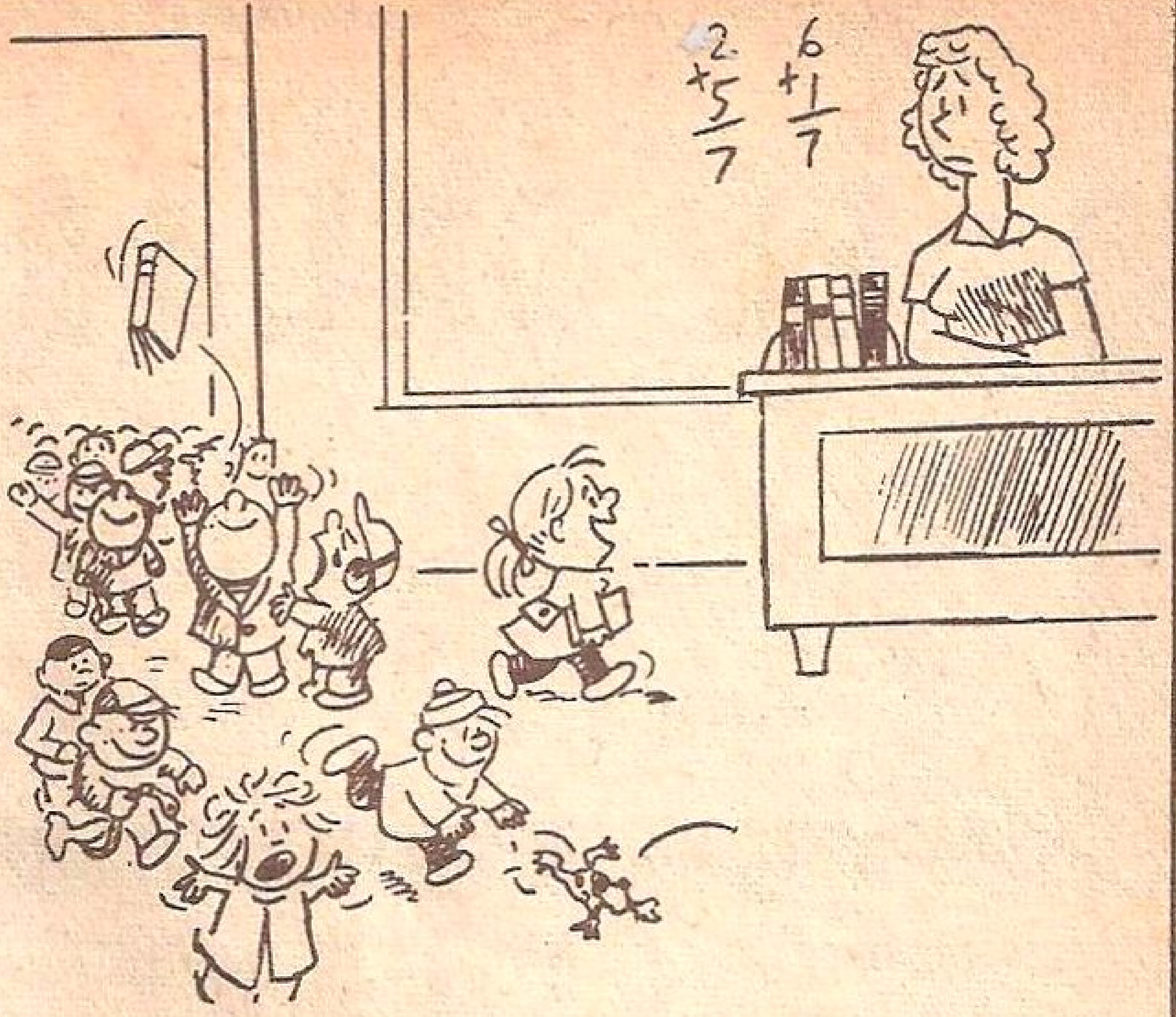

La suegra calló. Armando calló.
¡Es mi final. Si ellos no siguen hablando, tengo que terminar la historia en este cuadro! ¡Hablen! ¡Vamos! ¡Hablen!
Armando, Susana tiene que ir a cuidar a su tía.
Yo no tengo tías.
Susana sí tiene tías e irá...
Susana podrá tener muchas tías pero no irá, ¡no irá!
Y Susana se fue, llevándose un extraño y sorpresivo misterio en sus ojos, en sus grandes ojos, en sus queridos ojos; en sus ojos de mirada celeste.
Pobrecita...
¿Pobrecita quién? ¿Su hermana o mi esposa?
Pobrecita yo, que quedo sola. Un marido con lumbago y una hija que corre tras otro lumbago.
Es claro. Pobrecitos ustedes. ¡Ustedes! Para Susana y para mí, nada. Dos años de casado y la esposa corre en auxilio de una tía que se conformó en mandarnos un telegrama con faltas de ortografía el día que nos casamos y luego nada..., ni una postal.
El avión seguía subiendo y subiendo. Susana se iba. Se llevaba su dulzura enorme y fresca y su misterio, su nuevo misterio tibio y amado.
Pasaron las horas. La noche se fue amontonando sobre las chimeneas de las casas, descendiendo por las antenas de los televisores. Bajaban los sueños de colores a buscar las cabezas de los pibes que ya dormían cansados de hacer muchas travesuras.
(¡Susana, Susana mía! Estoy solo.)
Armando se detuvo frente a la puerta de su departamento, con la llave perdiéndose en la húmeda extensión de su mano mojada.


(Susana, querida mía, mi gran cariño. ¿Cómo será nuestro departamento sin ti? ¿Por qué estoy solo? Tendríamos que haber sido egoístas. ¡Al diablo con el lumbago de las tías viejas!)
Armando tenía miedo de entrar a eso nuevo y frío que serían las habitaciones de su departamento sin la presencia de Susana, la siempre bien amada.
Por fin se decidió. Penetró a aquellos ambientes buscando el recuerdo de su sonrisa; la presencia del fantasma de la sonrisa de Susana, buscando en los rincones los rastros que su voz podría haber dejado en los ecos amontonados ahí.
Se echó sobre la cama. Cerró los ojos pero no pudo dormir. Entonces sus pupilas cansadas y el humo húmedo de su vigésimo cigarrillo, dibujaron aquellos rasgos amados.
Tonto. Eres un niño grande, Armando. No lo olvides esto jamás; nunca podremos separarnos porque nos amamos. Sólo el día que uno de nosotros deje de querer al otro, se separará de éste. Sólo ese día...
Armando cerró los ojos y sintió cómo, lentamente, crecía en su alma una paz nueva y distinta. Estaba seguro que ella vendría cuando la necesitara para calmar su miedo de niño hombre. Era otro milagro del amor que se tenían.
¿Qué? ¡El despertador! No. No es hora aún. El teléfono tampoco. ¿Qué ocurre?
Volvió a sonar el timbre de la puerta de calle.
¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Qué hora de hacer visitas, caramba!
Abrió la puerta, y...
Bueno, bueno...

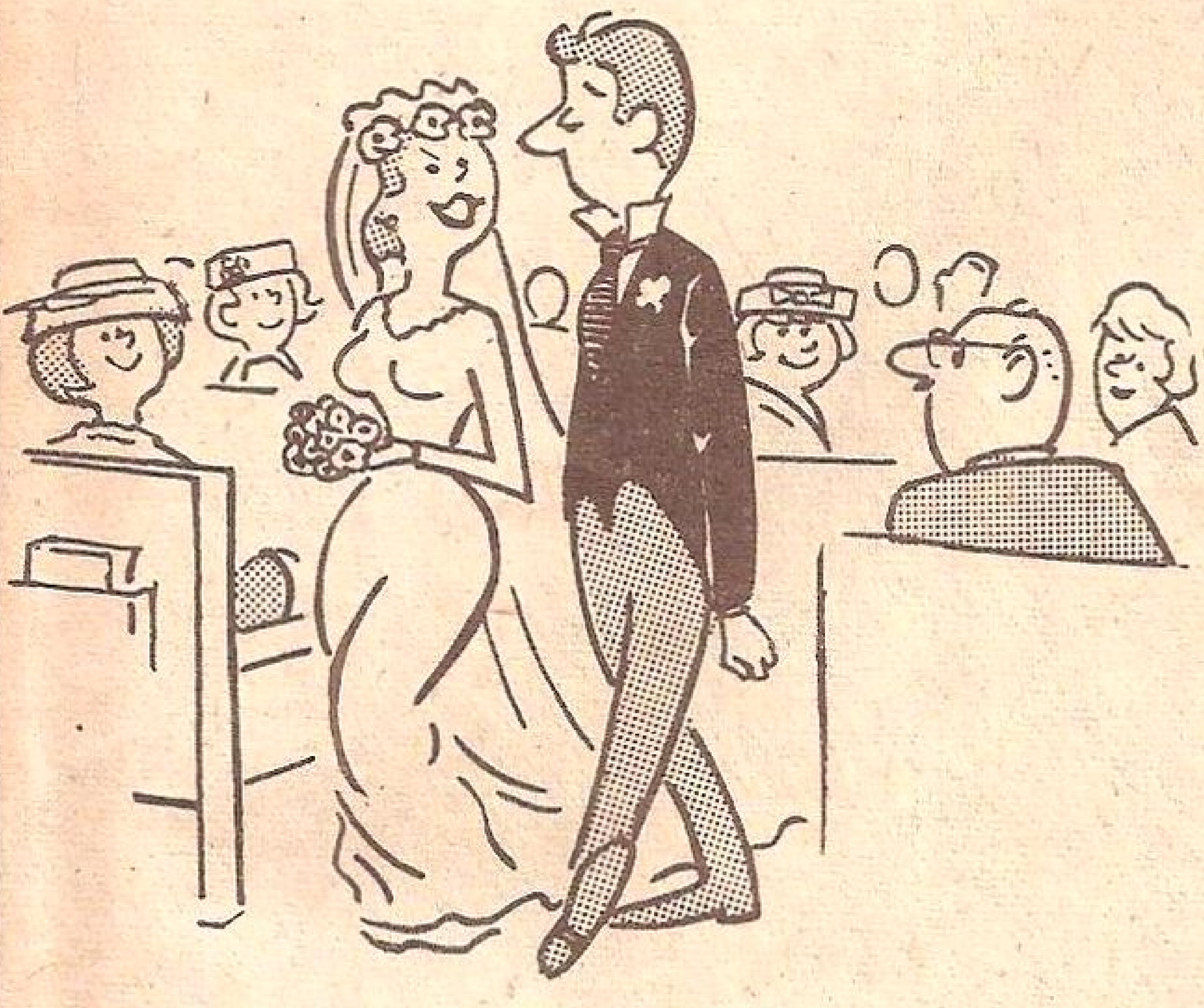

Susana, el misterio de los ojos de Susana, el secreto de la mirada celeste y perfumada de Susana, perfume a menta lisa, a ruda macho. El buen perfume de las almas buenas.
Esto lo arreglo en seguida. 37-1111. Dentro de cinco minutos tengo a la policía aquí. Tú puedes llorar todo lo que quieras, que no vas a convencerme.
La policía no anda con vueltas.
¿Qué eres; mujer o varón? Sigue llorando, no me contestes. Ya verás lo que es bueno.
¡Armando, mi buen amigo Armando, un momento por favor! Ve al baño y lávate la cara y luego vuelve al comedor, a ver si entonces entiendes las cosas mejor. ¡Caramba!)
Perdoname, pibe. A veces digo tonterías. Estoy solo, me siento solo y bueno, cuando un hombre se siente solo, se pone un poco estúpido.
Vos también estás solo, ¿no? Y bueno, entoces no llamo nada a la policía. Los dos estamos solos: los dos nos hacemos compañía. ¿Cómo te llamas, pibe? Y bueno, no importa que no sepas cómo te llamas. Y bueno...
Y bueno, y bueno, y bueno... ¡Armando, a tu edad con muletillas! Y bueno, se entiende. Te falta Susana. Y bueno...
¿Cómo anda ese lumbago, tía Clotilde?
¿Tardará mucho en venir el médico?
Hoy creo que no vendrá. Yo ya me siento bastante mejor; pronto voy a estar bien del todo.
No lo pregunto por ti, sino por mí. Tú te sanas y yo me enfermo. Estoy muy mareada y ya bajé del avión...
¡Susana sí, otra no! ¡Susana sí, otra no! ¡Arriba, Susana! Amorosa de las amorosas. Linda entre las lindas. Mamá, mamita, mami Susana. Papá Armando.
La noticia estalló como una bomba. Susana iba a ser mamá. Armando recibió la confirmación del médico que atendió a Susana en Trenque Lauquen. Y se puso muy contento, pero... pero había una abeja zumbando y zumbando...


Perdoname, pibe, pero tengo que llamar a la policía. Gracias por la compañía que me hicistes en este día de mi completa soledad. Ya viene Susana y no llega sola...
Y vino la policía, y una redondita y monona uniformada rubia como el sol, tomó entre sus brazos al niño desconocido y se lo llevaba.
-¿No tiene idea de quién puede ser esta criatura?
No sé nada de él. Pero es un pibe fenómeno. Me hizo compañía.
Pobrecito. Tiene apenas un puñado de meses y ya comienzan a olvidarlo.
¿Cómo se llamará?
Ni me imagino. Yo lo llamaría: Amigo... Sí, lo llamaría Amigo Rodríguez.
Y se lo llevaron del todo a "Amigo Rodríguez". Y el mundo siguió andando, como dice el buen tango. Y pasaron los meses entre pilas de pañales preparados estratégicamente, y regalitos que comenzaban a llegar y el nacimiento que comenzaba a tardar. Pero por fin...
Nená...
¡No se va a afeitar! Pero igual la hago socia de River y le compro una camiseta, digan lo que digan...
Los abuelos lloraron. Armando se sintió feliz. Pero no tanto, tanto, como todos esperaban.
¿Qué le pasa?
Pienso...
Yo estaba igual que usted cuando nació Susana. Esperaba un varón. Siempre queda la esperanza del yerno, que si bien no es el hijo verdadero, es algo parecido. Uno se adapta...
La familia siempre habla. La gente que forma la familia le gusta hablar siempre, y hablar mucho y decir cosas que uno escucha pocas veces. Buena gente la gente de la familia. Pero habla y habla y habla. Y dá consejos...
¿Estás contento? ¡Mirá qué bonita es! ¿Qué te ocurre?
Pienso en un pibe que está solo, allá, en la Casa Cuna. ¿Ya que tuvimos una hija no podríamos tener un hijo ahora mismo?
Milagro pequeño de buen amor. Amigo Rodríguez pasó a ser el hijo varón de Susana y Armando y el hermano que se afeitaba y usaba la camiseta de River, de esa Lila maravillosa que es la hija de ellos, de nuestros queridos Susana y Armando. ¡Arriba los amorosos!
FIN

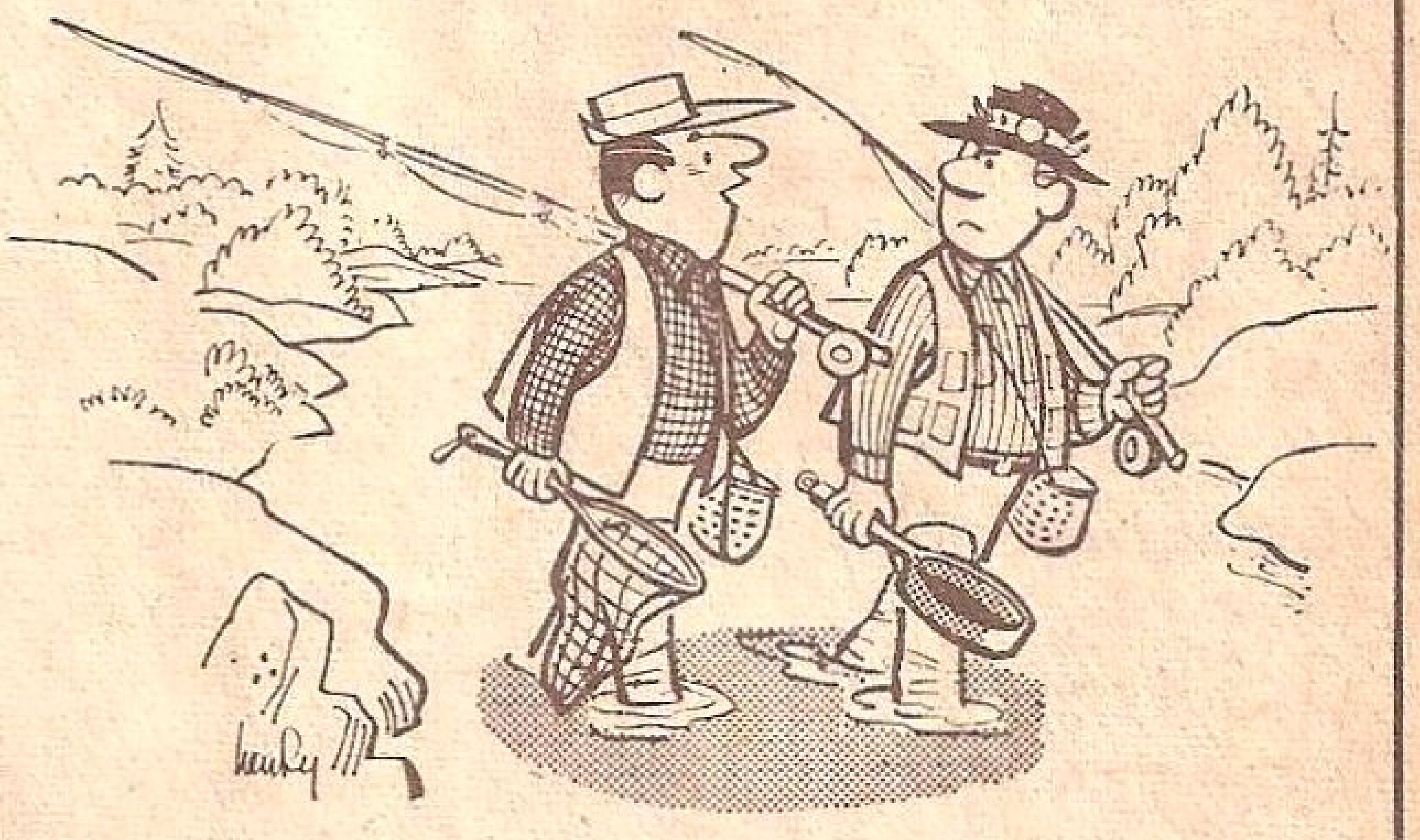
DE BUEN HUMOR



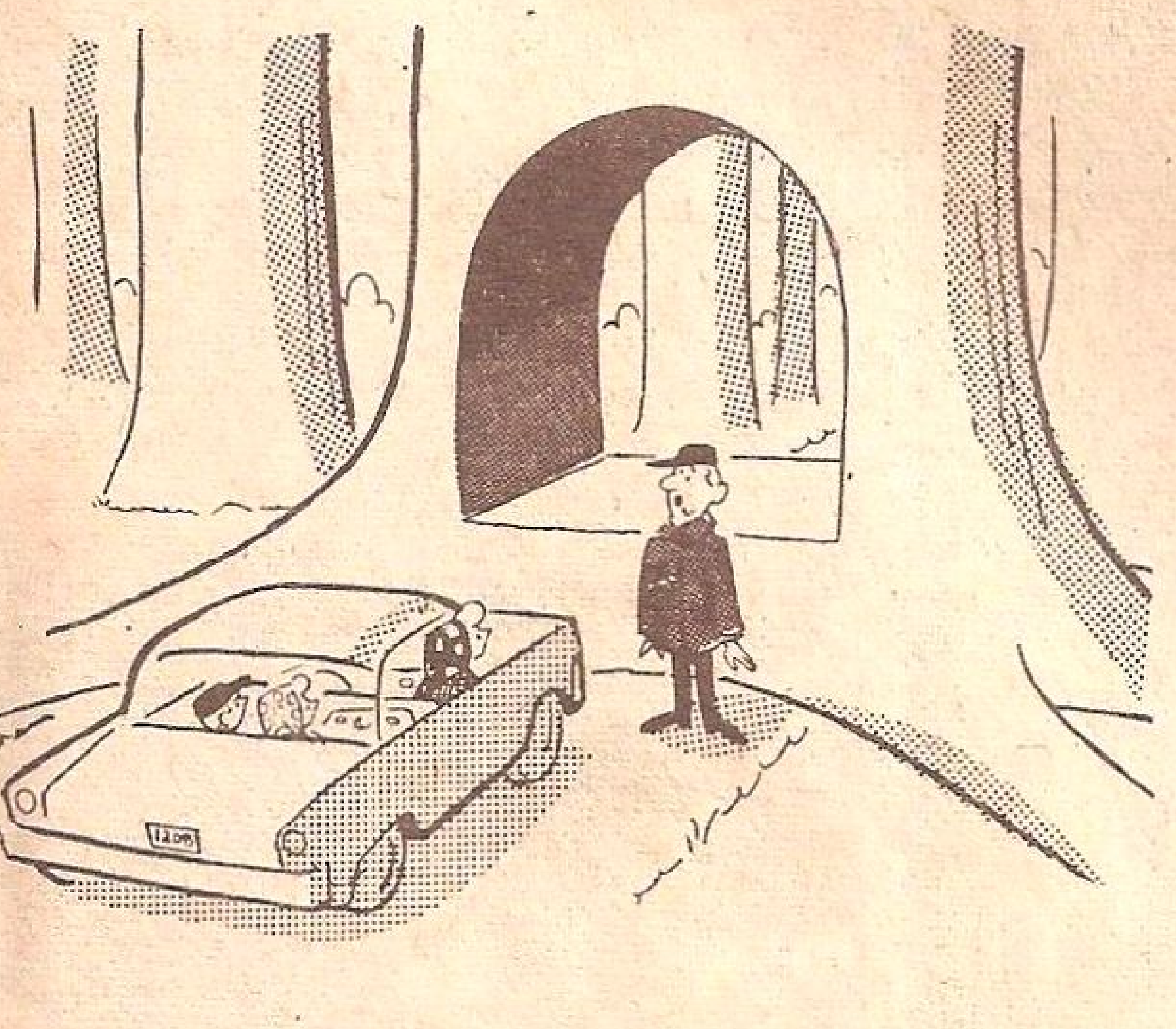
-Perdone mi tardanza, señorita, pero el chofer del ómnibus chocó.



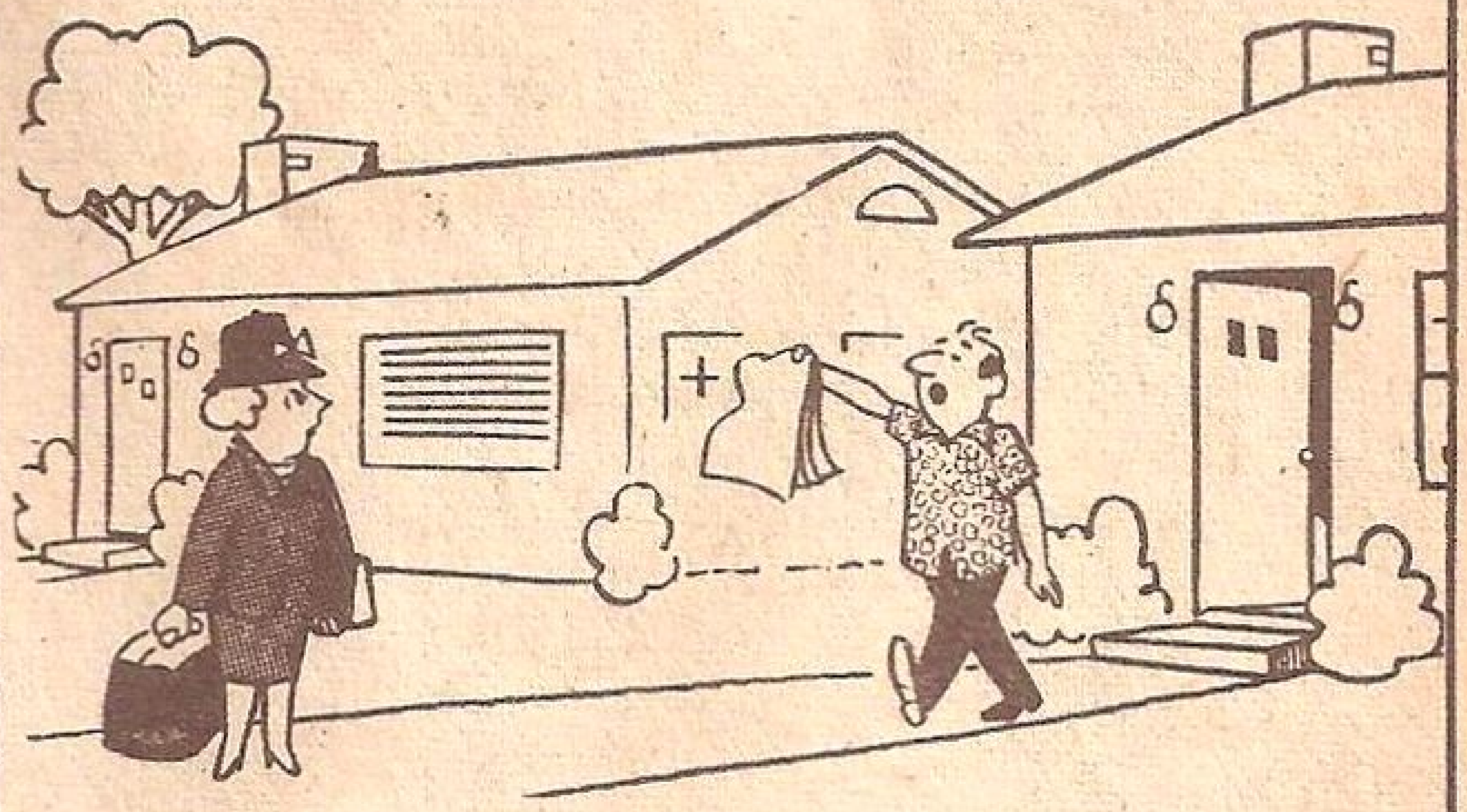
-...y otra cosa que quería decirte, es que no me gusta cómo pronuncias nuestro último apellido.



-Básicamente, Oscar, tú no eres un deportista de alma.



-...y sigue creciendo aún.



-Espera, Dora. Te has olvidado la toalla.

EL CALABRÉS

POR

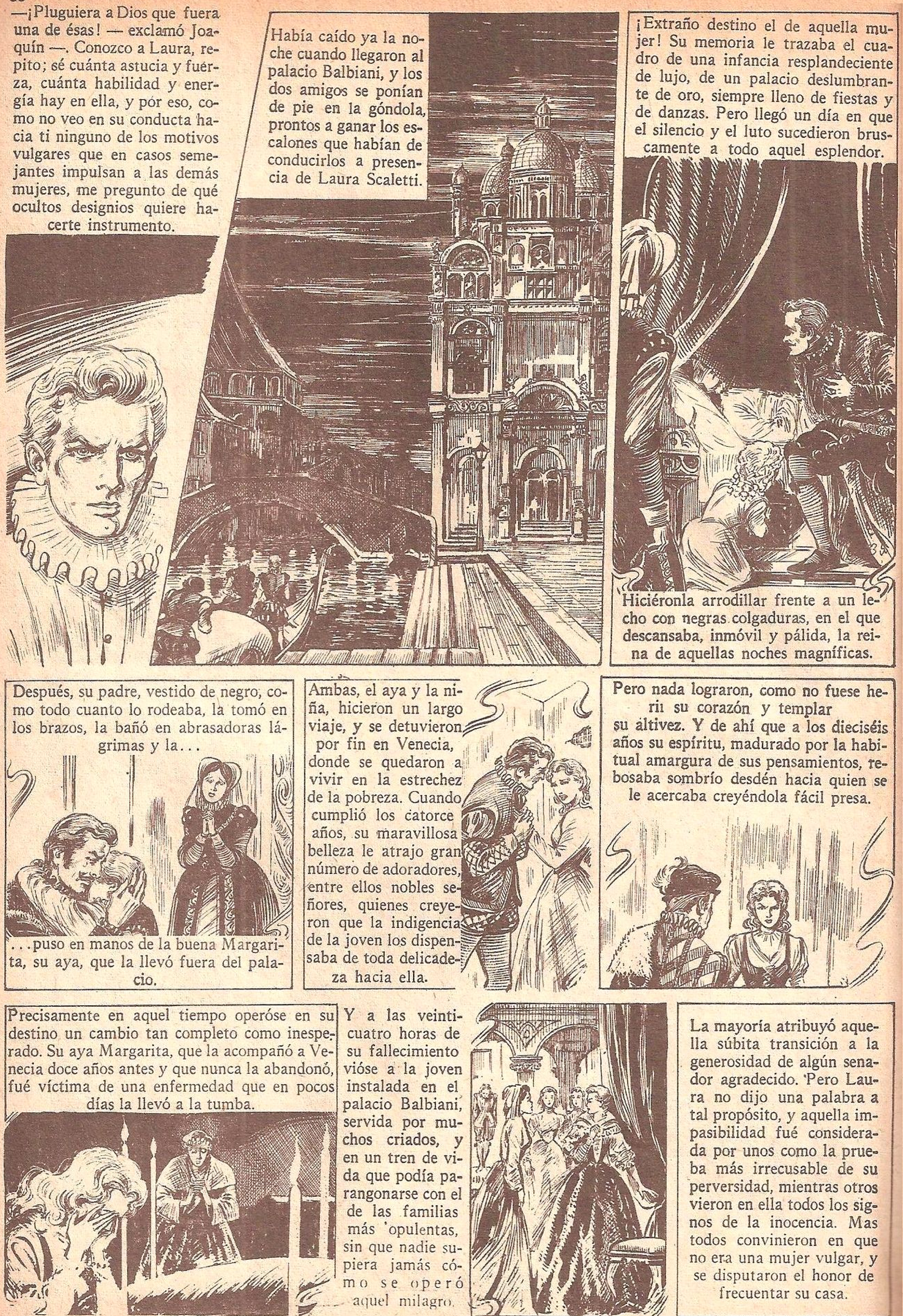
CONSTANT GUÉROULT

ADAPTACIÓN — DIBUJOS DE DAVID COOPER

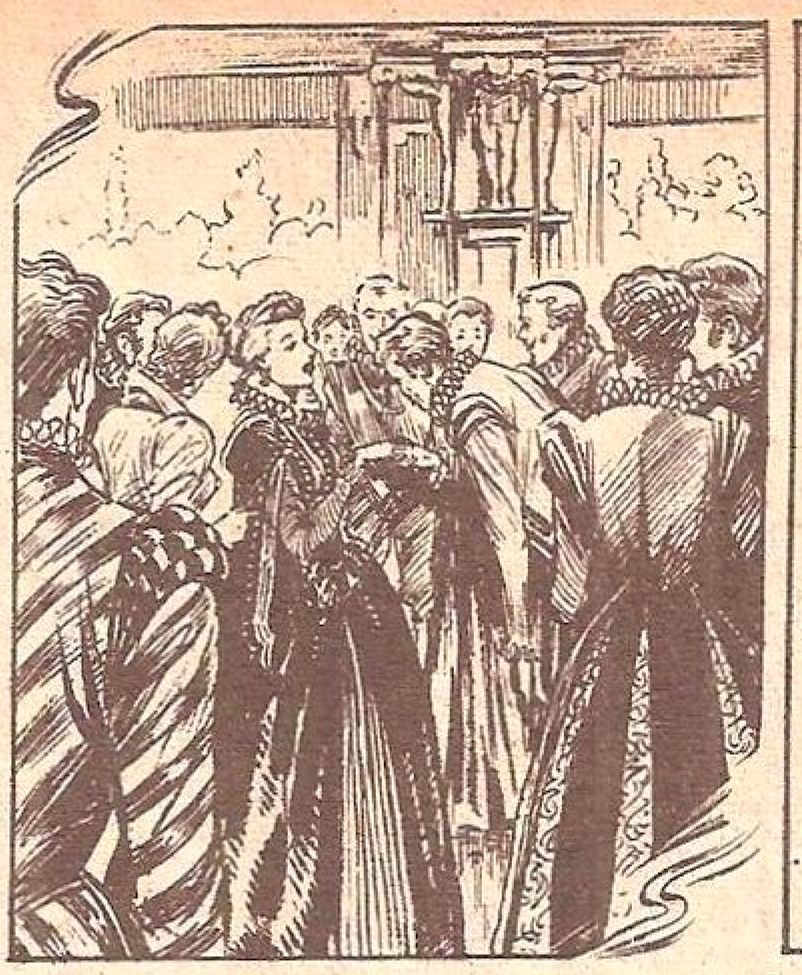
Este novelista y autor dramático francés nació en Elbeuf, el año 1814, y murió en París, en 1882. Comenzó a escribir muy joven, en pleno auge del romanticismo, al cual se adscribió plenamente. Adquirió fama como folletinista y descolló en la novela de intriga y aventuras entonces muy en boga. La que hoy publicamos tiene por protagonista a un gran pintor italiano y refleja la época terrible y apasionada del Renacimiento.




–Matías, algo extrano está pasando en tu vida: siempre te he conocido como un trabajador entusiasta, y ya hace ocho días que no tocas un pincel; irascible y batallador, siempre andabas con la espada y la daga fuera de la vaina, y hace ocho días que no empuñas una ni otra...
Ambos guardaron silencio durante un momento, y en seguida Joaquín interrogó a Matías Preti.
¿Y si te pregunto el nombre de la mujer que así te ha cambiado?
Aquélla es.
Y Matías señaló con el dedo el palacio Balbiani.
¡Ella!
Sí. Te sorprende que ame a la mujer que a ti sólo te inspira odio y desprecio..
Y dime, Matías: ¿te hace feliz ese amor?
Desde que conozco a Laura, hace ocho días, mi corazón ha gozado de todos los deleites y embriagueces que puede contener, y al mismo tiempo ha soportado todas las torturas y las angustias que puede sufrir un corazón humano.
¿Por qué? ¿Es que tienes un rival amado?
Cuando soy dueño de mi sangre fría no lo creo; en mis horas de delirio tengo esa espantosa convicción.
–¿Por qué has hecho de ese amor un secreto para mí? De haberlo sabido, me hubiese guardado de lanzar ningún epigrama contra ella estando tú adelante.
No conoces todas mis debilidades, Joaquín. Cuanto más violenta estallaba tu enemistad hacia ella, más te quería...
"¿Sabes por qué? Porque eso contribuía a que ella te odiase más cada vez. Esos sentimientos serían los que yo quisiera que Laura alimentase hacia todos cuantos se le acercan. De ese modo no tendría rivales que temer, de ese modo no me vería a todas horas bajo el peso de las más desconsoladoras emociones, sospechando de todo y de todos."
–Créeme, Matías: he penetrado el corazón de esa mujer; es una criatura profundamente peligrosa, y no te ama, no ama a nadie.–Pues yo no la juzgo una de esas mujeres vulgares que se pasan la juventud atormentando a unos cuantos adoradores.


—¡Pluguiera a Dios que fuera una de ésas! — exclamó Joaquín —. Conozco a Laura, repito; sé cuánta astucia y fuerza, cuánta habilidad y energía hay en ella, y por eso, como no veo en su conducta hacia ti ninguno de los motivos vulgares que en casos semejantes impulsan a las demás mujeres, me pregunto de qué ocultos designios quiere hacerte instrumento.
Había caído ya la noche cuando llegaron al palacio Balbiani, y los dos amigos se ponían de pie en la góndola, prontos a ganar los escalones que habían de conducirlos a presencia de Laura Scaletti.
¡Extraño destino el de aquella mujer! Su memoria le trazaba el cuadro de una infancia resplandeciente de lujo, de un palacio deslumbrante de oro, siempre lleno de fiestas y de danzas. Pero llegó un día en que el silencio y el luto sucedieron bruscamente a todo aquel esplendor.
Hiciéronla arrodillar frente a un lecho con negras colgaduras, en el que descansaba, inmóvil y pálida, la reina de aquellas noches magníficas.
Después, su padre, vestido de negro, como todo cuanto lo rodeaba, la tomó en los brazos, la bañó en abrasadoras lágrimas y la...
...puso en manos de la buena Margarita, su aya, que la llevó fuera del palacio.
Ambas, el aya y la niña, hicieron un largo viaje, y se detuvieron por fin en Venecia, donde se quedaron a vivir en la estrechez de la pobreza. Cuando cumplió los catorce años, su maravillosa belleza le atrajo gran número de adoradores, entre ellos nobles señores, quienes creyeron que la indigencia de la joven los dispensaba de toda delicadeza hacia ella.
Pero nada lograron, como no fuese herir su corazón y templar su altivez. Y de ahí que a los dieciséis años su espíritu, madurado por la habitual amargura de sus pensamientos, rebosaba sombrío desdén hacia quien se le acercaba creyéndola fácil presa.
Precisamente en aquel tiempo operóse en su destino un cambio tan completo como inesperado. Su aya Margarita, que la acompañó a Venecia doce años antes y que nunca la abandonó, fué víctima de una enfermedad que en pocos días la llevó a la tumba.
Y a las veinticuatro horas de su fallecimiento vióse a la joven instalada en el palacio Balbiani, servida por muchos criados, y en un tren de vida que podía parangonarse con el de las familias más opulentas, sin que nadie supiera jamás cómo se operó aquel milagro.
La mayoría atribuyó aquella súbita transición a la generosidad de algún senador agradecido. Pero Laura no dijo una palabra a tal propósito, y aquella impasibilidad fué considerada por unos como la prueba más irrecusable de su perversidad, mientras otros vieron en ella todos los signos de la inocencia. Mas todos convinieron en que no era una mujer vulgar, y se disputaron el honor de frecuentar su casa.

Fiel a su sistema, Laura acogió a cuantos se presentaron, sin exceptuar a los hombres que en otro tiempo trataban de comprar sus encantos, ni aun a aquellos que, avergonzados de su derrota y cediendo a los consejos de una cobarde vanidad, no habían vacilado en vanagloriarse de ser más afortunados que sus rivales.



Pronto no tuvo en Venecia más detractores que algunas mujeres envidiosas de su espiritualidad y su belleza. Aquellas enemigas no tenían sino un argumento que esgrimir contra Laura, pero era poderoso: para mantener su lujo y satisfacer sus ruinosos caprichos, era necesario que tuviera no uno, sino diez amantes; y en cuanto al misterio en que envolvía su fortuna, no era más que una habilidad para ocultar su verdadera fuente.





Con esto había ya bastante para hacer vacilar muchas convicciones; sin embargo, las maneras dignas de la joven, su comportamiento sin tacha, y su bello rostro siempre tranquilo y sereno ante la calumnia, pudieron más que las sospechosas apariencias. Y tal era el prestigio que ejercía sobre los espíritus, que varios de los más orgullosos patricios venecianos aspiraron a su mano.



Pero, sea que debido a su prematura experiencia su corazón estuviese tan desencantado que no pudiera abrirse al amor, o sea que no se hallara entre aquellos nobles pretendientes el que tenía el secreto de conmoverlo, el hecho es que rechazó a todos, dando como razón la de que había visto desnuda el alma de los hombres y conocía ya todas sus deformidades.

Aquella respuesta sirvió para quienes se le declararon, y también para aquellos otros que no se atrevieron a declarársele, viéndose todos igualmente rechazados. Muchos se resignaron, contentándose con su amistad, pero no faltaba quien sintiera por ella una de esas pasiones implacables que ninguna razón puede satisfacer.



Prueba de ello es que una tarde Laura encontró en su cuarto una carta que decía: "Nunca habéis sospechado mi amor, nunca lo sospecharéis, ya que jamás os lo confesaré para no tener que verlo rechazado. Sabré ocultarlo de todas las miradas, al igual que de las vuestras; pero el día de mi muerte, ¡y quiera Dios que esté cercano!, se hallará sobre mi corazón el collar de conchillas que falta en vuestro joyero".





Laura abrió el cofrecillo que contenía sus alhajas. Faltaba, en efecto, un collar compuesto de conchillas, de esos que se encuentran fácilmente en Venecia.

Aquella carta produjo viva impresión en la joven. la entristeció durante varios días; pero su melancolía se disipó pronto, y su hermoso rostro recuperó la expresión habitual de serenidad profunda y de altiva independencia. La que leyó en él Matías Preti, el Calabrés, cuando, apenas llegado a Venecia, se hizo presentar en el palacio Balbiani por su amigo Joaquín.



No parecía aquélla buena recomendación para Laura, pues Joaquín no ocultaba su hostilidad, cuando no su desdén. Sin embargo, la joven recibió al pintor con particular distinción.




El ardiente Calabrés dejó muy pronto asomar la pasión profunda que Laura le había inspirado, y ella, por primera vez, parecía sensible a las galanterías que hasta entonces había escuchado con tanto desdén. Por último, la preferencia que le concedía sobre sus rivales se hizo tan visible, que todo el mundo creyó poder profetizar su próxima unión.
El Calabrés acababa de expresar a su amigo sus dudas sobre los verdaderos sentimientos de Laura cuando llegaron al palacio Balbiani, donde se encontraron con cuantos hombres distinguidos tenía Venecia, con cuantas mujeres jóvenes y bellas habitaban en ella, porque Laura Scaletti daba aquella noche una de esas fiestas cuya magnificencia era un inexplicable enigma para la ciudad entera.
Cuando el Calabrés apareció, todas las miradas se dirigieron a él, y se leía en las de los hombres la animadversión al pintor, a quien envidiaban por su fama, y cuyas opiniones con frecuencia los herían.
Pasó Matías Preti entre ellos con la cabeza erguida, el continente altanero y la mirada desdeñosa.
Dejó a Joaquín en compañía de su último amor, la señora Zuccati, y se adelantó hacia donde estaba Laura, cuyos ojos negros revelaron vivamente la alegría que experimentaba en aquel momento.
Ya es tarde, señor Matías, y temía no veros esta noche.
¿Temíais, señora?
Sí, porque esta noche tengo que hablaros sin testigos.
¿No os parece, como a mí, que un paseo por los canales tendría seguramente más encanto que esta fiesta en que uno se sofoca?
¡Oh! No cabe duda, señora.
No quiero que nos vean salir juntos; os aguardaré en mi góndola; id a buscarme.
Cinco minutos después, Matías entraba en la góndola de Laura Scaletti, donde ella se encontraba ya, y que, lanzada con todas sus fuerzas por un robusto gondolero, pronto se alejó del palacio. Después de un prolongado silencio, Laura habló al artista.


Señor Matías, tenéis que sofocar en vuestro corazón el amor que os he inspirado, porque no os pertenecerá jamás. .
¡Jamás! ¿Qué queréis decir, señora? Os suplico que os expliquéis.
Soy tan capaz como cualquiera otra de amar hasta la locura; pero tengo en el corazón una pasión que domina y absorbe todas las demás: el odio.
"Un odio que desde hace dos años hierve y fermenta en el fondo de mi alma, y cuya acción corrosiva destruye poco a poco todos los sentimientos afectuosos que Dios había puesto en mí. Oídme, señor: no puedo pertenecer sino al hombre que me haya libertado del peso que gravita sobre cada hora de mi vida, porque a ése le deberé el aire y la luz, se lo deberé todo: gracias a él me sentire vivir, y seré suya, completamente suya."
¿Y por qué no puedo ser yo ese hombre, señora?
Porque hay que matar al que ha lacerado mi corazón hasta la última fibra, y porque vos no consentiréis jamás en medir vuestra espada con la suya.
¿Está en Venecia?
Asiste a mi fiesta, y sabréis quién es dentro de un instante.
Está bien; mañana, señora, habrá en Venecia un hombre menos: él o yo.
Ya que decididamente queréis jugar vuestra vida para obtener mi mano, os debo la explicación del misterio que tantas calumnias me ha valido.
Laura se interrumpió para ordenar al gondolero que regresara y luego continuó: —Al día siguiente de la muerte de mi pobre Margarita, una mujer me entregó una carta. Era de mi padre. Se dolía de la vida de angustias y miserias a que me había condenado hasta aquel día, bien contra su voluntad, prometiéndome que, en adelante, sería tan rica y tan envidiada en Venecia como pobre y humilde me había visto.
"Me prometía también estar siempre a mi lado, y que sus miradas no se apartarían de mí aunque yo jamás lo conociese. Y así ha sido: desde aquel día, la solicitud de mi padre no se ha desmentido nunca; mis arcas se llenan a medida que yo las vacío. A menudo adivina y se adelanta a mis más ocultos deseos."

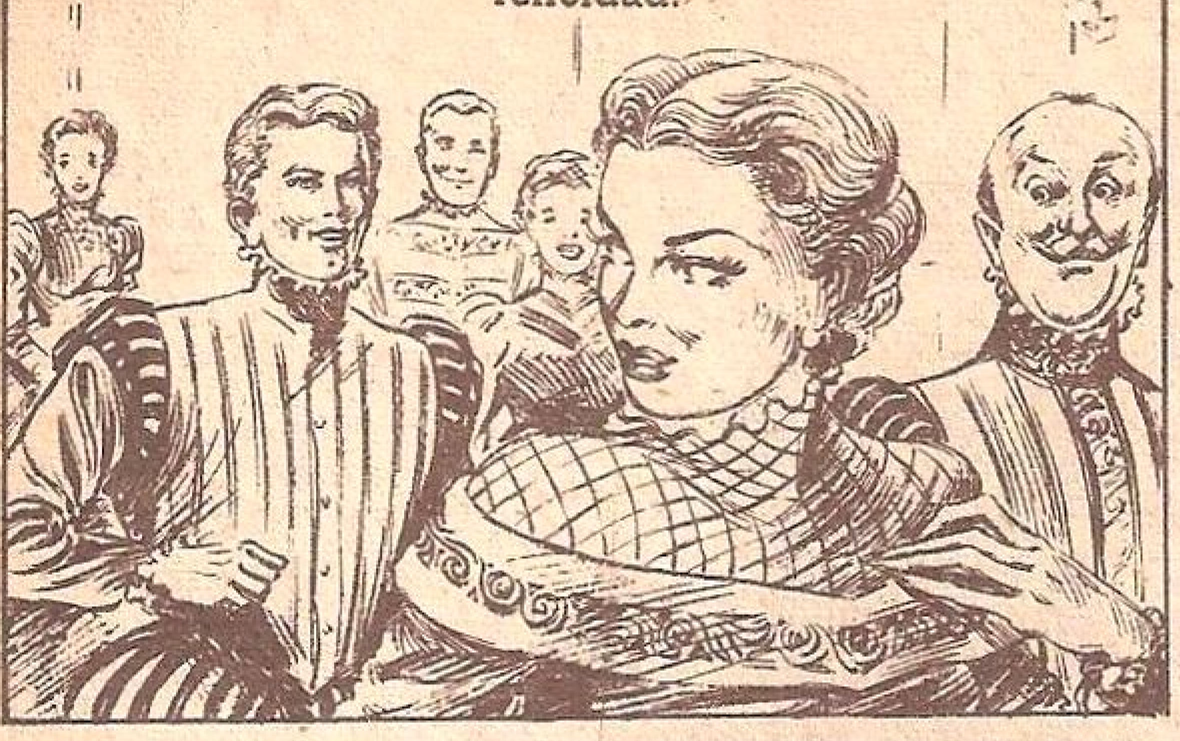

Y le refirió que a veces había querido comprar al viejo Antonio, un mercader avaro y usurero, conocido en toda Venecia, alhajas que éste se negaba a venderle, diciéndole que las había adquirido por orden de un señor veneciano, y al día siguiente las encontraba en su habitación.
Trató de arrancarle el nombre de aquel señor, pero el viejo Antonio, que vendería el alma por un cequí, no había querido venderle su secreto a ningún precio.
—Mis sospechas —terminó diciendo Laura— se han dirigido sucesivamente a los más ricos patricios, pero ninguno de ellos podría rivalizar en lujo conmigo, ninguno podría imitar la magnificencia de mis fiestas, sin ver derrumbarse su fortuna. Este pensamiento ha bastado para ir destruyendo todas las esperanzas que había abrigado de descubrirlo entre ellos.
Escuchad, señora: ya que me habéis encomendado una misión, encomendadme esa también, y quizá dentro de algunos días pueda traeros el nombre de vuestro padre.
¿Vos, señor? Pensad bien en lo que os atrevéis a emprender... ¿Por qué medios esperáis...?
Lo ignoro. Pero me habéis prometido ser mía, y ya no veo nada imposible.
¡Ah! ¡Si se realizara mi esperanza! ¡Si lo consiguierais!...
La góndola se detuvo frente a la escalinata del palacio Balbiani.
Y ahora, sólo os resta hacerme conocer a ese enemigo...

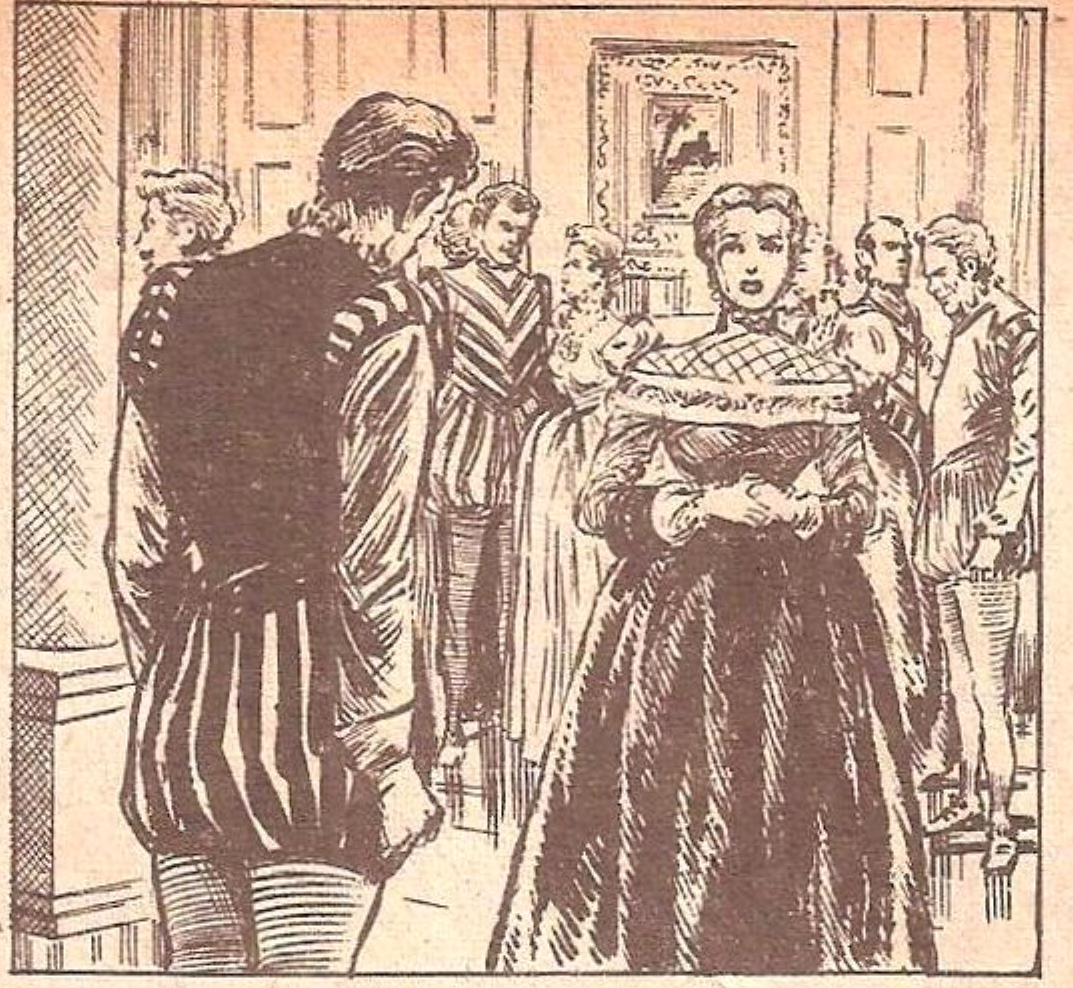

¿Tanta prisa tenéis? Pienso ahora que quizá hace un instante el odio me haya aconsejado mal; quiero aguardar un poco más. Luego veremos.
Tomaron precauciones, para que no los viesen llegar juntos, entrando, al igual que habían salido, por puertas diferentes, y quedaron en encontrarse luego en la sala de baile.
Matías habló un momento con su amigo Joaquín, que bromeaba y reía en el salón de baile con la señora Zuccati. Buscó luego con sus ojos a Laura, y la vió por fin inmóvil en un rincón, como aislada de todos a propósito. Y al encontrarse con su mirada, advirtió un sombrío fulgor en el fondo de sus ojos negros.
Parece que os interesa poco lo que tenía que deciros.
Perdonadme. Como me dijisteis que queríais aguardar...
¡Aguardar, decís? ¡Oh, ni un minuto, ni un segundo! He aguardado demasiado, he sufrido demasiado, la medida está colmada... Hay que acabar de una vez.
Sea: duelo más o menos no es cosa del otro mundo. ¿Su nombre?
Mirad hacia allí. ¿No lo veis? Miradlo. Está hablando de amor con la señora Zuccati.
¡Joaquín! ¡Oh! ¿Qué es lo que me pedís, señora? ¡Matar al hombre a quien quiero más que a un hermano! ¡Imposible, señora!
—Escuchadme, señor Matías —le dijo Laura—: si hubiese querido deshacerme de Joaquín por medio de un asesinato, me bastaría con arrojar a un bravo cualquiera unos centenares de cequíes.
Pero quiero un duelo, y la recompensa que ofrezco por ese duelo es mi mano. Os concedo una hora. Si en ese término no os habéis batido con Joaquín, dado el precio que pago, no faltará más de uno que quiera encargarse de mi venganza.
Dicho esto, Laura se alejó bruscamente, para mezclarse con la concurrencia, dejando a Matías en la perplejidad más cruel. ¿Cómo escapar a la horrible alternativa en que se veía colocado? ¿Se batiría con Joaquín? ¡Imposible! ¿Toleraría que otro se casara con Laura? No podía ni soportar semejante pensamiento. Y, sin embargo, tenía que resolverse por uno de los dos partidos.
Mareado por el ruido de la multitud que remolineaba en torno de él, Matías se retiró a un balcón, donde lograría permanecer aislado, sin que nadie pudiese vislumbrar la terrible lucha que sostenía consigo mismo.


En tanto, en el salón de baile ocurría algo que pasó inadvertido para todos. En un instante en que Joaquín se apartó de la señora Zuccati, otra bella invitada se acercó a él y lo arrastró a una pequeña habitación, contigua al salón y completamente a obscuras. Una vez allí, lo interrogó con desesperado acento.
¡Joaquín! ¿Por qué me hacéis sufrir así? ¡Toda la noche con esa mujer! ¿Es que ya no me queréis?
Ya os dije que me considerarais vuestro amigo más sincero.
Pudo creerse que este hecho había pasado inadvertido para todos, pero no fué así. Una persona, a cuyos ojos no escapaba nada de lo que hiciera Joaquín, se dió cuenta de aquella escena, y siguió cautelosamente a la pareja. Era Laura, que en aquel momento entró en la obscura habitación con el mayor sigilo y se ocultó detrás de una columna, desde donde podía escucharlos.
¡Es ella quien me ha quitado vuestro amor!
No se puede quitar lo que no se tiene. Mi amor no ha sido vuestro, como no es tampoco de ella.
¡Vuestra frialdad es espantosa!
Desde hace dos años llevo sobre el pecho un talismán que me ha defendido siempre contra el amor.
Entonces, ya adivino: sobre el corazón el talismán, y en el fondo del corazón la que os lo ha dado.
O mejor dicho, aquella a quien se lo he quitado; adivinasteis, señora.
¿Y continuáis amando a esa mujer?
Nunca he amado a otra. Si he fingido amarlas, es porque quería devolverle desdén por desdén.
¿Es casada vuestra maravilla?
No, señora. Iba a pedirle su mano cuando anunció su resolución de no casarse nunca.
Y ese precioso talismán será sin duda su retrato. ¿Os negaréis a dármela a conocer?
Os engañáis, señora: mi talismán es un collar de conchillas; nada os haría saber.


Poco después, los concurrentes a la fiesta vieron adelantarse hasta el medio del salón a Laura Scaletti, con el rostro radiante de alegría, tan viva y tan profunda, que todas las miradas se fijaron en ella y parecieron interrogarla.
Cuando el silencio fué completo, Laura tomó la palabra: —Señores —dijo con voz profundamente conmovida—, muchos de vosotros me han incitado a casarme; me rindo a vuestros consejos: tomo por esposo al señor Joaquín Marchetti.
Al oír el nombre de Joaquín, a quien todos juzgaban como enemigo declarado de Laura Scaletti, hubo una exclamación general de sorpresa.
Joaquín, sobre todo, estaba confundido. Y, acercándose a ella, le dijo en voz baja: —¡Señora! ¿Debo creer en lo que acabo de oír?
Sí, Joaquín; podéis creerme, pues el hombre a quien había dedicado un odio implacable porque amaba a todas las mujeres excepto a mí, no ha amado nunca más que a mí solamente.
¿Quién os lo ha dicho?
—Vos mismo. Acabo de oír vuestra conversación... ¡Cómo no adiviné que fuisteis vos quien se llevó el collar y me escribió aquella carta!...
¡Pensar que una sola palabra hubiera bastado para unirnos, y el orgullo nos impidió pronunciarla!
Todas las miradas están fijas en nosotros; separémonos por un momento.
Sí, pero nos encontraremos aquí dentro de un rato.

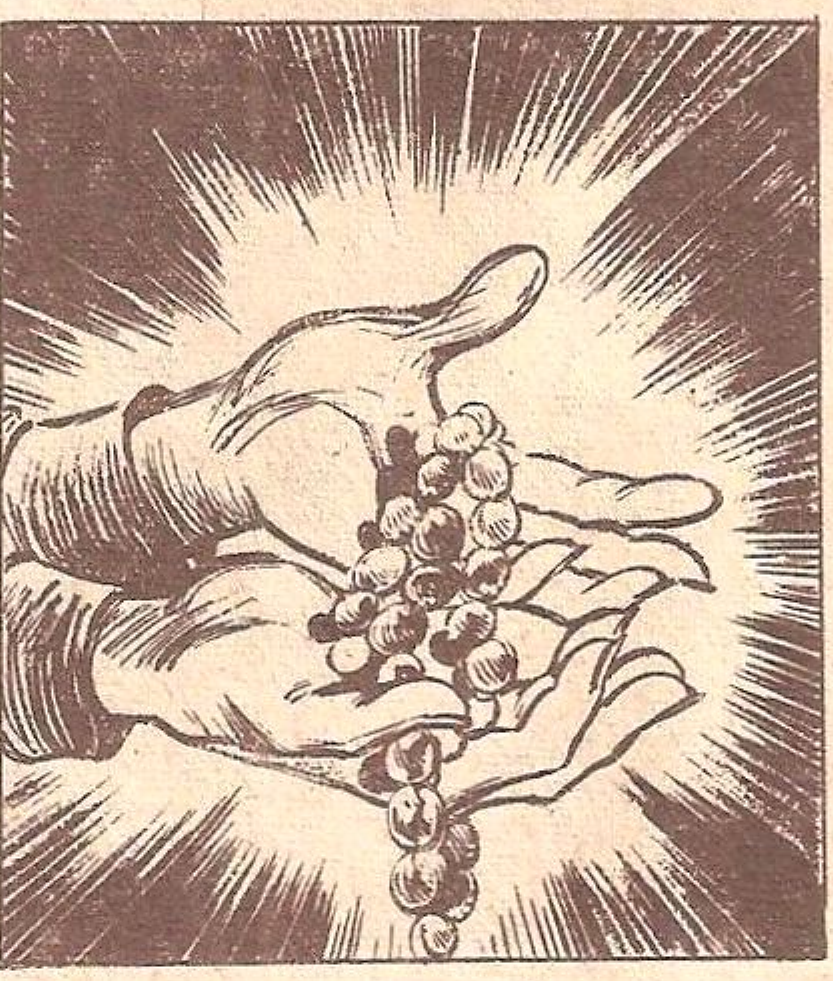
Los enamorados se separaron con el corazón henchido por la multitud de emociones completamente nuevas que de él se desbordaban, y el alma embriagada por el porvenir que se abría ante sus ojos, deslumbrante de felicidad.



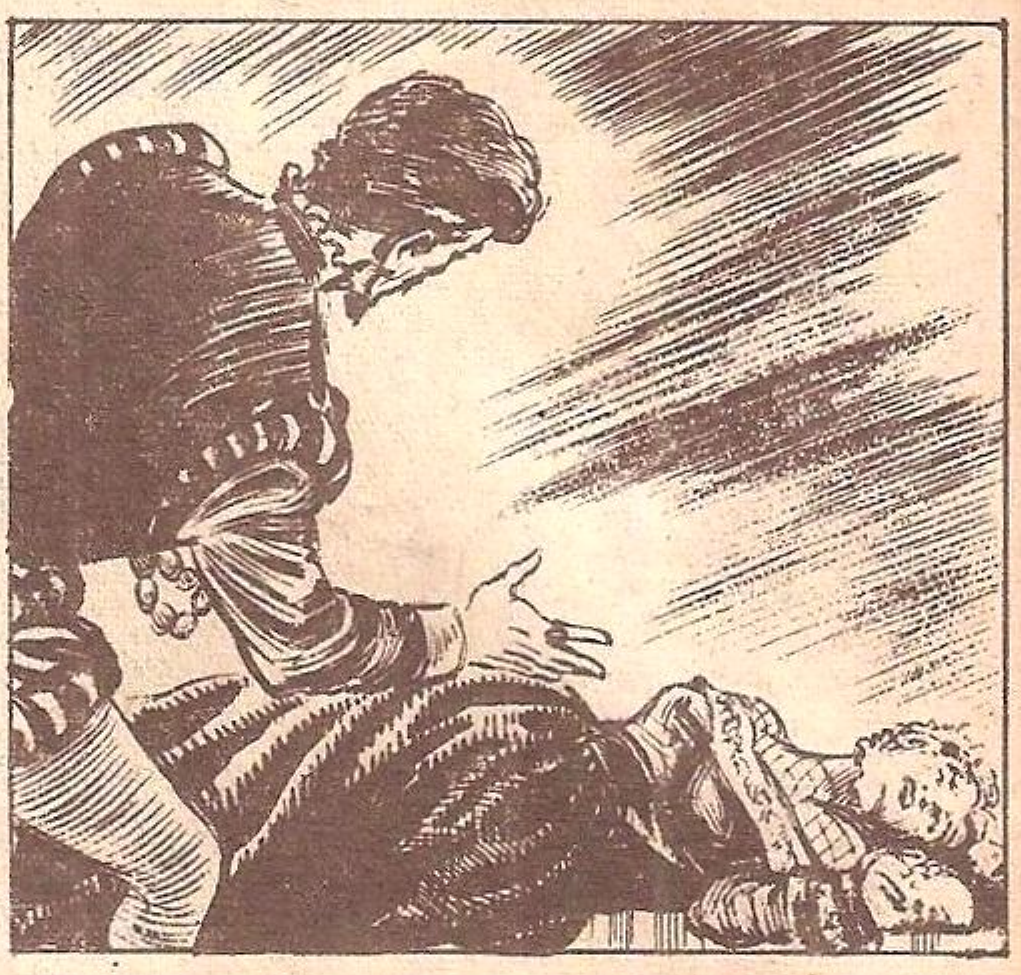


Después de veinte minutos de separación, Laura volvió al sitio en que había dejado a Joaquín; no estaba, y en su lugar vió a Matías Preti. Sus rasgos imponentes tenían en aquel momento una expresión tranquila y siniestra a la vez, que hizo estremecer a la joven.

—Señora —dijo Matías inclinándose con gravedad—, vengo a cumplir una misión y a reclamar el cumplimiento de una promesa. En cuanto a lo primero, se trata de un objeto precioso que me he comprometido a entregaros: helo aquí. Y de su escarcela sacó un collar de conchillas manchado de sangre.

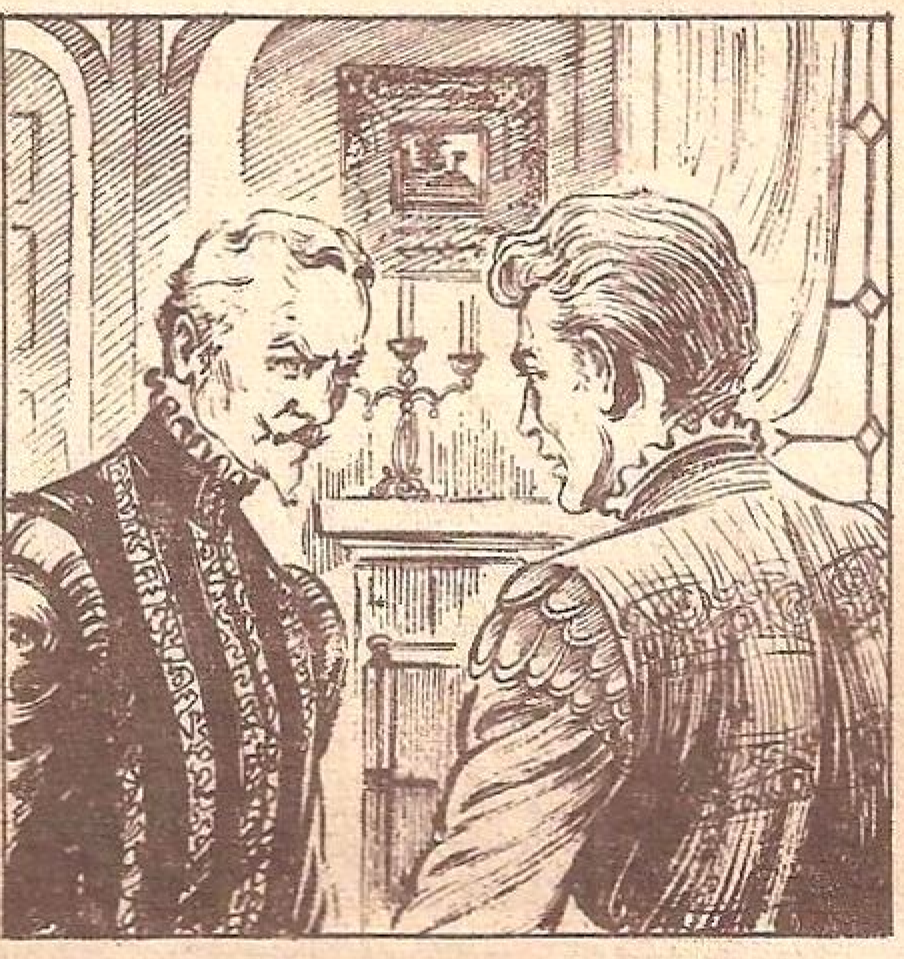


—En cuanto a la promesa —prosiguió—, la recordáis sin duda: me habíais concedido una hora, la hora ha transcurrido apenas, y la condición que me habíais impuesto está cumplida. Joaquín... No pudo terminar. Laura lanzó un grito terrible y rodó por el suelo sin sentido.



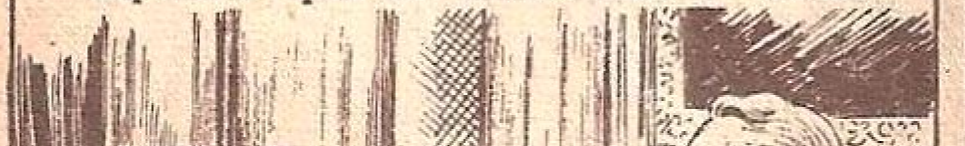


Un mes, poco más o menos, había pasado desde los acontecimientos que acabamos de relatar. Retirado desde aquella época en casa de su padre, Joaquín —a quien el Calabrés sólo había herido gravemente, aunque en un principio lo creyeron muerto—, comenzaba a recuperar la fuerza y la salud.



Pero una negra melancolía se había apoderado de su alma, porque Laura continuaba ignorando el secreto de su nacimiento, y el Conde Marchetti, padre de Joaquín, había declarado formalmente que aquella unión era imposible mientras la joven no pudiera decir el nombre de su padre. Y aunque Joaquín hubiese querido, no hubiera podido contrariar sus designios, pues, como miembro del Consejo de los Diez, la influencia del Conde Marchetti no tenía límites.

En esas circunstancias, el Calabrés anunció su visita al Conde Marchetti. La desesperación había apagado el fuego de los grandes ojos negros de Matías, y en toda su persona se notaba el sello de grandeza imponente y terrible que deja el dolor a aquellos que ha fulminado el alma.





—Señor —dijo el artista al patricio—, mi visita os sorprende, sin duda; pero, si me atrevo a presentarme en una morada sumida por mi culpa en la aflicción, es para redimir el mal que he causado, porque hoy mismo, por lo menos así lo espero, Joaquín habrá recuperado para siempre la alegría y la felicidad.

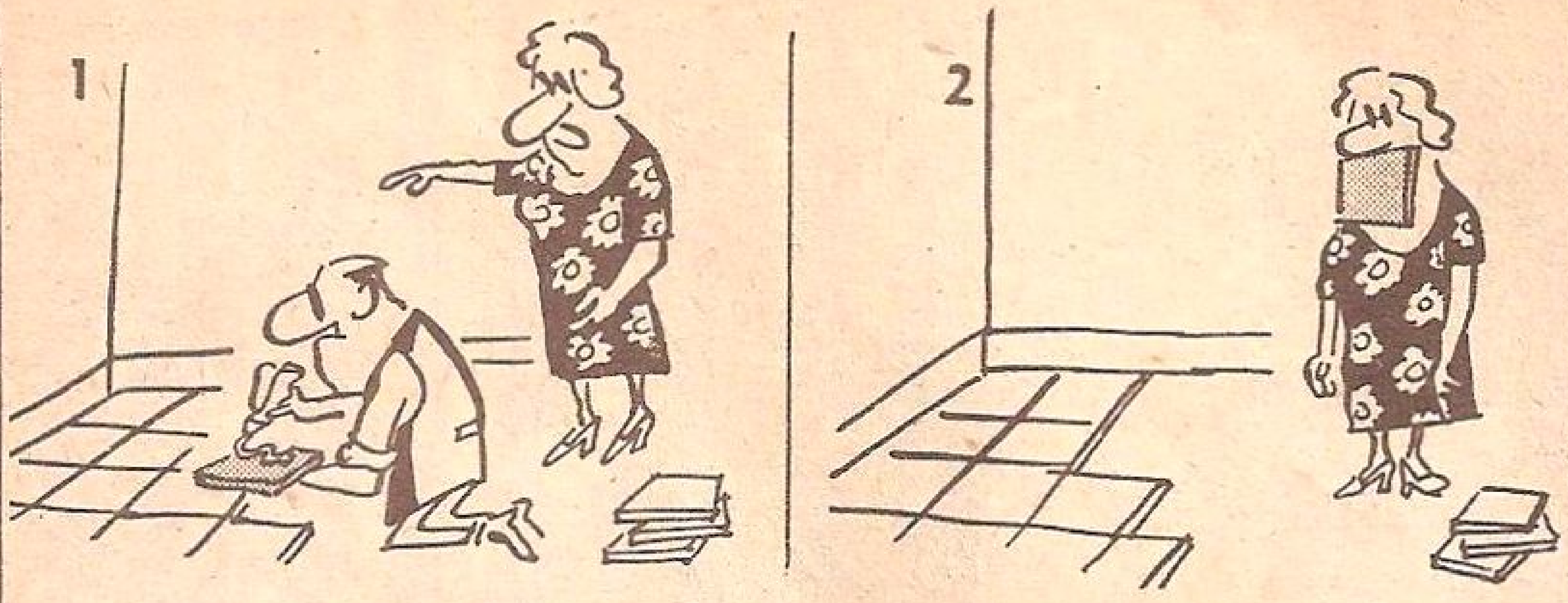


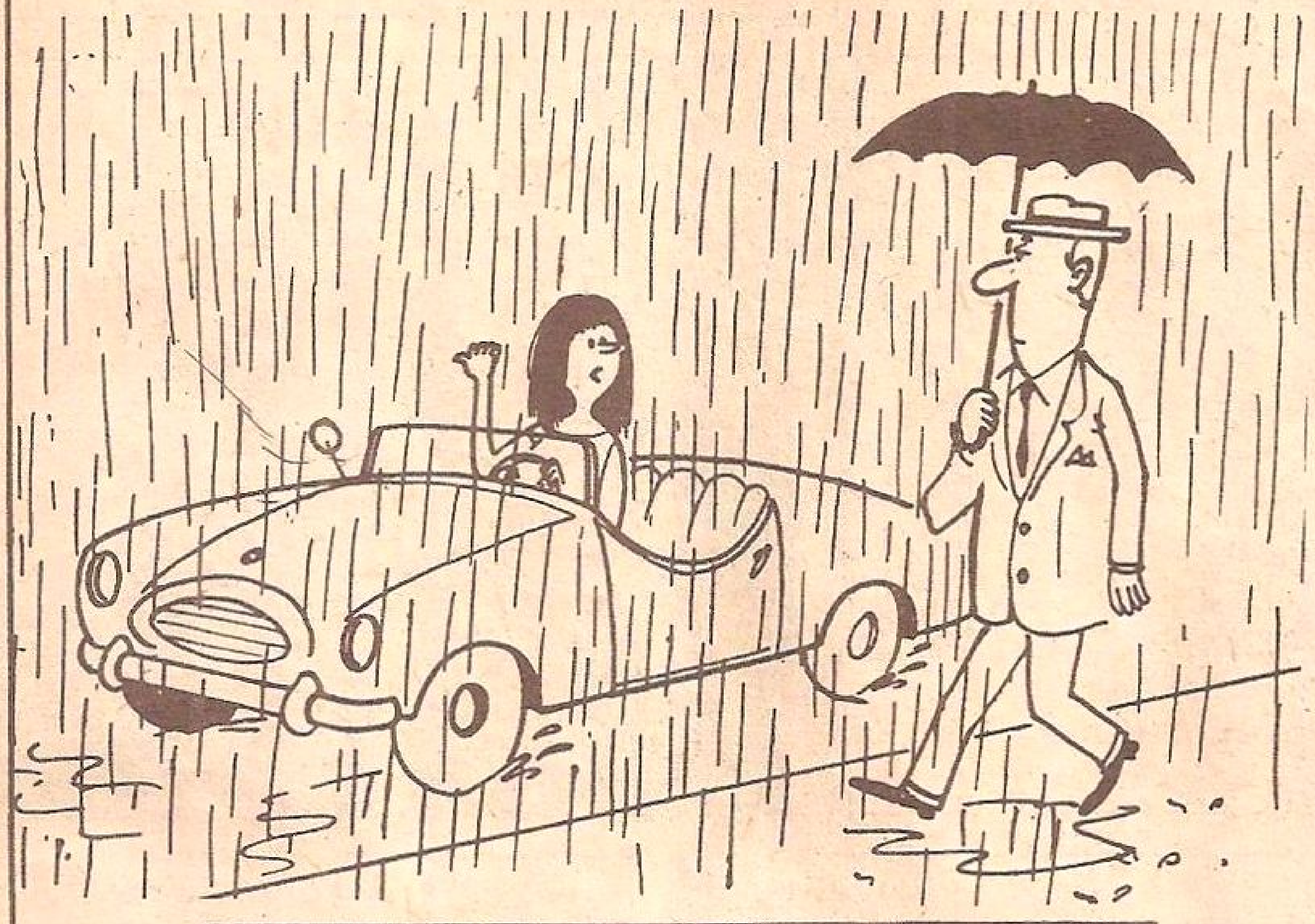
Si supierais cuán profunda es su tristeza, y con qué sombrío júbilo se complace en ella, comprenderíais toda la locura de semejante tentativa.

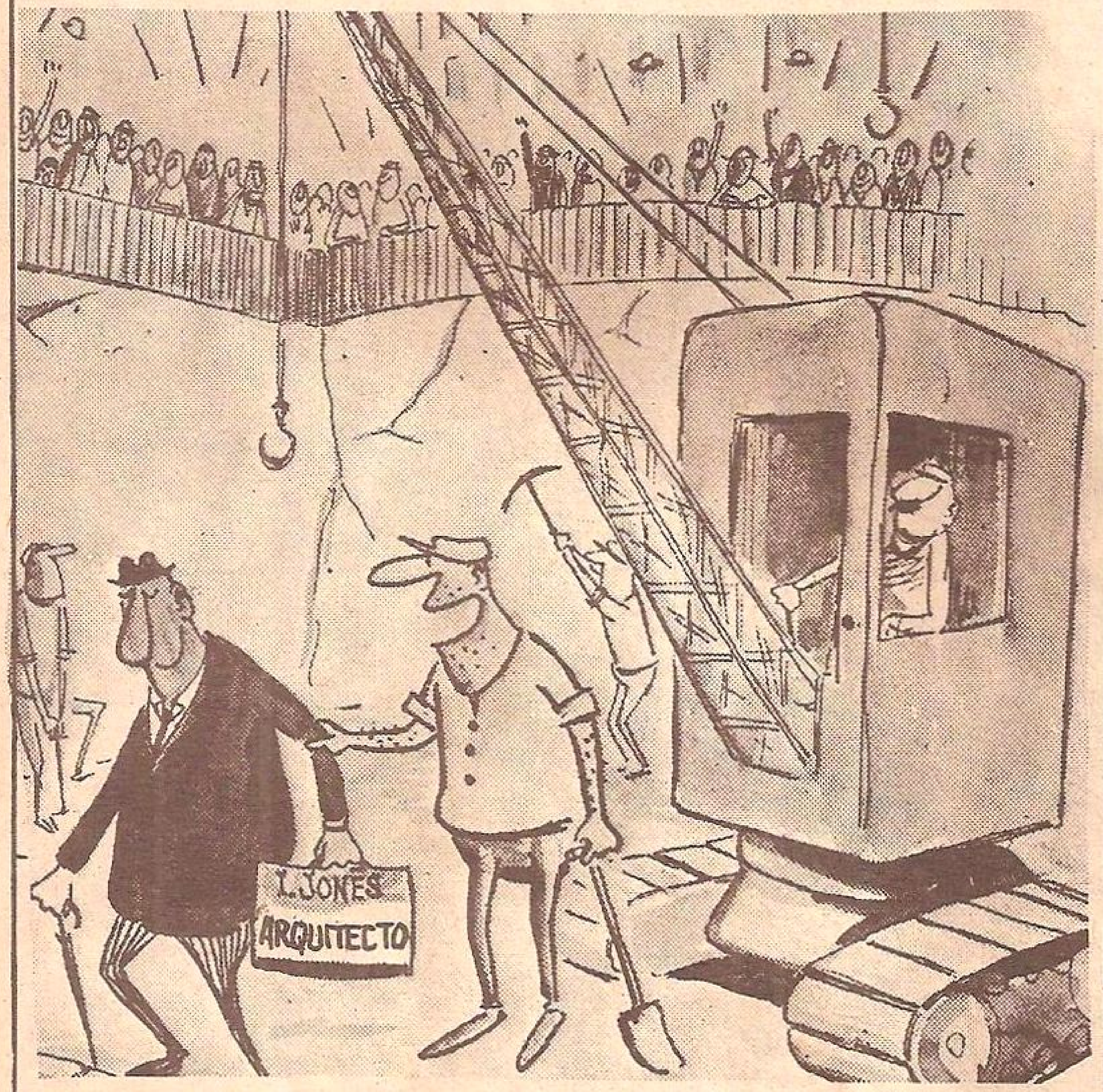

—Permitidme que no participe de vuestra opinión a ese respecto. Pero decidme, señor: ¿habéis oído hablar de los Duques de Orizzi?
¿Quién no los conoce? Una de las familias más poderosas de Nápoles, un nombre ilustre.
Puesto que tal es vuestra opinión, señor, consentid en que pida para Joaquín la mano de la hija del Conde de Orizzi.
Abrióse de pronto una puerta, y Joaquín apareció presa de viva agitación, atribuyendo las palabras que Matías acababa de pronunciar a una maquinación de sus celos infernales; mas éste dijo tranquilamente que, contando con su consentimiento, había invitado al Duque..
...a que viniera con su hija, y, acercándose a una ventana, les señaló una góndola en la cual llegaban.
Joaquín y su padre volvieron los ojos hacia el punto que les indicaba Matías. En aquella góndola sólo vieron al viejo Antonio y Laura.
¿Qué indigna farsa es ésta?
¡El Duque de Orizzi y su hija!
Joaquín no pudo contener la felicidad que lo sofocaba. Corrió hacia el Calabrés y lo abrazó, llorando de alegría.
Pero, ante todo, me explicaréis cómo el viejo Antonio...
Es lo que voy a hacer en pocas palabras.
"El viejo usurero, el avaro popular en Venecia con el nombre de Antonio —explicó Matías—, se ha convertido, desde hace algunos días, y por fallecimiento de su hermano mayor, en el jefe de la familia Orizzi. Hace veinte años, el amor al lujo y la pasión por el juego lo llevaron a la ruina, y perdió a su esposa al mismo tiempo que perdía su inmensa fortuna."
"Envió a su hija a Venecia, con una abnegada criada, y él, cambiando su nombre de Orizzi por el de Antonio, se marchó a Flandes, sin otro objetivo, sin otra misión que la de reconquistar para su hija una fortuna igual a aquella de que la había privado. Y para ello dejó de lado nobleza, dignidad, consideración. Su pasión exclusiva fué el dinero, y para conseguirlo empleó todos los medios."
"Cuando murió el aya de su hija, a quien la había confiado, poseía ya una inmensa fortuna; mas pareciéndole que no le bastaría para las prodigalidades de Laura, en la nueva vida que él le ofrecía en secreto, continuó aquí con una terrible perseverancia, de que todos hemos sido testigos, acumulando riquezas."


"A pesar del amor idólatra que tiene hacia su hija, hubiera muerto sin revelarle su secreto, si yo no lo hubiese descubierto y obligado a reconocer públicamente a Laura como su hija." Y acababa apenas su relato el Calabrés cuando un criado los introdujo. Bajo el nuevo traje que llevaba, era imposible reconocer en el noble napolitano al sórdido usurero que hasta la víspera corría por Venecia.
Joaquín y su padre fueron a su encuentro.
Señores, he venido a buscaros con mi hija, a invitación del señor Matías Preti, pero ignoro aún por qué motivo.
Señor de Orizzi, en este mismo instante iba a trasladarme al palacio Balbiani, para suplicaros que concedáis a mi hijo Joaquín la mano de la bella Laura.
¡Oh, con toda mi alma! Porque sé hasta qué punto se aman.
¿Es posible tanta dicha?
Sí, mi querida Laura. Y al que debemos nuestra inesperada felicidad es a Matías Preti.
Y vuelto al Calabrés, le dijo Joaquín: —Y tú, pobre Matías, ¿qué piensas hacer?— estrechando afectuosamente la mano de su amigo.
—Lo ignoro, Joaquín —le contestó Matías—, porque de aquí en adelante mi vida no me pertenece. Hace ocho días escribí al Santo Padre pidiéndole una gracia, que acabo de obtener de él: soy caballero de Malta.
En cuanto salió de Venecia, el Calabrés se trasladó directamente a Malta, donde pasó tres años. Empleó todo aquel tiempo en hacer las pinturas de la catedral, obra gigantesca cuya ejecución no se hubiera atrevido a emprender otro alguno, y en la que demostró tan notable talento, que se lo recompensó con el título de comendador de Siracusa.
FIN

ALEGRESE







-No se avergüence, señor. Ellos claman por el autor.

LA SALVACION DE UN FORSYTE

Por JOHN GALSWORTHY

DIBUJOS DE COTIGNOLA






Sucedió cuando, a sus 38 años, por primera y única vez en su vida viajaba por el continente con su hermano gemelo James. En el trayecto de Alemania a Venecia pararon en el hotel Golden Alp, de Salzburgo. Era a últimos de agosto y hacía un tiempo digno de dioses.
Por la noche, después de la cena, entró solo en un café. Era la clásica cervecería de los años cincuenta, iluminada con un gran farol de madera. En un estrado, tres músicos tocaban el violín.
¡Mozo, sírveme vino!
Cerca de él un grupo de oficiales alemanes, de afilada nariz, estaba leyendo el periódico. De pronto, el estrépito de una silla al caer le sorprendió: su vecino se había levantado. Uno de los oficiales, furioso, se levantó también y sacó la espada.
El hombre desarmado, le hizo frente. La gente se agrupó alrededor de los dos para ser testigos de la pelea. A Swithin, el hombre alto y delgado, luchando con desventaja, le causó admiración:
¡A mí, magiares!
Saltando de su silla, Swithin se lanzó también contra los oficiales.
El húngaro, balanceando su cuerpo, lo miró con gratitud. Hubo un estrépito, las luces se apagaron, y rostros y espadas se desvanecieron. Swithin encendió una cerilla, y buscó la puerta; segundos después estaba en la calle.
De pronto oyó una voz en inglés y vio al húngaro con la mano extendida.
¡Dios le bendiga, hermano! Mi nombre es Bolcey y usted es mi amigo.
(¡Qué nombre más endemoniado!)
Sin saber cómo, se encontró andando con el húngaro por un dédalo de callejuelas.
Con una luz opaca subieron a tientas por unas escaleras hasta una gran habitación donde se mezclaba el olor a tabaco con un peculiar perfume de pétalos de rosa.


El húngaro quiso que brindara con él.
¡A su salud! Soy un exilado. Todos los de mi sangre son exilados. ¡Esos perros ateos!
Swithin asintió con rapidez, cuando una cara se asomó a la puerta.
¡Rozsi!
Entró una jovencita. Era menuda, pero deliciosamente contorneada y tenía una espesa trenza de pelo. Su mano suave se posó sobre la de Rozsi, mientras los ojos tímidos y fascinados, le miraban.
-¡Roszi! -llamó una voz desde adentro. La puerta se cerró de golpe y quedó nuevamente a solas con el húngaro.
¿Es el nombre de su hija Rozsi?
Sí, también existe en Inglaterra. Viene de rosa, de una flor.
-Voy a contarle mi historia. Mi nombre es Bölcey-Stefan, de los Bölcey de Komorn. Los alemanes deseaban ahogar el aliento de nuestas bocas, quitarnos nuestra libertad. Mis hermanos cayeron prisioneros y a mí me echaron.
Quedé solo con mis hijas, con Rozsi y con Margit.
Muy agradecido... Ha sido muy interesante. ¡Buenas noches!
Cuando llegó al Golden Alp, halló a su hermano esperándole ansioso en la puerta.
¡Traes mala cara, chico!
Swithin subió tambaleándose a la cama. Descubrió un ligero corte en su brazo. Estaba de un humor pésimo. Sin embargo, de vez en cuando, el recuerdo de Rozsi, de su mano suave sobre la suya, le producía una sensación de caricia.
A la mañana siguiente, durante el desayuno, su hermano le anunció su intención de partir:
Tú haras lo que gustes, pero yo me quedo.
¿Para qué quieres quedarte? No hay nada que hacer ni nada que ver aquí.
Swithin no quiso darle ninguna explicación. Salió del hotel y caminó un rato. La ciudad tenía un aire limpio y alegre. De pronto, se le ocurrió buscar la casa del húngaro. Después de una búsqueda de dos horas, de repente, una voz le llamó desde lo alto.
Alzó los ojos y vio a Rozsi. Se hallaba inclinada, con la mano apoyada en la barbilla, y le miraba con sus ojos profundos e inteligentes.


Poco después, lo recibía en la puerta.
Mademoiselle, bonjour.
Yo también hablo inglés. ¿Quiere entrar, por favor?
En el interior de la casa había otra muchacha. Era mucho mayor que Roszi, más alta, de ojos grandes y mirada perturbadora.
Es mi hermana Margit.
Las jóvenes lo miraban en silencio. Swithin ardía en deseos de saber qué era lo que le interesaba de él. ¡Qué extrañas eran! Por Margit supo que habían pasado dos años en Inglaterra, donde su padre enseñaba idiomas, hacía poco que estaban en Salzburgo. De pronto dijo Rozsi:
Esperamos.
Y Margit, con rostro solemne, repitió:-Esperamos.
¿Qué esperaban? Contempló sus figuras. "Pagarían por vestirse bien", pensó, poseyendo aquel tipo flexible, pelo sedoso y manos pequeñas. Instantaneamente, sus propias manos, cara y ropa, le molestaron.
Ante el asombro de Swithin, las dos jóvenes, tomándose por los hombros comenzaron a bailar.
¿Le gusta bailar? ¡Es maravilloso!
De pronto, Bölcey entró en la habitacion y saludó a Swithin:- Bienvenido, hermano! Permíteme que te presente a mi amigo, el barón de Kasteliz.
Swithin se inclinó ante el hombre de frente estrecha que permanecía en silencio, con las manos enguantadas en la cintura. Sintió una súbira adversión por aquel tipo con aspecto de gato.
Sus amigos son los míos.
Kasteliz miraba a Rozsi qué, sentada ante una cítara, tocaba una extraña melodía. Margit, con la cara pálida, permanecía en pie como una estatua. Swithin tomó su sombrero, y Roszi, al verle, dejó de tocar. Swithin tuvo una inspiración:
Venga a cenar mañana conmigo y traiga a su amigo.
Sintió los ojos de todos los presentes sobre él. Al salir a la calle pensó tristemente:"¡Ahora ya está hecho!"Luego, con sonrisa forzada, saludó a los rostros que estaban en la ventana.
Durante la cena, en el hotel, James le hizo bromas, pero él conservó su expresión enigmática, ante la inquietud de su hermano:
Me gusta este sitio. Pasaré tres semanas aquí.
Del día de la cena Swithin guardaba confusos recuerdos: una visión de botellas vacías, su hermano observándolo con mirada inquisitiva, y los rostros de Rozsi y Margit danzando ante él como una promesa.



Era casi oscuro cuando llegaron a una calle estrecha cercana a la Catedral, deteniéndose ante una puerta que una mujer vieja sostenía abierta.
¡Bienvenido!
Entraron en una gran habitación llena de hombres y mujeres de todas las clases sociales. Alguien susurró su nombre. Margit y Rozsi estaban detrás de él.
Pero Swithin miraba a Rozsi. ¡Qué viva y palpitante era su cara!
"¿Por qué tan excitada? ¡Qué hermosa es!"Sentía un loco deseo de inclinarse y besar sus labios...
Bölcey se levantó para hablar en medio de un sobrecogedor silencio. En su discurso se repetía una y otra vez la palabra "magiar". De pronto se escuchó la melodía de un címbalo. Margit le susurró al oído:
¡Escuche! Es Racóczy! ¡Está pohibido!
Swithin sintió un poco de miedo. Le aterraba cómo aquella gente escuchaba la música, la ferocidad de su sosiego. Los rostros estaban impasibles, con expresión de éxtasis y calma cruel. Entonces se oyó un grito:
¡Policía!
Swithin tomó a Roszi del brazo y la apretó contra sí, esforzándose por salir con ella. Ella le miraba con ojos suplicantes y esto le produjo una extraña alegría.
-¡Es usted tan fuerte!- susuró ella.
Poco después, la dejaba en su casa, sana y salva. Al regresar al hotel, encontró una nota escrita por su hermano.
"¿Estás en tu sano juicio? No quiero perder más tiempo aquí. Si quieres reunirte conmigo, ven al hotel Danielli, de Venecia".
Tres semanas después se hallaba todavía en Salzburgo, pero ya no se hospedaba en el Golden Alp, sino en unas habitaciones cercanas a la casa de los Bölcey. Una noche halló a éste conversando con un hombre pálido y desgreñado, a quien le presentó:
Nuestro amigo, el señor Forsyte... El conde D...
Swithin se inclinó irónicamente ante él y después, saludando fríamente, tomó el sombrero y salió. Pero cuando estaba a mitad de la escalera, Roszi, que bajaba corriendo, lo alcanzó.
¿Quién es ese hombre?
Pero ella no le contestó, mirándole con desafío y risa. Después subió los escalones y corrió arriba, dejando a Swithin aturdido y enojado.
"¿Qué me quiso decir?" Si ella no le quería ¿qué estaba haciendo él allí?


Bölcey estaba borracho y el conde D. miraba a Roszi. Swithin arrastró a Bölcey hacia su cuarto.
¡Esto es demasiado! ¡Delante de sus propias hijas!
Decepcionado y dolorido, se marchó definitivamente, torturándose con el enigma de Roszi, su veleidad, las extrañas relaciones de su padre, sus exaltaciones políticas y su pasión por la bebida. Todo esto le disgustaba profundamente, pero no podía sustraerse al extraño hechizo de la muchacha. Volvió a casa abatido y se durmió con sueño desasosegado...
Al día siguiente fue a dar un paseo por el parque Mirabell. El cielo era azul, y el sol bañaba con sus rayós el elegante jardín. Al acercarse a su banco habitual, vio allí a Roszi.
Buenos días. ¿Sabía que acostumbro a venir aquí?
Sí...
¿Sabe que se comporta conmigo de un modo muy extraño?
Ante su sorpresa, Roszi puso su suave manecita sobre la suya, y luego, sin decir una sola palabra, se levantó y echó a correr. Swithin tardó un minuto en recobrarse. Había gente y la siguió sin precipitación, alcanzándola en el puente:
No debe huir de mí. ¿Quiere decirme por qué ha venido?
Roszi se echó a reír, y Swithin sintió deseos de sacudirla.
Mañana es nuestra fiesta. Si usted no nos lleva, no podemos ir.
Suponga que me niego... Usted tiene otros muchos amigos.
Roszi inclinó la cabeza con dulzura.
No, si usted no va, yo no deseo ir.
Swithin le tomó la mano. ¡Qué redonda y suave era! Después la acompañó has a su casa, pero antes de llegar a la puerta, ella le dijo adiós, porque por una extraña razón, no deseaba que la vieran con él.
Al día siguiente, a pesar de todo, Swithin, llevó a la muchacha a la fiesta. Swithin miraba a Roszi, que tenía los ojos brillantes y los labios trémulos. Deslizando su mano por encima de la mesa, tocó sus dedos. Y Ella, devolviéndole la mirada, le expresó súplica y reproche y ternura:
¿No es estupenda la vida?
¡Buenas noches! -saludó de pronto una voz. Ante ellos estaba Kastelniz.
¿No baila usted, señorita Roszi?
Antes de que ella pudiese responder, agregó: -Entónces, permítame el placer-y le ofreció su brazo. Swithin, sin saludar, pagó la cuenta e hizo ademán de marcharse, abriéndose camino entre la multitud. Rozsi, sonrojada y plapitante, hizo un gesto para detenerle, y Swithin percibió el brillo de las lágrimas en sus ojos. Después... ya no la vio más.



¡Aquello era demasiado! ¡Verse abandonado el primer rato que estaba a solas con ella, y todo por aquel mequetrefe! Se fue directamente a su alojamiento, pero a pesar de su ira, la imagen de Roszi, con sus ojos suplicantes, todavía le obsesionaba.
A la mañana siguiente, Swithin se levantó triste y deprimido. Era un día gris y nublado y estuvo vagando por las calles con la mirada lastimera de un perro perdido. Avanzada la tarde regresó a la pensión. En un ángulo de la sala de estar estaba Roszi. ¿Por qué estaba allí sola?
¿Por qué ocultaba el rostro entre sus manos? Sobrecogido por su presencia silenciosa, la tomó entre sus brazos. Roszi se resistió un poco, pero al fin escondió la cara en su pecho y sollozó.
¡Amor mío! ¡Si supieras cuánto sufro!
Swithin se sintió invadido por toda clase de ideas y sensaciones confusas. Media hora después de este arrebato, Roszi ya no estaba allí, pero su extraño perfume a pétalos de rosa no había desaparecido. Un guante suyo yacía en el suelo.
Todavía sostenía el pequeño guante en su mano cuando recibió otra visita. Era Kasteliz. Swithin lo recibió irónicamente: -Usted me ha estado espiando.
¿Puedo saber qué significa su presencia aquí?
¿Espiando yo, Maurus Johann Kasteliz? ¡Esto es un insulto!
¡Insulto! ¿Quiere hacerme creer que no estaba ahora en la calle?
Si no abandona la ciudad, lo mataré con mi espada. ¿Ha comprendido?
Y si usted no sale de mi habitación, voy a tirarle por la ventana.
Si mañana por la noche sigue usted en la ciudad, le escupiré en la calle.
Swithin contempló desde la ventana la retirada de su desagradable visitante. Pero su sangre ardía con los besos que le había dado Roszi. Unos instantes después se dirigió a la residencia de los Bölcey. Subió corriendo a la habitación de las muchachas y la encontró vacía. Contempló su propio rostro atormentado en el espejo.
He sido engañado otra vez.
De pronto una mujer entró corriendo por el pasillo. Era la portera de la casa. Furtivamente le entregó un papel doblado:
La carta era de Roszi.
Perdóneme por haberle abandonado sin decirle adiós. Hoy ha recibido mi padre la llamada de nuestra querida ciudad natal, tanto tiempo esperada y hemos tenido que marcharnos precipitadamente. Rezo a la Virgen para que lo guarde siempre y no me olvide.
Roszi


Swithin quedó anonadado al leer la carta. Pero reaccionando rápidamente le dio una libra a la mujer para que le dijera dónde habían ido. La mujer era muda, pero le garabateó en un papel unas palabras:
A las tres partieron en carruaje por la carretera de Linz. Tienen malos caballos. El señor monta en un caballo blanco.
Swithin alquiló en seguida un coche, y tomó a todo galope la carretera de Linz. ¿Qué probabilidad tenía de alcanzarlos, si habían partido hacía tres horas?
Hacía un frío cruel, y la noche era oscurísima. De vez en cuando miraba el reloj, y en cada pueblo el cochero hacía indagaciones. Eran las diez y media cuando paró el carruaje de golpe. Swithin se impacientó:
¡Continúe, de prisa! ¡No podemos perder tiempo!
Pero en ese mismo momento apareció Bölcey, montado en un flaco caballo blanco. Parecía una criatura del otro mundo. Sosteniendo una pistola en su mano, impedía el avance del carruaje. No le había reconocido.
¿Usted? ¿Cómo ha podido seguirnos hasta aquí? ¡Usted es un caballero errante! Tiene aspecto de tener mucho frío.
Bölcey, espoleando su caballo, se perdió en la luz de la luna. Poco después volvía con una vieja capa, e insistió en que Swithin se la echara sobre los hombros.
Es maravilloso que haya venido. ¡Maravilloso!
Poco después llegaban los dos a la posada más cercana. Al apearse vio en la entrada a las dos muchachas: Margit lo saludó con un murmullo de admiración. Roszi le tendió la mano, pálida y temblorosa.
Voy a decirle al posadero que nos sirva la cena.
Beberemos a su salud.
Roszi había desaparecido por una escalera. Swithin subió también hacia la que suponía era su habitación y llamó con sus nudillos. Ella abrió en seguida y le recibió con el cabello suelto y los ojos empañados.
Roszi ¿por qué me tienen miedo ahora? ¿Por qué no quiere estar con nosotros?
Ella permaneció silenciosa, pero le tendió el brazo desnudo y Swithin apoyó su rostro en él. Roszi susurró con un estremecimiento: -Iré después.
Y cerró la puerta.
Swithin volvió furtivamente sobre sus pasos y bajó a la sala donde esperaba Bölcey con una botella en las manos. Poco después llegó Roszi con el cabello recogido en trenzas y Swithin se sentó entre las dos muchachas. Bölcey estaba silencioso. Sólo Margit hablaba.
¿Va a venir a nuestra ciudad? ¡Oh, cuántas cosas vamos a enseñarle!


Cuando terminaron de comer, Bölcey se puso más y más triste. Al final, se levantó.
Por encima de todo está nuestra patria, y ella nos necesita.
Pero este noble inglés, Swithin, viene para ayudar a los débiles y a los oprimidos. Brindemos por él, brindemos una y otra vez por el heroico Forsyte.
Swithin percibió una sombra de burla en la mirada de Bölcey. ¿Se estaba riendo de él?
Pero Bölcey, tras vaciar su copa, se hundió de nuevo en su silla, y poco después se quedó dormido.
Swithin y Roszi quedaron solos. Durante un momento, Swithin se olvidó de todo, menos de que estaba cerca de ella, y respiró el perfume de su cabello.
¡Buenas noches!
El susurro de Roszi fue como un beso. Antes de que pudiera detenerla, se había ido.
Por la mañana se despertó lleno de desasosiego. ¿Y si todo era un complot para que se casara con ella?
La impenetrabilidad de ella, sus ternuras repentinas, sus besos ardientes, sus lágrimas, sus risas... todo eran seguramente ardides para intrigarlo y seducirlo. "Si pudiera verla a solas -pensó de pronto-largamente, tal vez todo se arreglaría."
De pronto, hizo el descubrimiento de que no había ninguna solución para ese amor desesperado y peligroso.
Rápidamente se dirigió al patio de la posada. Su cochero estaba enjaezando los caballos . Alzó los ojos y vio a Roszi asomada a la ventana.
¡A Salzburgo! ¡Aprisa!
Volando por el camino, más aprisa de lo que había ido, Swithin, con el rostro pálido y los ojos en blanco, sin pronunciar una sola palabra, no permitió al cochero que soltara las riendas hasta llegar a las puertas de su pensión.
Cinco días después, Swithin, cansado por el viaje, fue conducido en una góndola hasta el hotel Danielli. Su hermano, que estaba en la escalera, le miró con mal disimulada inquietud:
-¡Vaya! ¡Eres tú! ¿Has llegado sano y salvo?
James dijo con suspicacia:
Pensaba que no abandonarías más a tus amigos. No los habrás traído, ¿verdad?
Swithin cambió de tema y ya no hubo más aluciones a su estancia en Salsburgo, durante los cuatro días que permanecieron en Viena.


Después, volvieron a Londres, donde poco a poco, el recuerdo de Roszi fue borrándose de su mente, pues de ella no supo nunca más nada. Todo este episodio fue el que revivió mientras yacía enfermo en cama. Al salir de su soliloquio mental, descubrió a su criado en un rincón de la habitación.
-Adolf-dijo Swithin haciendo un gesto débil-. Estoy muy mal.
¿No crees que estoy muy mal?
No debe preguntarme cosas así, señor. No puedo responderle.
¡Eres un idiota! Abre ahora mismo una botella de champaña.
El doctor ha dicho que no puede usted beber...
Abre la botella o te arrepentirás.
¡Es un veneno para usted!
¡Vete!
Swithin había tratado de disimular la emoción que le producía la solicitud de su criado, el hombre fiel que le había acompañado durante toda su vida. Al quedar solo se puso a soñar despierto: como en el fondo oscuro de un cuadro, se le apareció el rostro distante, seductor e impenetrable de Roszi.
Sintió el roce de unos dedos en su frente. "Estoy soñando".
Se despertó; grandes gotas de sudor perlaban su frente: ¿Qué es ésto? ¿Qué me pasa?
Incorporándose en el lecho, tomó la copa de vino. Bebió un sorbo, y cuando se incorporó para beber de nuevo, algo se quebró en su interior, y Swithin Forsyte, dando un suspiro, murió entre las burbujas de champaña.
Al llegar James Forsyte, el criado tomó temblando su sombrero y su bastón.-¿Cómo está el señor? preguntó.
¡El señor ha muerto!
¡Muerto! ¡No puede ser! ¡Lo dejé muy bien hace una hora!
El cuerpo de Swithin yacía en la cama y su mano sostenía el vaso. James se detuvo frente a él.
¡Swithin! ¡Hermano mío!
Esperó en vano una respuesta, pero no le llegó ninguna. Una gota de champaña cayó lentamente del vaso y se derramó en el suelo, juntándose con sus lágrimas. ¡Era el fin de un Forsyte!
FIN

AQUI LA NOTICIA!

por **ALFREDO FERRONI**

LAS VACAS VAN AL DENTISTA

En los gauchos (y legendarios) pagos de la Magdalena, en el establecimiento de dos progresistas ganaderos, se ponen dentaduras postizas a las vacas para que tengan una vida útil más larga. Estos trabajos de prótesis fija (realizados por dos profesionales platenses) pueden considerarse como los primeros en serie que se hacen en nuestro país. El promedio de engorde por el nuevo tratamiento es de 40 a 45 kilogramos por mes hasta llegar a su límite normal. Se emplean materiales resinosos y acero inoxidable. También se estudia ahora el tratamiento de lanares

AL llegar a la estancia El Talar, de los señores Eliseo y Raúl Arraraz Vergara, en los pagos de la Magdalena, don Toro estaba enfurecido. Mugía, como un cantor "nuevaolero". Y trataba de romper, a cornadas, el cerco del corral.

—No teman —advierten los dueños de casa—. Anda así de puro celoso. Lo trajeron recién y como no encontró a doña Vaca, que debió ir al dentista, se ha puesto de mal humor...

No podemos reprimir un gesto de incredulidad. Lo advierten los dueños de casa y casi nos arrastran "para que veamos, por nuestros propios ojos, cómo se hace en un ...al bovino un trabajo de prótesis den... nos dice— puede con...

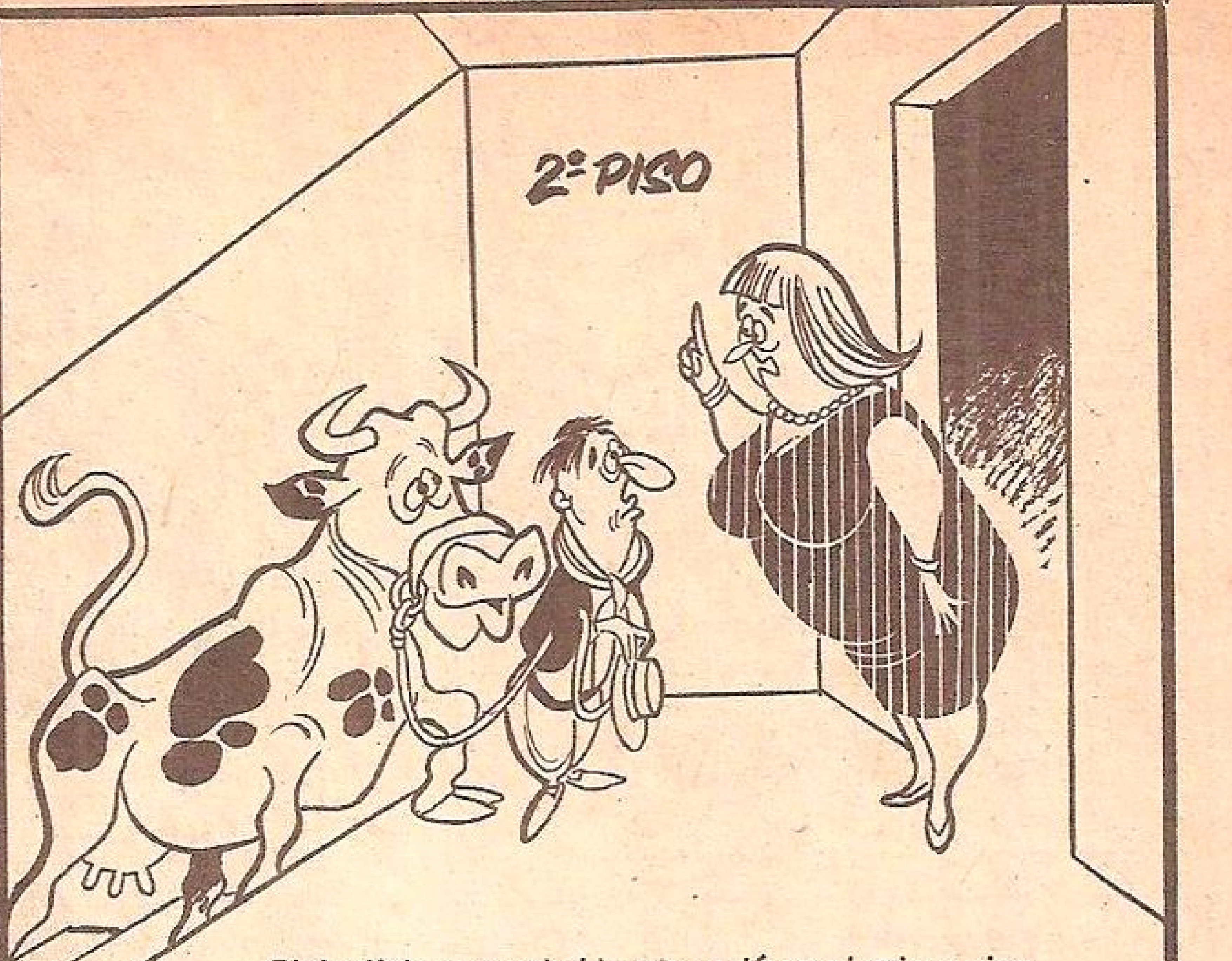
tan, les hacen perder peso, tienen dolores, dejan de comer y el ganadero debe buscar otras pasturas, hierbas más tiernas y rotar a menudo en busca de alimento especial.

Y luego afirma que, con tal operación, el animal de vida comercial casi al límite se recupera en seguida. Tanto es así —añade— que se puede calcular el promedio de engorde a razón de 40 a 45 kilogramos por mes, hasta llegar a su peso normal. Las posibilidades económicas de la hacienda tratada por este sistema —aseguran los doctores Gailhac y Mosquera— permiten vislumbrar un futuro promisorio, tanto para el ganadero y el país, como para los mismos profesionales que intervienen en la aplicación de esta técnica. La prótesis de una vaca —se nos informa— se realiza con materiales resinosos y acero inoxidable importados... poco menos que...

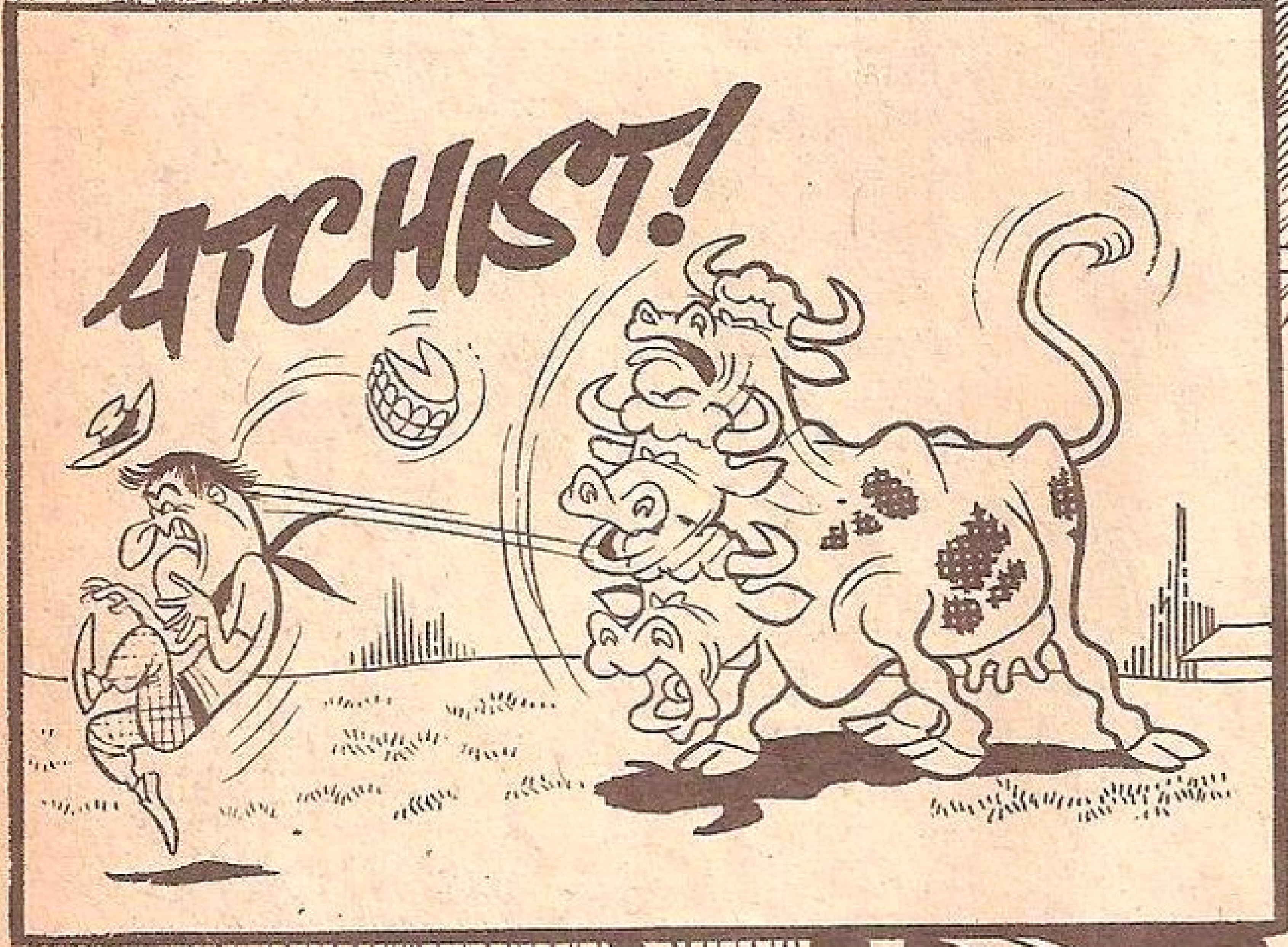
tuz y poder trabajar cómodamente. Cua... do está la boca en condiciones, se proc... de al secado de los dientes remanentes ... con cemento especial se coloca la pró... sis que queda así fija en contados minut... Una vez intervenido, el animal queda ... horas sin probar alimento, pues es ley ... cepo que toda vaca que se introduce en ... reducto infernal no es para nada bu... premisa ésta que ya hoy queda desvirtu... para bien de la raza bovina. Viendo tr... jar la boca de una vaca, Carlos Eleta, ... pataz de El Talar, aún bastante apega... viejas tradiciones, nos decía:

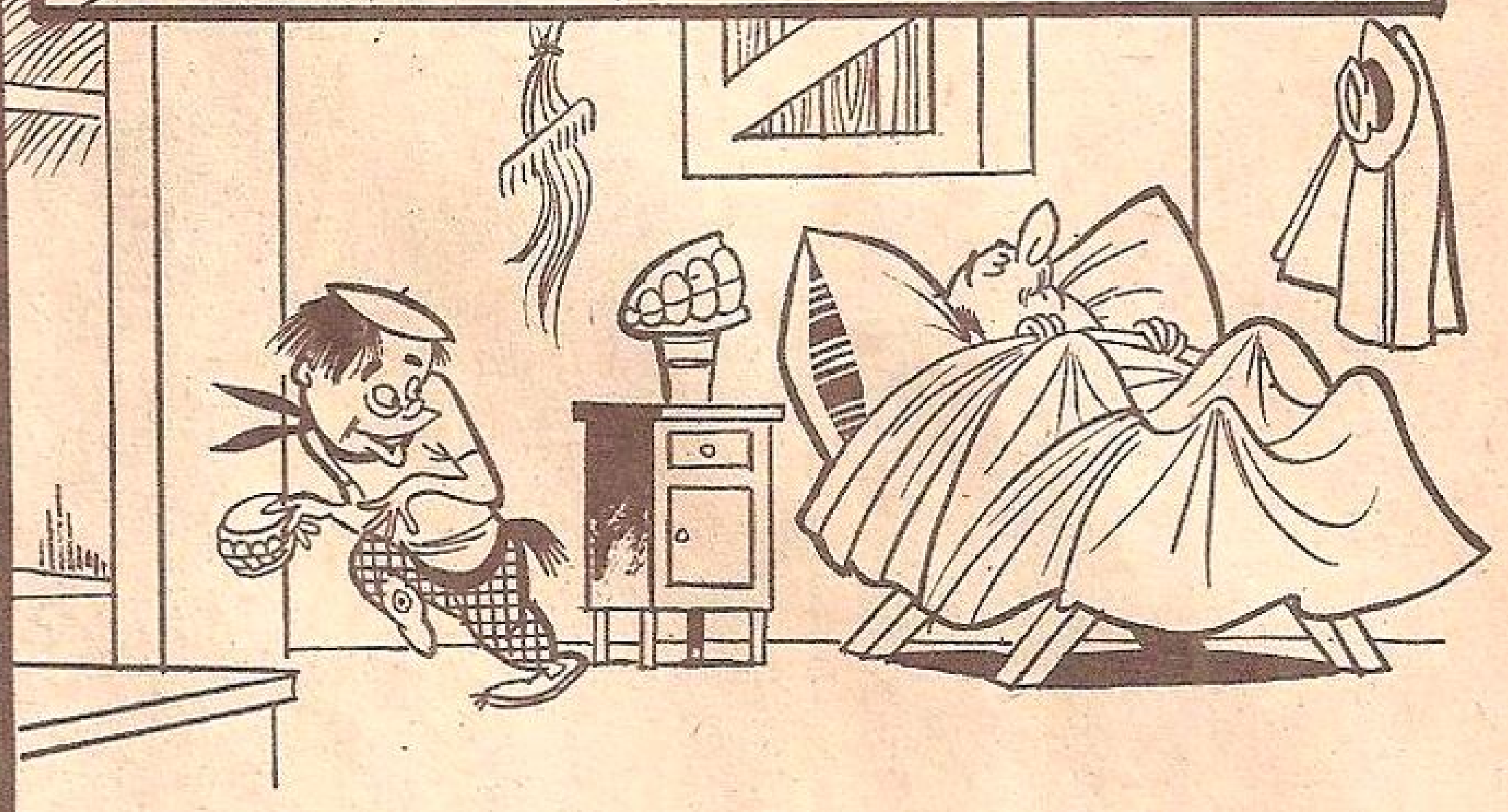
—Cuando están en manos de los den... las pobres vaquitas se quedan con los ... duros, como mirando cuando pasa el tr...

Lo cierto es que, merced a la fe ... en el procedimiento por los señores ... raz Vergara (siempre predispuestos a ... iniciativa signifique un avance progr... ...que esta primera experien... ...colocación de...

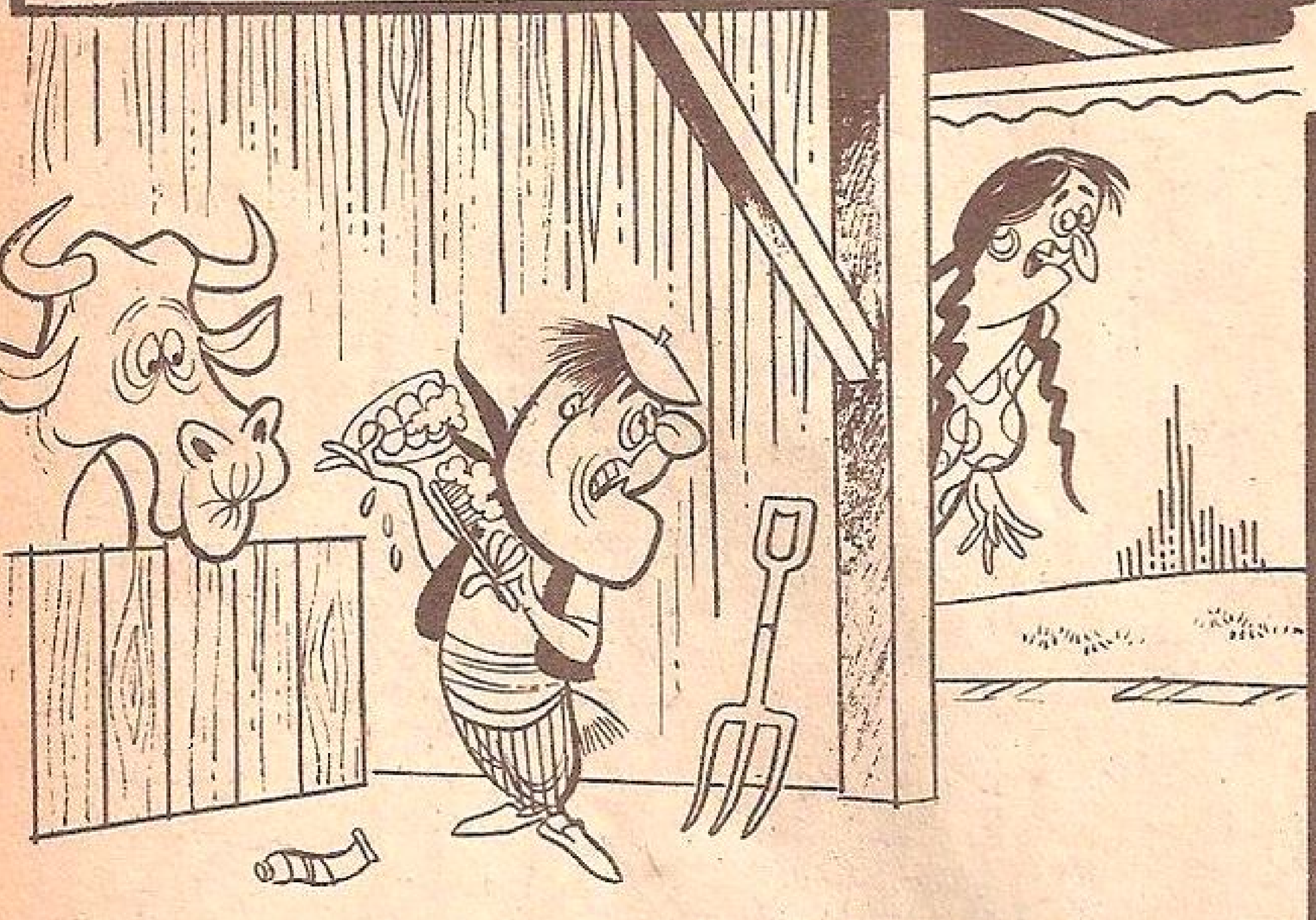


– El dentista que usted busca, está en el octavo piso.

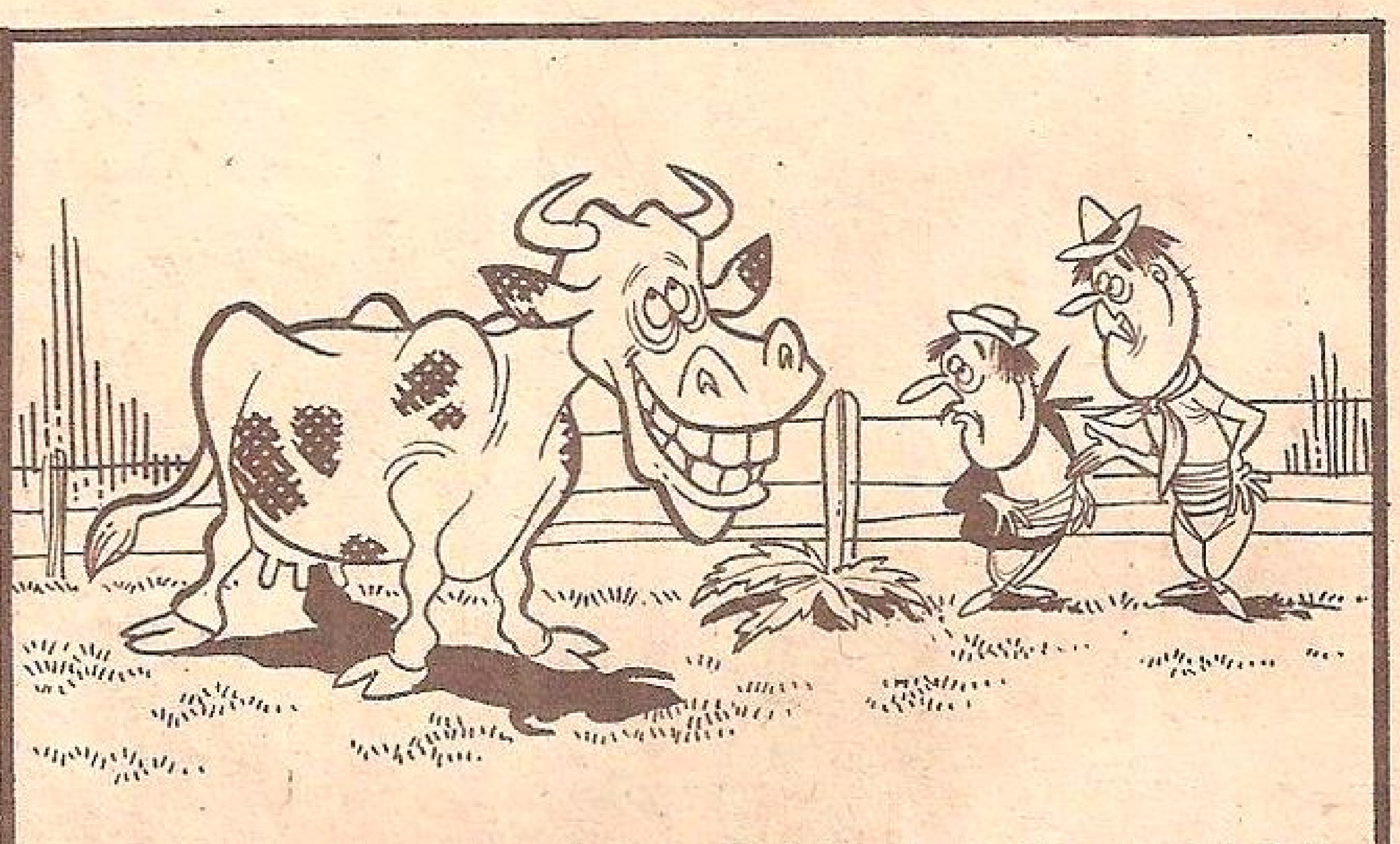




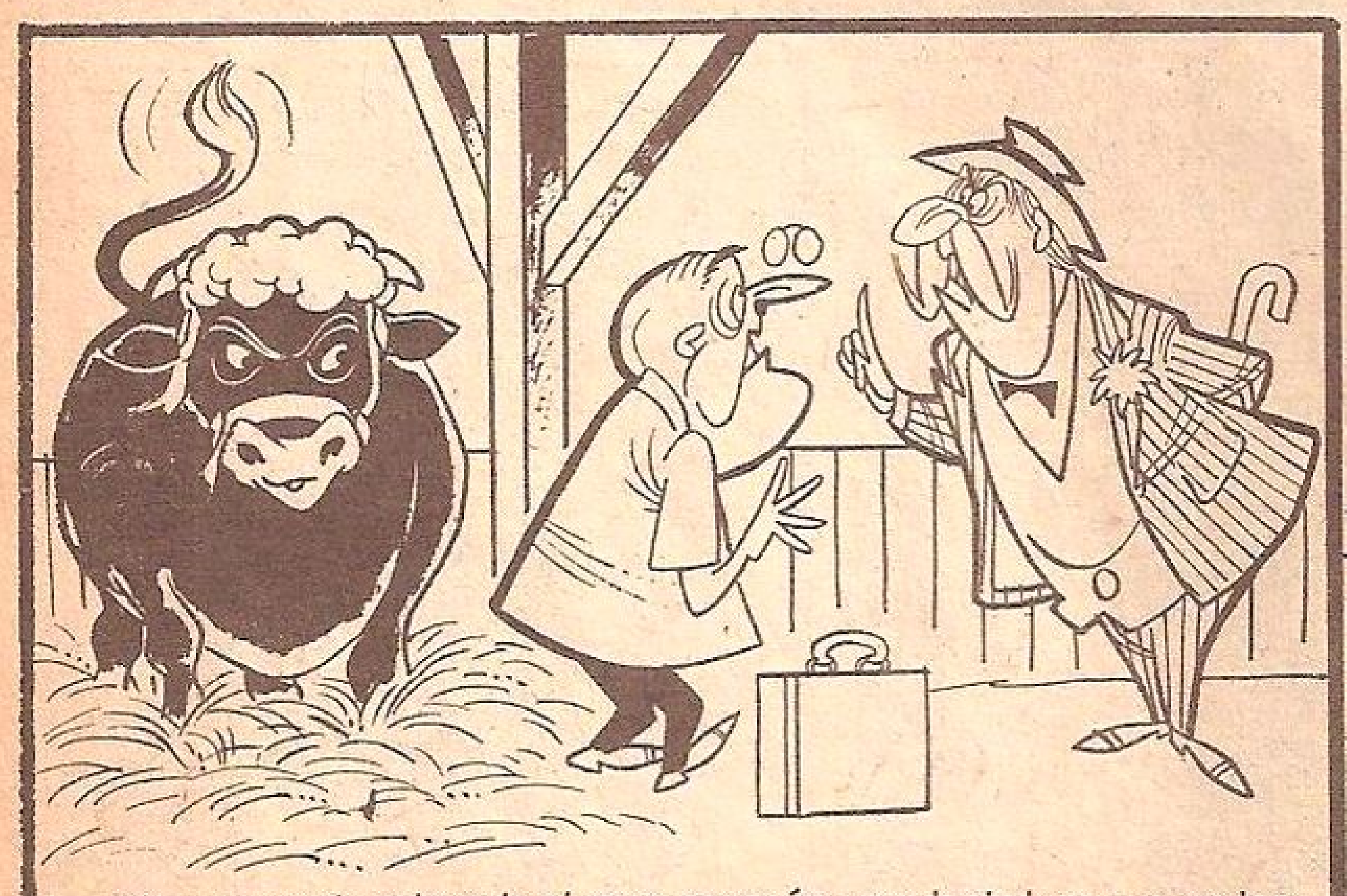
–¡Qué plato me voy a hacer cuando se despierte mi tío!



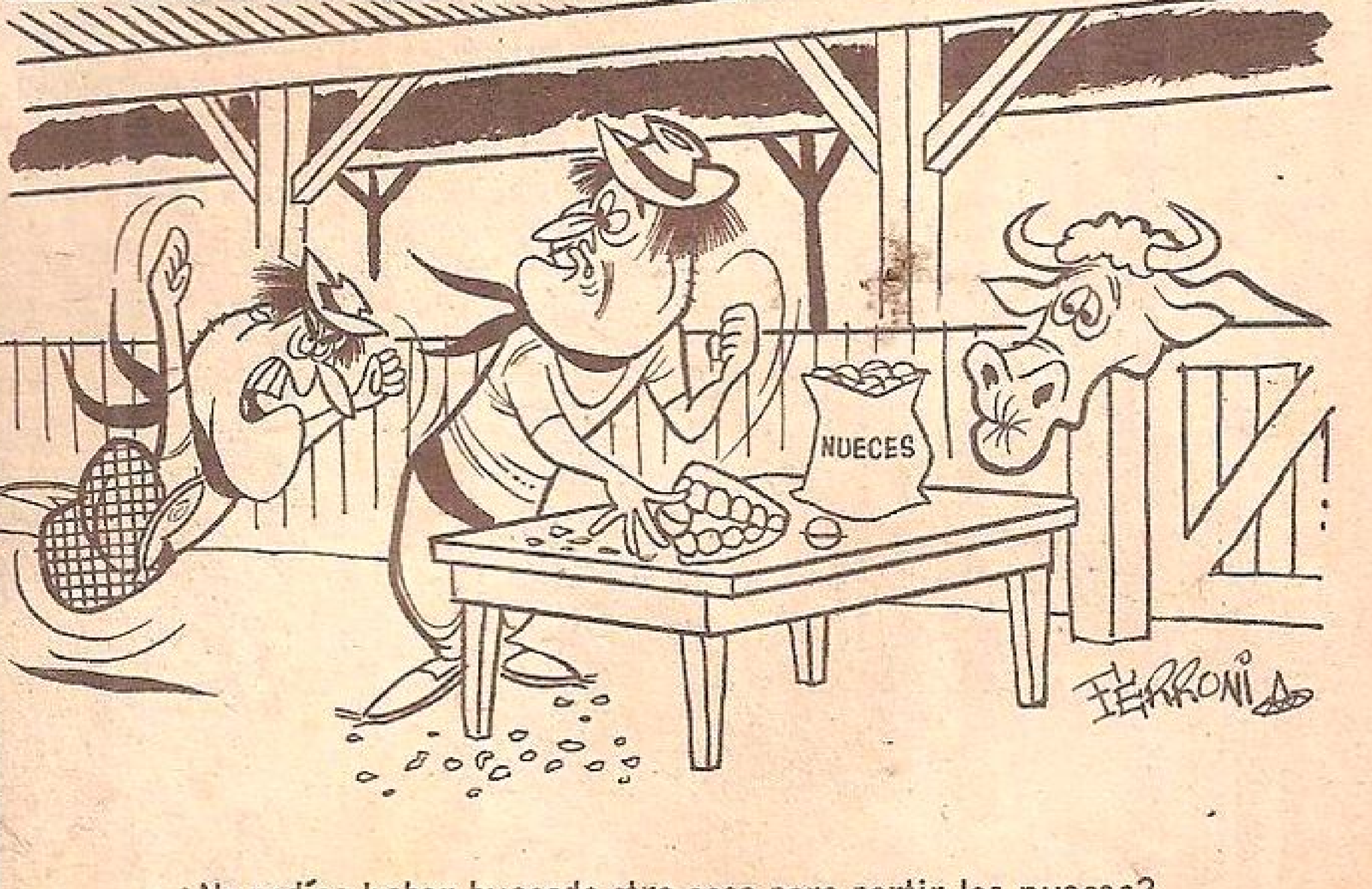
– ¿No has visto por casualidad el dentrífico y mi cepillo de dientes, Cirilo?



–No amigo; no parece que estuviera riéndose. Lo que pasa es que la dentadura postiza le queda grande.



– ¿Cómo pretende colocarle al gran campeón una dentadura que no tenga una sola muela de oro?



– ¿No podías haber buscado otra cosa para partir las nueces?


UNA CITA CON DENISE
Por JOSEPHINE BERNARD
DIBUJOS DE CIRILO MUÑOZ
"Mi pequeña Denise; necesito más que nada en el mundo, verte". Cien, mil veces, había estado Denise a punto de romper aquel trozo de papel en el que leía: "Mi pequeña Denise; necesito más que nada en el mundo verte".
Solo eso. El resto faltaba. El resto le había sido arrancado de la mano por la de Marsha Benson.
(Sólo evocar la escena, me hiela la sangre.)
Se le helaba la sangre; pero... no solo evocó la escena, sino todo cuanto de un modo o de otro, estaba relacionado con ella.
Su entrada en los Estudios de la Star Pictures.
(¿Como me atreví a entrar tan... pobremente vestida?)
"Todos se miraron como diciéndose:" ¿Qué quiere ésta?" La jefa de extras dijo para correrme.
Puede venir mañana. Tendrá que figurar en el cortejo de una boda principesca. La ropa corre de su cuenta.
209


"Hubo miradas, guiños. Una que otra carcajada contenida. Y solo una mirada comprensiva. La del hombre más bueno del mundo. La del actor más famoso del mundo. La de Charles Dauphin".
"Hoy podría comprarme cien vestidos como aquél; pero jamás volveré a experimentar la emoción que me produjo la llegada de aquella caja aquella misma tarde".
¿Qué puede contener esta caja tan enorme? Debe haber algún error.
"Aquello, no era un vestido. Era un sueño y yo creí soñar. Y seguí creyendo al día siguiente, cuando entre quienes se habían reído de mí; yo..."
"... lucía como una primera actriz gracias a mi vestido, flamante, rico, hermoso."
Usted es nueva, ¿no?
Sí, señor...
.. Peter Scott.
¡Peter Scott... ! ¡El director... ! ¡El propietario de los estudios!
Después de la filmación, pase por mi despacho.
Denise evocó aquello y como comprendiendo que su suntuoso vestido sólo podía deberse a un hermoso gesto de Charles Dauphin, le había agradecido efusivamente.
(¡Cuánto le debo a Charles! ¡Cuántos consejos! Me llevó de la mano, mientras me animaba: "Adelante, pequeña. Adelante, pequeña...!)
Denise volvió al presente. Ya estaba "adelante". Ya estaba arriba. Más alta aún que Charles; puesto que iba a casarse con Peter Scott. Volvió a mirar el trozo de papel.
Mi pequeña Denise
Necesito más que nada en el mundo
¿Qué hacer con el papel? ¿Quemarlo...? ¿Conservarlo...?
(Ocupa tan poco lugar...)
Volvió a guardarlo en el secretaire y salió. Tenía que hacer compras y debía darse prisa, si no quería que la sorprendiera la tormenta que habían anunciado por radio.
Desde su coche, creyó ver el de Charles Dauphin.
(Por la dirección que lleva, no me extrañaría que fuera a "El Mirador".)


"El Mirador" era una casita que Charles había comprado años atrás, al casarse con Marsha Benson. Estaba emplazada en una pequeña loma; lo que permitía que desde allí se contemplara...
... un hermoso panorama, al tiempo que la ponía a salvo de las aguas que inundaban los terrenos circundantes cuando llovía.
Charles se dijo al entrar en ella.
(Pensar que la compré para disfrutar de una eterna luna de miel con Marsha y ahora debo emplearla para tener, a solas, un poco de paz...)
Un trueno distante, cortó sus pensamientos. "Si llovía-se dijo-lo mejor sería marcharse, si no quería correr el riesgo de quedarse aislado por un par de días." Se asomó a la ventana.
(El cielo se ve azul. La tormenta debe estar lejos.)
Aquel único girón de cielo que le dejaron ver los árboles, fue la trampa que le tendió el destino. Por aquel tranquilizador trozo de cielo se quedó. Diez minutos después, sobre "El Mirador", se desplomaba una verdadera catarata. Se consoló pensando.
(Serán dos días sin volver a la ciudad y sin oír las lamentaciones de Marsha.)
Dispuesto a aprovechar el tiempo estudiando el diálogo de unas escenas que debía filmar dos días después, fue a bajar las persianas para atenuar el ruido de la lluvia.
La luz de dos poderosos faros, le dio en pleno rostro.
Luego, los faros se apagaron y apenas si pudo ver, merced a los relámpagos, al coche que se acercaba.
(Boby... Mi cuñado...)
El coche se detuvo. Alcanzó a oír los esfuerzos del motor por sacar al vehículo de un pantano y dispuesto a ayudar a su hermano político, se echó un impermeable por los hombros; fue al garage y sacó su coche.
A cincuenta metros del lugar en que se hallaba el otro coche vio que aquél solo había salvado el obstáculo, sino que dando vuelta en sentido contrario, se lanzaba a la fuga.
¿Y eso...?
(¡Ah, no...! ¡Bromas de ese tipo, no...! ¡Ya es bastante que Marsha me mortifique con sus celos y sus nervios, para que encima venga ahora su hermano a hacerse el misterioso.)


-Corre cuanto quieras. No tengo otra cosa mejor que hacer y puedo seguirte hasta el fin del mundo. Los sinuosos caminos, transformados en arroyos, no fueron obstáculos para que ambos coches desarrollaran el máximo de velocidad.
De pronto Charles intuyó lo que podía suceder...
(Vamos a matarnos los dos. Será mejor dejar las explicaciones para otro día.)
Ya era tarde. Cincuenta metros adelante, el coche que se había dado a la fuga, perdió la dirección, yendo a estrellarse contra un árbol.
¡Ya voy para allá, Boby..! ¡Ya voy para allá...!
Como pudo abrió la portezuela y practicamente a tientas, ya que la tormenta había anticipado la noche, sacó de entre los restos del coche un cuerpo. Experimentó algo extraño al sentir que una cabellera larga, suave, le acariciaba la mano...
Por fin un relámpago le permitió ver.
¡MARSHA...! ¡MARSHA...!
¿Soñaba...? ¿Estaba viviendo una pesadilla...? ¿Qué hacía Marsha allí...? ¿A qué había ido a "El Mirador"? Marsha eran tan celosa, que Charles aceptaba que hubiera podido ir a espiarle. Pero no que hubiera huído al verle.
¿Por qué hiciste ésto, Marsha? ¿Por qué...?
Trató de pensar solo en lo que había que hacer. Conducir, ubicar a Marsha en su coche, llevarla al hospital más próximo. Lo hizo, como empujado por una mano superior a sus fuerzas, mientras sentía fijos en sí los ojos de Marsha.
¿Por qué? ¿Por qué tuviste que huir de mí?
El primer informe que le dio el médico, fue qué, salvo que se produjera un milagro, Marsha solo tenía contadas horas de vida, y el segundo, que había pedido que llamaran a Peter Scott.
¿Quién es Peter Scott?
El propietario de los estudios cinematográficos para los que trabajamos mi esposa y yo.
Charles hubiera hecho hasta lo imposible por impedir que llamaran a Peter Scott. Aquello no le agradaba nada. Pero no pudo evitar que telefonearan, ni que cuarenta minutos después el hombre fuerte de la Star Pictures estuviera allí.
¿Qué ha pasado?
Un terrible accidente.


¿Y para qué quiere verme Marsha?
Marsha abrió los ojos al oír la puerta. Lentamente miró a Charles, a Peter. Luego, señalando a Charles con la mirada, dijo:
Que se marche.
Su mirada y su voz eran impresionantes.
Que se marche...
Charles salió procurando que el nudo que le apretaba la garganta no lo ahogara. Peter se inclinó sobre el lecho de Marsha.
¿Qué hay, Marsha? ¿Qué quiere decirme?
No hable si le cuesta hacerlo. Ya me dirá, lo que sea, más adelante.
No habrá "más adelante" para mí.
No habrá más adelante para mí. Yo me muero. Yo me muero y ellos dos se quedan.
¿Ellos dos? ¿Quiénes son ellos dos?
Charles y Denise...
Dicho aquello, los ojos de Marsha quedaron fijos en el techo, mientras en el aire saturado de éter quedaban flotando aquellos dos nombres: "Charles y Denise".
Peter la instó a seguir hasta que comprendió que ya era imposible sacarle una palabra más. Estaba muerta.
Con aquellos dos nombres clavados como un puñal, trató de hacerse cargo de la situación. Debía pensar. No perder los estribos. Respiró profundamente, miró a su alrededor y entonces fue cuando vio sobre una silla la cartera de Marsha.
Cuando una hora después Peter entraba en la residencia de Denise, ésta, inquieta, le salió al encuentro.
Me dijo la mucama que hablaste diciendo que te llamaron de un hospital. ¿Qué ha pasado...?
Algo terrible.
Mirando a Denise de solayo, dijo lentamente:
Charles Dauphin ha asesinado a su mujer.
¿QUÉ...?


Eso mismo,querida. Charles Dauphin ha asesinado a su mujer.
¡Eso no puede ser...!
Con suma parsimonia y sin dejar de observar a Denise de solayo, Peter inventó una historia. Dijo que Charles había citado a su mujer a"El Mirador"; que ella,atraída por sus dulces palabras había ido,y que al mirar hacia el interior por una ventana, le había soprendido subtituyendo unos comprimidos que ella tomaba por otros.
Horrorizada, trató de huir, pera él la persiguió, cercándola hasta que la pobre fue a estrellarse contra un árbol.
¡No puede ser! ¡No puede ser!
Aquí tienes la nota con la que Charles la citó.
Está roto en la parte superior,pero puede leerse lo principal, o sea que la citaba en 'El Mirador'' entre las seis y las siete...
Pero si...
¿Qué iba a decir...? ¿Que esa nota no había sido escrita para Marsha? ¿Que ella lo sabía muy bien, puesto que la parte que faltaba estaba en su poder? ¿Podía decirle aquéllo y que en la parte superior decía:"Mi pequeña Denise..."?
Esto lo va a poner en aprietos al pobre Dauphin.
No irás a entregar eso a la policía.
Lo que no puedo hacer es contrariar la voluntad de una desdichada que acaba de morir.
Denise no se atrevió a agregar nada. Anonadada, optó por retirarse a sus habitaciones de las que no hubiera salido de no anunciarle que Peter y otro caballero habían llegado.
Es el doctor Laurent. Le llamé para que me asesore.
Con voz que hacía difícil adivinar sus sentimientos, Peter preguntó:
¿Cuál cree que sea, doctor, el camino a tomar?
¿Me permite ver esa nota?
Peter la puso en manos del abogado que rozó muy de cerca, la verdad.
Esta nota no tiene porque haber sido necesariamente escrita para Marsha Benson.
Está arrugada, desgarrada. Yo diría que Marsha pudo arrancarla de manos de otra mujer.

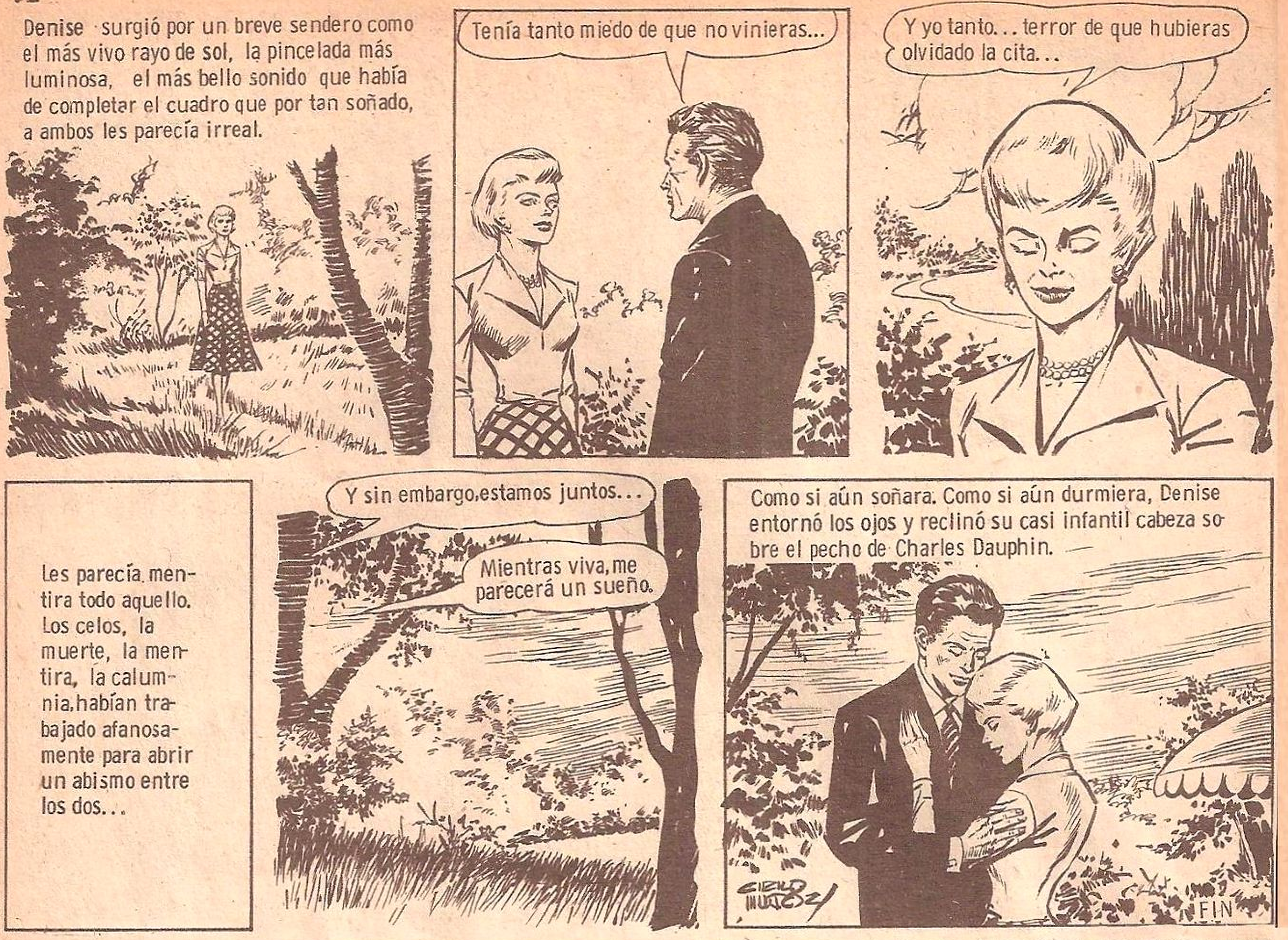

Así habían sucedido las cosas. Dos años antes, estando Denise en casa de los Dauphin, Charles había tenido necesidad de confiarle algo muy importante y había escrito aquella nota, deslizándolaen su mano. De pronto, Marsha había hecho irrupción arrancándosela a Denise.
Yo pienso que en el trozo que falta, puede estar escrito el nombre de otra mujer.
Aún siendo así, no creo que ello varíe las cosas, porque la otra mujer no se atreverá a dar señales de vida en estas circunstancias...
Sería el escándalo para ella.
En tal caso, Charles Dauphin vá a pasarlo muy mal.
Denise intuía que estaban tendiéndole una trampa.
(Marsha no pudo decirle que Charles le escribió esa nota. Ella solo debió insinuar algo y Peter está tratando de llegar a la verdad.)
¿Qué camino tomaría Denise-se preguntaba Peter-si tal como él suponía,la destinataria de la nota había sido ella? Para que comprendiera cuánto podría perder poniéndose de parte de Dauphin,le dijo a la mañana siguiente.
Para olvidar todo esto tan desagradable, pienso entregarme de lleno a la producción de varias superproducciones.
La estrella serás tú. Seis meses más y no habrá un rincón en la Tierra en el que no se pronuncie tu nombre.
Había algo de auténtico en sus planes. Se hallaba dispuesto a perdonar a Denise siempre que aquella abandonara a Charles a su suerte.
Por si aquello no sucedía, tomó sus recaudos.
Querida; represéntame en el velatorio de Marsha. Yo iré cuando haya liquidado algunos asuntos.
Arréglate de acuerdo a las circunstancias. Enviaré a los fotógrafos de la Star Pictures.
Medio millar de curiosos rodearon la casa,cuando llegó Denise. Aquellos y los fotógrafos la asediaron. En el interior la recibió el vapor de flores tibias y el medio hermano de la actriz muerta.
Ya vi cuántas fotos te tomaron al entrar. Todo sirve para la publicidad, ¿eh?
Lástima que esto no sucediera antes de que te hubieres comprometido con Peter Scott, ¿no es así?
Sin mirarse, Charles y ella cambiaron algunas palabras.


¡Lo siento tanto, Charles!
¿La viste?
No me atreví a mirarla.
Yo en cambio no hago más que mirarla y preguntarle: ¿Por qué? ¿Por qué fue a "El Mirador"? ¿Para sorprenderme con otra mujer?
La única mujer con la que hubiera deseado estar, me está vedada.
Charles...
Aún aceptando que esperase encontrar a alguien allí, ¿por qué huyó de mí...?
No querría que la sorprendiera en falta.
¿Te dijo Peter para qué le llamó Marsha?
Denise movió negativamente la cabeza. ¿Cómo podía decirle allí lo que estaba sucediendo? No dijo nada, limitándose a decirse a sí misma.
(Si Peter llega a cumplir su amenaza, entregaré la parte superior. Será el escándalo y hasta el final de mi carrera. Pero no permitiré que condenen al hombre más bueno del mundo.)
Peter, que desde que Denise puso los pies fuera de su casa se había lanzado a la búsqueda del trozo que faltaba no supo si reír a golpearse la cabeza cuando lo encontró.
Mi pequeña Denise:
Necesito más que
nada en el mundo
verte, oírte, hablarte.
Quiero verte a solas en
El Mirador. Te espero
sin falta entre las
seis y las siete.
No faltes, por favor.
Charles
Cuidadosamente dobló la parte inferior, la metió en un sobre y la guardó en el bolsillo. Luego, encendiendo una cerilla, hizo arder el trozo en el que se leía el nombre de Denise.
Volvían de dejar a Marsha en el cementerio.
Vete a tu casa a descansar, querida. Yo iré un poco más tarde.
Denise no se atrevió a contrariarle, ni a preguntar. No lo necesitaba. Había sentido cómo Peter jugaba con ella al gato y al ratón. Comprendía que ahora le tocaba el turno a Charles.

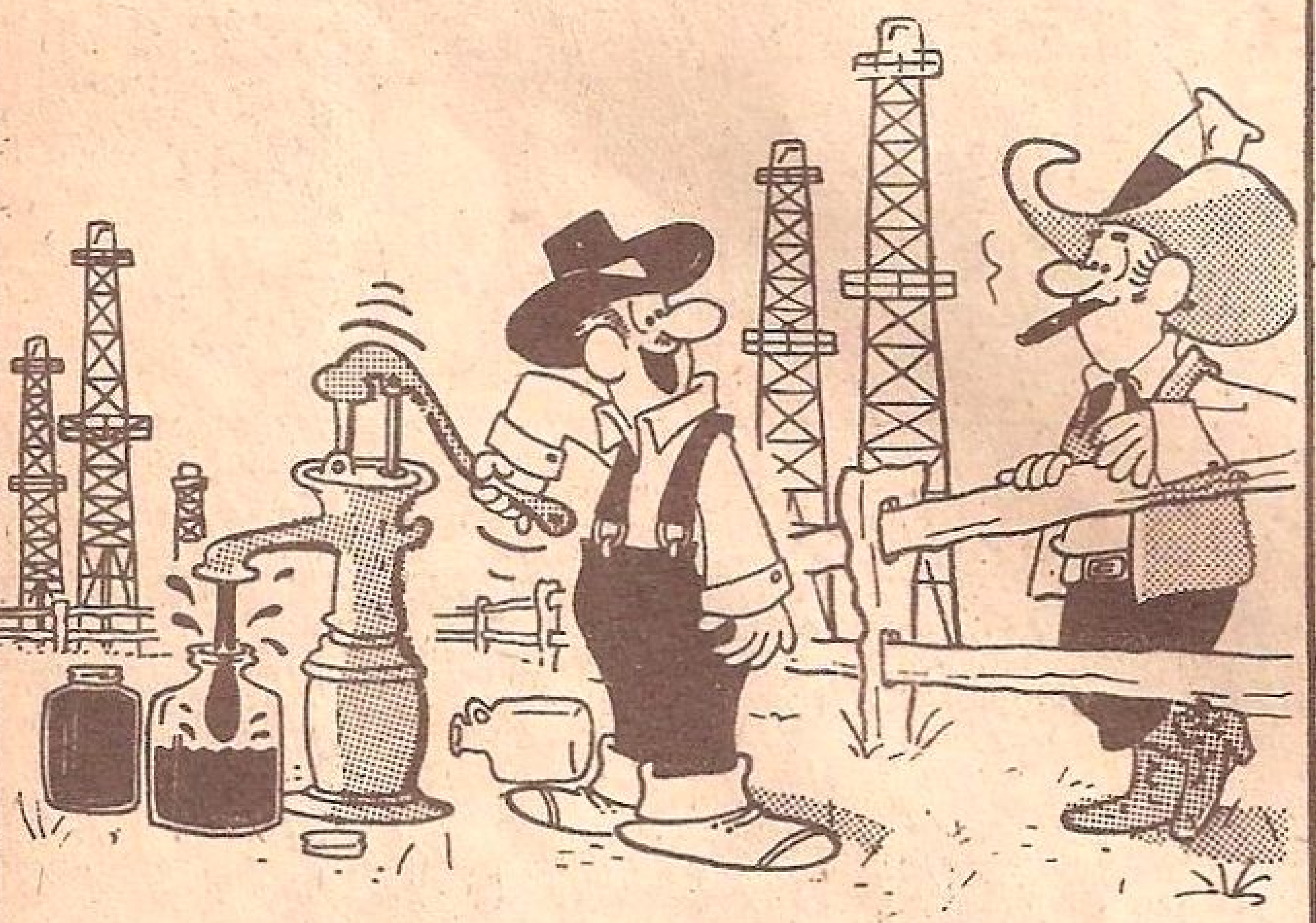

En efecto, a Peter ya no le bastaba con perder a Charles. Más que aquello, quería bajarle de su pedestal. Sería magnífico -se dijo- que el miedo hiciera confesar a Charles que la nota había sido escrita para Denise.
Lamento en el alma que Marsha me confiara semejante misión, pero no me queda más remedio que cumplirla.
Por lo menos, he querido prevenirle.
Muy amable de su parte, señor Scott.
Peter Scott se sintió humillado. El tenía noción de que lo que hacía era infame, pero lo malo es que justamente por eso odiaba más a Charles cada segundo que transcurría. En el jefatura de policía se encontró con una noticia que le desconcertó.
Parece que como fuera, Marsha Benson estaba sentenciada.
Tenía un mal incurable que quedó al descubierto al hacerle la autopsia.
Aquello le impresionó más a Peter que todos los acontecimientos anteriores. Se dejó caer en una silla y el oficial, respetuoso, salió, postergando por unos minutos la entrevista.
A poco entró Denise.
¿ A qué has venido. . . ?
A traerte la parte superior de esa nota que piensas entregar.
Peter se levantó como accionado por un resorte.
Pero si. . .
"¿Pero si yo la quemé" ibas a decir?
No, Peter. Lo que quemaste fue solo una imitación que yo dejé. De no haberte cegado el odio, lo hubieras advertido.
¿Y vas a presentar eso . . . ?
Si tú presentas la otra parte; sí.
¿Tanto le quieres que no te importa que tu nombre ruede por ahí. . . ?
No hay razón para que mi nombre ruede por ninguna parte.


Puedo además decir y decirte en qué ocasión fue escrita.
Denise echó una mirada retrospectiva.
Esto lo escribió el día que le informaron el mal que tenía Marsha. Estaba desesperado. No podía decírselo a ella ni al hermano. Sólo confiaba en mí.
Marsha, en cambio, no confiaba en mí y entró en el momento en que Charles dejaba la nota en mi mano.
Desde entonces, nos celaba a los dos.
¿Y ustedes, sabían que estaba enferma?
No solo eso; sino que Charles ha estado luchando denodadamente contra el mal de Marsha, sin que ella lo supiera.
Los más inminentes médicos en la especialidad la vieron, haciéndole creer que se interesaban por sus nervios.
Entró el oficial.
Bueno, señor Scott: ya estoy a sus órdenes. ¿Cuál era el motivo de su visita?
STATE POLICE
Ya, ninguna. Se... había extraviado algo, pero la señorita vino a decirme que ya apareció.
Denise declinó ser llevada a su domicilio, por cuanto además ella había ido con su coche. Peter se retiró al suyo deprimido y avergonzado. Pero bien pronto volvió a hacer planes.
(Transformaré en verdad lo que dijo para tentar a Denise.)
(Llevaré a cabo los proyectos de que le hablé; y antes de un año su nombre se pronunciará con admiración en los cinco continentes.)
Al caer la tarde fue a ver a Denise. Le recibió la mucama.
La señorita se marchó, señor, y me dejó esta nota para usted.

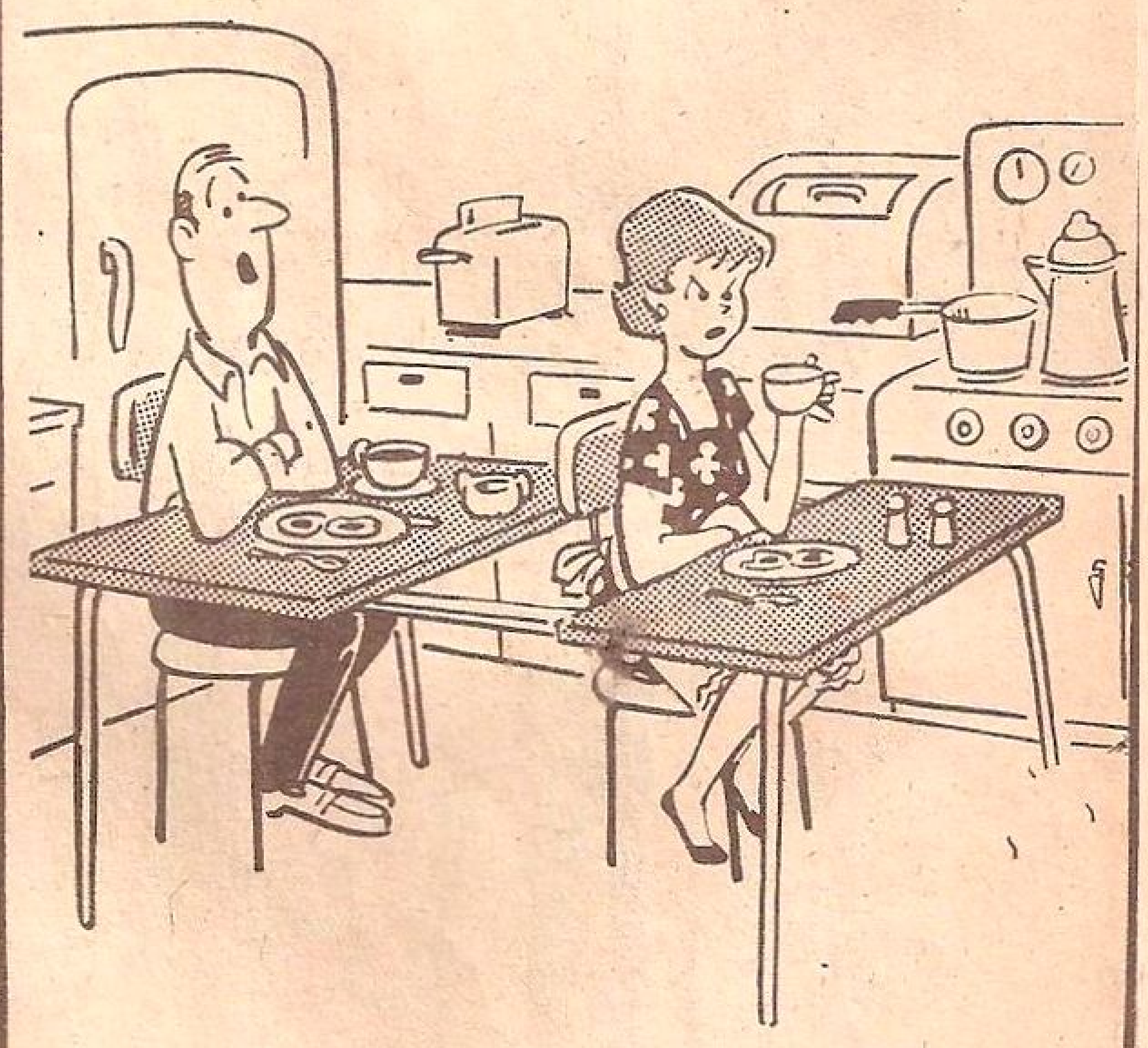

La nota decía:
Puesto que tanto te gusta quemar papeles, quema ésta una vez que la leas. Me voy, llevándome una inmensa decepción. Te respetaba, te estimaba, te admiraba y estaba empezando a quererte, cuando tú lo echaste todo a perder. Lo siento. Adiós
Preguntó, casi por preguntar.
¿Usted no sabe adónde iba?
No,señor.
Había cientos de caminos que Denise podía haber tomado.
(Pero en cualquiera de ellos, se encontrará con él.)
Se equivocaba. Denise partía sola,y si llamó a Charles solo fue para despedirse desde la estación.
¿Y te vas ahora...?¿Justamente ahora...?
Escucha,pequeña...
Una vez íbamos a vernos en "El Mirador" y no fue posible.¿Qué tal si dentro de seis meses nos encontramos allí?
Minutos después el tren partía llevándose a Denise.
Durante los seis meses que siguieron, Charles hizo refaccionar"El Mirador". Pintarlo, decorarlo,cambiar el moblaje y arreglar el jardín.
El resto, lo hizo la primavera. Se abrieron las rosas, se irguieron los pinos, los abetos. Y..., el almanaque dejó caer la hoja que debía dar paso a un día feliz.
(O quizá el más amargo de mi vida, si Denise no acude a la cita.)




GOTITAS DE ALEGRIA

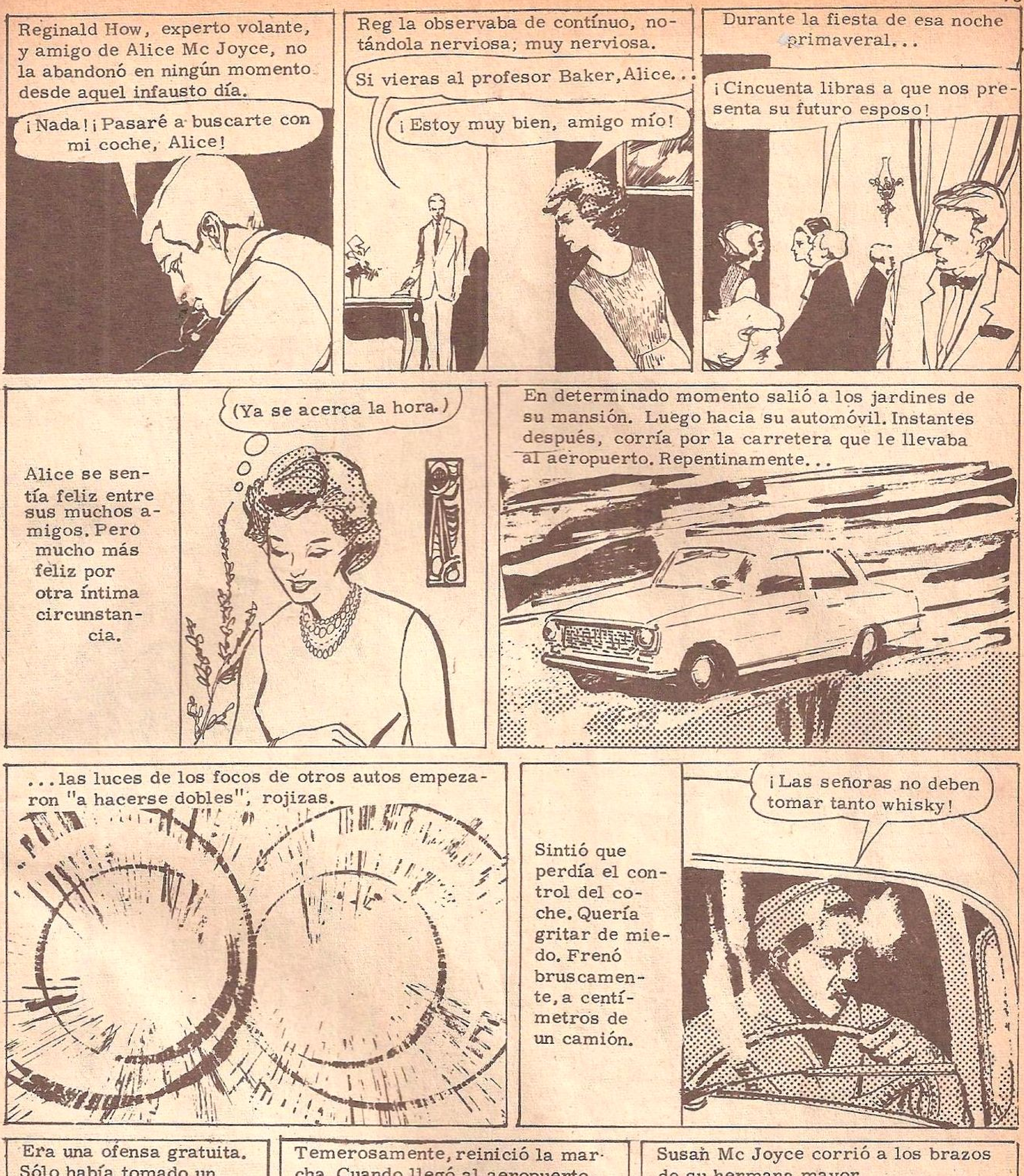


-Yo no soy un gran hombre de negocios, como usted verá...



-¿ Cuándo volveremos a ser amigos, querida?


Horas perdidas
Por DANIEL PETRIE
ADAPTACIÓN
DIBUJOS DE DURAÑONA
Realización del sello "ARTISTAS UNIDOS" con Susan Hayward y Michael Craig.
El joven doctor Ellis abandonó la sala de operaciones.
Lo llaman por teléfono, doctor.
John M. Ellis juntó las cejas en gesto de fastidio.
(Si es ella le diré que no me moleste en la clínica.)
El amargo sabor de un amor muerto, volvía a los labios de John. Lo de Margie "era cosa terminada".
¡Aló! ¿Reg? ¡Oh, me alegro mucho "campeón"!
En lugar de una reiterada discusión telefónica con Margie Forest, el doctor Ellis empezó a hablar animadamen con su amigo Reg.
¡Ah, sí, sí! Comprendo. Bien. De acuerdo. De acuerdo, Reg.
Paralelamente a esa situación, una mujer todavía hermosa pese a acercarse a los cuarenta años de edad, descendía la lujosa escalera de su mansión de las afueras de Londres.
¿Son los primeros invitados, Jerome?
Realizaba una de sus "fabulosas fiestas". Nadie dejaba de ir a las reuniones danzantes que organizaba Alice Mc Joyce.
¿Nos presentará hoy a su futuro esposo?
En el no muy lejano pasado de la millonaria norteamericana, había un espantoso accidente, y el cadáver de un hombre joven.
(¡Deja de pensar en él, Alice! ¡Te volverás loca!)
Había ocurrido en la carrera automovilística de Sebring. Su esposo se había matado al comando de un bólido de acero.
¡Déjame ir, Reg! ¡Déjame verlo por última vez!


Reginald How, experto volante, y amigo de Alice Mc Joyce, no la abandonó en ningún momento desde aquel infausto día.
¡Nada! ¡Pasaré a buscarte con mi coche, Alice!
Reg la observaba de contínuo, notándola nerviosa; muy nerviosa.
Si vieras al profesor Baker, Alice...
¡Estoy muy bien, amigo mío!
Durante la fiesta de esa noche primaveral...
¡Cincuenta libras a que nos presenta su futuro esposo!
Alice se sentía feliz entre sus muchos amigos. Pero mucho más feliz por otra íntima circunstancia.
(Ya se acerca la hora.)
En determinado momento salió a los jardines de su mansión. Luego hacia su automóvil. Instantes después, corría por la carretera que le llevaba al aeropuerto. Repentinamente...
...las luces de los focos de otros autos empezaron "a hacerse dobles", rojizas.
Sintió que perdía el control del coche. Quería gritar de miedo. Frenó bruscamente, a centímetros de un camión.
¡Las señoras no deben tomar tanto whisky!
Era una ofensa gratuita. Sólo había tomado un inocente refresco.
(¡Olvidé las grageas en casa! Y Susan debe estar por llegar.)
Temerosamente, reinició la marcha. Cuando llegó al aeropuerto, el majestuoso "jet" que venía de New York detenía su marcha.
(¡Susan! ¡Mi pequeña Susan!)
Susan Mc Joyce corrió a los brazos de su hermana mayor.
Cumplida sus órdenes, señora. Aquí estoy.
¡No te arrepentirás de haber venido a Inglaterra, querida!


Mientras regresaban a la mansión...
La fiesta es exclusivamente para ti, hermanita. ¡Hoy es mi noche de gran alegría! ¿Sabes?
Se sobresaltó. Volvían "las manchas rojizas y luminosas". Las luces de los otros autos bailaban una danza de lúgubres anuncios.
¿Te sucede algo, Alice?
Alice había detenido el automóvil.
(¡Disimula, Alice! ¡No sobresaltes a la pequeña!)
Susan volvió a preguntar:
Creo... que debe haber un desperfecto en el motor.
¡No me dirás que sabes de motores!
"Algo sé", murmuró Alice, abriendo la portezuela del auto. En realidad necesitaba caminar un trecho, aspirar el aire profundamente.
¿Crees que ya se habrá compuesto el motor?
Alice sonrió con esfuerzo, volviendo al volante.
Sí, querida. Perfectamente compuesto.
Cuando regresó a la magnifica fiesta...
Amigos míos, les presento a mi hermanita Susan.
¡Una belleza digna de su hermana Alice!
Mientras Susan cambiaba de ropas, Alice aprovechó para tomar ciertas grageas.
(Doblaré la dosis. Por esta noche solamente.)
Se tuvo que acostar por breves minutos.
¡Susan! ¿Eres tú, hermanita? ¡Adelante! ¡Adelante!

Radiante, alegre, la muchacha penetró al cuarto.
¡Qué pálida estás, Alice!
¡Aún no me he maquillado! ¡Ya verás dentro de dos minutos!
La contestación no tranquilizó a Susan, pero minutos después, ya en medio de la elegante fiesta, la joven olvidó el incidente.
(Debería acostarme. Vuelven esas palpitaciones de mi cabeza.)
Seguían llegando invitados a la fiesta de la agradable tejana. Reginald How, y su amigo, el doctor John M. Ellis.
No veo a Alice.
La buscaré, John.
El joven cirujano vestía de etiqueta, pero era absurda en esas circunstancias la maleta profesional que mostraba.
(Tal vez esa sea la biblioteca de la casa. Investigaré.)
Encontró la biblioteca. Un lugar "desolado" en esa noche de alegría, música y mil bebidas mezcladas. John no era temperamentalmente divertido. Se sintió bien en ese lugar quieto, "civilizado".
Recién había abandonado la maleta, cuando...
¡Oh, buenas noches!
Una mujer descansaba en uno de los amplios sillones de la biblioteca. El médico fijó su vista en el rostro de la desconocida.
La señora Joyce, ¿verdad?
Reg le había mostrado una fotografía de Alice aparecida en cierta revista. -También le habló del -por momentos- áspero genio de ella. Ahora estaba delante de "la paciente".
(¿Cómo hacer para decirle, sin que se enfade?)
El caso era que debía examinarla "esa misma noche". Se dio a conocer, y Alice sonrió apenas al amigo de su gran amigo Reg How.
Volví a Londres luego de cuatro años en otros sitios donde se aprende cirugía.


Alice abandonó la biblioteca, seguida del apuesto galeno. Bailaron.
¿Por qué me observa tanto, doctor? ¿Quién le ordenó que me estudiara tan indiscretamente?
Se confirmaba lo que le adelantara Reg. Alice no quería ver médicos. Y por ello se autodestruía. Era, en esos momentos en que John la tenía en sus brazos, la mujer mundana y caprichosa de algunas ocasiones. Y miraba con hostilidad a ese joven doctor.
Observaba sus ojos, señora. Son límpidos, hermosos.
Cuando fue oprimiento con mayor fuerza la mano derecha de ella, notó que Alice no se quejaba.
(Tendría que quejarse, necesariamente.)
El médico tuvo su lógica sospecha profesional.
Le ruego que hablemos a solas, Alice. Quiero ayudarla.
Por toda respueta, ella se apartó bruscamente de él.
Lo siento, discúlpeme. ¡Reg!
Escapó hacia el afamado automovilista, reanudando la danza. Sin embargo, al verlo al joven doctor como perdido entre los bailarines, sintió un profundo remordimiento.
¿Qué opinas de mi talentoso amigo Ellis?
John M. Ellis permaneció durante algunos minutos contra la puerta de la biblioteca, pensativo. Alice Mc. Joyce se le acercó, el tono de voz amistoso, humilde: "Va a disculparme, doctor John".
De nuevo en la calma de la biblioteca, y ante el instrumental del médico, Alice tuvo un comportamiento ejemplar.
Bien, doctor. ¿Cuándo expedirá la nota de mi defunción?
Sonrió con algún esfuerzo el galeno.
Nada de eso, Alice, pero "tampoco nada tranquilizador por ahora".
No tenía sensibilidad en la mano derecha. Todo ese lado del cuerpo de Alice Mc Joyce se insensibilizaba paulatinamente.
¿La espero mañana en la Clínica B. F.?
Estoy en sus manos, John.


El rubor asomó a las mejillas del joven, que ahora sí sonrió con amplitud, bondadosamente.
Aunque le parezca mentira, voy a desecharla, Alice. En la "B. F." soy apenas ayudante del profesor Baker.
John telefoneó esa misma noche al profesor, adelantándole sus opiniones. En la mañana siguiente, Alice quedó internada.
Es un tumor que Baker extirpará dentro de cinco días.
Esos días previos a la operación sirvieron para que la amistad entre John y Alice se solidificara.
¡He ahí al culpable de las rosas de todas las mañanas!
Concluída la operación quirúrgica, y mientras el profesor y John se higienizaban y cambiaban...
De todos modos ella no tendrá problemas económicos. Además...
Una enigmática sonrisa había surgido en el rostro del profesor.
Muy distinto el caso de la señora Lewis, que "dejará tres criaturas en la miseria".
¿Quiere decir, profesor "que Alice Mc Joyce morirá"?
¿Todavía lo duda, Ellis? La señora Mc Joyce morirá más o menos como la señora Lewis.
Le sobrevendrá una ceguera súbita, falleciendo horas después.
Fue amargo el gesto del joven médico. El había hecho exageradas promesas a Alice, a la hermanda de ella, a Reg.
(¡Yo mismo quise engañarme!)
¿Qué sucedía en su corazón? Sencillo: empezaba a enamorarse.
Buenas tardes, Alice. Todo ha ido muy bien, gracias a Dios.


Ella lo miraba con los ojos humedecidos por el llanto.
Gracias... por sus rosas, John.
No tiene importancia. ¿A ver esa mano derecha, amiga mía?
Ella la extendió lentamente, abriéndola. El médico depositó en ella -tras hacerle cerrar los ojos- un objeto metálico.
¿Qué es esto, Alice?
¡Una llave.
"Exactamente. Está curada" contestó él. Alice oprimió cariñosamente la llave que le entregara John.
Es de la casa de mis finados padres, en Shirey, frente al mar. Voy allí todos los veranos.
Vio el torrente de lágrimas asomado a los ojos de Alice.
No se angustie. Ya todo pasó, Alice. Ahora... ¡A vivir!
Sí. A recuperar mis horas perdidas tontamente.
Habló de su niñez en Texas. De los millones que ganara su padre.
En cambio el mío fue siempre un médico más bien pobre. La gente de Shirey lo quería de verdad.
Dos semanas más tarde, Alice volvió a su mansión. El lugar presentaba un aspecto maravilloso. Era el apogeo de la primavera.
No, Alice. Nada de andar a caballo hasta dentro de una semana.
Alice, muy feliz, se había dado cuenta del mutuo afecto que se prodigaban Susan y Reg. Desde la llegada de la joven, el volante -uno de los famosos de Inglaterra- no tenía más ojos que para la hermana menor de Alice.
John, por su parte, estaba siempre cerca de Alice. Atento, a ratos excesivamente callado.
¿Terminó la conversación, John? ¿En qué pensabas?
Alice, repentinamente, lo trataba con mayor confianza. John le tomó las manos.
Creo que te gustará saber que puedes hacer equitación, Alice.


Días después, una mañana en que John se encontró a solas con Susan y Reg, dijo, de pronto: "Ahora que ella no está presente..."
¡John! ¡Qué cara!
Las mujeres y su instinto formidable. Susan se adelantó hasta el médico, diciendo: "Lo vi conversando largamente con Alice, John. ¿No la encuentra repuesta? John tuvo una corta vacilación.
Ella... no estará "completamente" repuesta, jamás.
Susan ahogó un grito de dolor, desviando la vista hacia la campiña inmediata, donde Alice cabalgaba en brioso "colorado", ajena al drama que acababa de desatar John M. Ellis con sus palabras.
Comprende, Reg. ¡No podía decirles nada hasta no estar absolutamente seguro!
¡Pobrecita! ¡Estaba tan entusiasmada!
Se había hecho dura, áspera, la mirada de Reginald How.
¿Cuánto tiempo?
¿Cómo?
Te vuelves idiota, John. Pregunto "cuánto tiempo le queda de vida".
Reg, por Dios. ¿Qué culpa tiene John?
Gracias, Susan. Disculpo a Reg. Todos los que queremos a Alice estamos anonadados. Unos meses ...
... nada más. Ocho, nueve. Y el fin. Tendrá que hacerse fuerte, Susan. Ella debe ignorar la verdad.
Ocho meses. ¡Es espantoso!
Ella no sufrirá. Todo será más o menos rápido.
¡Pobrecita!


El estado general de Alice presentaba excelentes síntomas. Su casi constante nerviosidad de antes, había desaparecido. Veía perfectamente. Andaba a caballo, manejaba su automóvil.
(¡Cualquiera diría que está curada!)
Alice sonreía pensando en Susan. Esa mañana, Reg se había despedido, besándola. Inauguraban así, "oficialmente", su noviazgo. El iba a correr en Monza, Italia. Susan se quedaría con Alice.
Miss Chany, la secretaria de la clínica, conversaba por teléfono con su prometido, cuando Alice entró en esa oficina.
(Amor, amor, amor. Es una increíble primavera.)
La muchacha cortó la comunicación con cierta brusquedad, y Alice le dijo con sencillez: "¿Por qué lo hizo, Wally?" Eran unos pocos minutos que le robaba a su trabajo, siempre eficiente. Si lo desea vuelva a esa conversación, Wally. ¡Hágalo!"
Un millón de gracias, señorita Alice. Le decía que no nos podríamer ver "hasta que no...
... "terminara de colocar en ese mueble todas estas carpetas".
¡Valiente! ¿Puedo ayudar?
"¡Le estaría tan agradecida!", expresó la joven, alejando la vista de la alarmante montaña de carpetas. Alice se puso al trabajo.
Así podrá ver a su novio unos minutos antes, Wally.
Eran las historias clínicas de los pacientes que alguna vez pasaron por la "B. F.". Alice sonrió cuando tuvo entre sus manos la rotulada: "Mc Joyce Alice". Pertenecía al ayer. La guardó en la letra "M". Minutos después, llamó el teléfono.
Sí, doctor Ellis. Bien. Bien. Se lo comunicaré, doctor.
John iba a demorar algo más. Un caso repentino y difícil. Alice dijo a Miss Chany "que se fuera tranquila". Ella concluiría la tarea. "No tema . No le quitaré el puesto. No acepto los encierros por más de una hora diaria. ¡Muy mala empleada sería, Wally!"
Hasta otro día, y de nuevo mil gracias, señorita Alice.
Ya a solas, Alice se entretuvo leyendo algunas de las notas que escribía el profesor Baker. Por curiosidad, exhumó su carpeta. Un minuto más tarde, los papeles caerían de sus manos. "Estoy condenada a muerte, y John me lo ocultaba. ¡Es indigno...!"
Mc JOYCE ALICE


Los nervios reaparecieron. Le temblaban las manos, el cuerpo. Se dejó caer en una silla y allí permanecería largo rato. Hasta la llegada de John. Ella lo miró a los ojos, y murmuró: "¡No te lo perdonaré nunca! ¡Nunca!"
Alice le contó el triste episodio de la clínica.
De nada valieron los argumentos de John. Alice volvió a su casa, y habló claramente con Susan. Se marcharían. Por supuesto, a Italia.
Quiero que se casen en Roma. ¿No te parece hermosa mi idea?
Cuando Reg vio a Susan, el corazón le brincó de alegría. Era la mejor sorpresa que pudieran ofrecerle. El contraste llegó de inmediato, con la presencia de Alice. Reg se estremeció.
(¿Qué habrá sucedido? ¿Y John?)
Haces muy mal, Alice. John debe saber dónde te encuentras. Es tu médico, y nadie mejor que él...
Entre él y yo, todo ha terminado, Reg.
En la noche previa a la carrera de Monza, Alice y unos amigos del hotel, salieron. Ella regresó con algunas copas de más. Susan telefoneó a Reg, y éste llamó a John M. Ellis.
La multitud llenaba el circuito italiano, cuando la orden de partida fue dada. Susan y Alice permanecieron en el box del volante británico, hasta que en el aire de la mañana se dejó escuchar un grito unánime de asombro y horror. Alguien iba a pagar con su vida la ambición de la victoria.
¡Alice! ¡Alice!
Alice había corrido también, hasta el sitio donde un deportista agonizaba. Era un muchacho italiano, lleno de salud, de vida... hasta unos minutos antes. Alice ahogó un sollozo. Regresaban a su mente los terribles recuerdos "de otra jornada fatal". Las piernas no le respondían y cayó desvanecida.
Un hombre llegó hasta ella, alzándola en brazos. Era el doctor Ellis, quien había seguido de lejos todos los movimientos de Alice, y supo decir "aquí estoy" cuando ella más lo necesitaba.
Cuatro días después, en Roma, contraían enlace Susan y Reginald. Alice no soltó en ningún momento el brazo de John. Desde ese instante "hasta el fin", se dijo ella. Cuando los recién casados se marcharon a Suiza, John y Alice tomaron el avión a Londres. De Londres, en tren a la pintoresca Shirey, junto al mar.
Al atardecer de ese día -el primero del verano- John penetró en la casa donde naciera, llevando en brazos a su flamante esposa.
Renovaremos la pintura de ese cartel que hay en el jardín, amor mío.


El cartel decía:"John M. Ellis. Médico." Correspondía al padre de su esposo, pero Alice comprendió que su John sería feliz "conservando por unos años más la misma chapa de hierro pintada".
¡No sueñes que voy a quedarme eternamente aquí, querida!
Para Alice, ese pueblecito junto al mar, y casi entre montañas, era como el séptimo cielo. Y poco a poco logró convencer a John "de que pasaran el verano completo allí". Al llegar el otoño, John se había dado cuenta de algo muy importante: Alice "vivía" en Shirey.
(Londres posiblemente acelere su inexorable final.)
Ni los terribles vientos de octubre, ni la nieve de enero, ni ninguna de las molestias del lugar, harían que Alice se quejara.
¿Dices que el viento aúlla, John? Para mí, dice poesías.
La gente del lugar renovó para John, los cariños que antaño ofrecían al doctor Ellis, instalado allí desde 1903. Pero el joven médico añoraba Londres. No por la ciudad, sino por la clínica tan moderna del profesor Baker.
(Sin embargo, mi esposa está muy feliz. ¡Como nunca, dice ella.)
Alice tuvo un magnífico gesto tomando a su cargo el pequeño Peter Drown, cuya madre falleciera en un accidente en esos días. El padre del muchachito era marino, y no regresaría hasta la primavera.
Esta es tu casa, Peter, mi querido muchachito.
El niño tuvo, realmente, un hogar en esa vieja casa junto al mar.
¡Más competencia, John! Peter dice que será médico como tú.
Regularmente recibían noticias de Susan y Reg. El volante tenía su gran año. Ganó en competencias de España, Buenos Aires y Brasil.
¡Ja, ja, ja! Dice que para cuando Susan tenga el niño, él vencerá en el resto del mundo.
Quedó muy pensativa. ¡Un hijo! Lo que nunca podría darle a John.
(¡Otra vez ese asunto!) ¿Vamos a dar un paseo, querida?
Los cielos cenicientos de invierno se marchaban. Un cielo límpido y muy azul llegaba "del otro lado del mar".
¿Vendrá conmigo a la fiesta de primavera, señora Ellis?
La tradicional fiesta de primavera, en una de las más verdes colinas del pueblo, reunió a todas las familias de Shirey. Alice pasaría su más radiante jornada.
¡Las madres de los niños pueden ayudarlos! ¡Ahora!


Con la singular ayuda de Alice, Peter ganó dos premios.
¡Bravo! Peter Drown reunió el mayor puntaje del día.
Una semana más tarde, el padre de Peter vino en busca de su hijo.
Peter me pidió que lo deja-ra venir todas las tardes, señora. ¿Cómo negarme? Han sido ustedes tan nobles.
Y así sucedió. Ausente John por sus tareas, era Peter quien acom-pañaba a Alice, narrándole las historias del mar que le contaba su padre. Pronto el niño se iría a esos océanos de Dios, junto al fornido capitán Drown.
Aquella tarde, de pronto, Alice empezó a notar unas sombras negras en la habitación. Dijo suavemente: "Es un sol fuerte el de esta tarde, ¿verdad, Peter?"
Ya lo creo. Es una tarde de lo más hermosa, señora Alice.
No hubo ámargura en el ros-tro de Alice ante el infausto anuncio.
¿Quieres ir a lo del doctor Hankead, Peter? Dile a mi esposo "que lo necesito".
Sorprendido, Peter cumplió con lo que le solicitaban. -Que Dios te ben-diga- le dijo ella, aumentando la sorpresa del pequeño. Cuando Pe-ter se acercó a la puerta de sali-da "ya Alice casi no lo veía".
(Me acostaré. John no querría verme levantada.)
Encendió la luz del cuarto. Se puso a reír "de esa torpeza".
¡Es una tarde clara, luminosa, llena de sol!
Cuando John llegó, Alice rezaba mo-viendo apenas los labios. Sí; el fin se acercaba rápi-damente. Pero ella dejaría este mundo con la son-risa en los labios: sabiendo que se iba rodeada de amor; habiendo aprovecha-do "todas las horas", desde el momento en que decidiera unirse a John...
...a ese hombre ejemplar, llamado John Mulligan Ellis, hijo. Su hombre. Su esposo.
¡Para toda la vida!
FIN



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

El hombre amado

Por OSVALDO MORO




"Laura Chaves;él nunca te dijo que te quería. ¿Por qué ese capricho de cerrar los ojos y no querer ver? Tu imaginación te jugó una mala pasada. El nunca te dijo que te amaba. Tú, solamente tú, lo escuchaste de su boca, cuando él te hablaba en sus sueños.".
Dejó caer la mano sobre el teléfono. Cerró los ojos. Dentro de su alma se desgarraba un sueño. Se asombró de eso. Ella había sido capaz de soñar.
Salió del ascensor. Sentía algo extraño sobre su piel. Como si un frío agrio corriese por todo el contorno nervioso de su cuerpo.
Se detuvo frente a la puerta de su oficina. Sabía que adentro tenía que estar "él", esperándola.
Te amo, Daniel. ¡Te amo!
Entró lentamente. Todo lo que había ahí era suyo: lo había comprado con su dinero y con su sacrificio. Sólo él, el hombre, había permanecido al margen de su poder.
Detrás de la mampara estaría Daniel volcado sobre su mesa de dibujo. Había creído en el pretexto de un trabajo urgente.
Se detuvo un momento. Se ahogaba. Todo había cambiado para Laura Chaves cuando conoció el amor; cuando supo que ella, poderosa y rica, padecía la terrible agonía del amor sin esperanzas.
-Pero... ¿qué haces aquí? -Te estoy esperando. Hace más de dos horas que te estoy esperando...
¡Vete!
No, no me voy. Tengo que hablar contigo. Tenemos muchas cosas sobre las que hablar un largo rato.
(Laura Chaves, enemiga de ti misma, no te claves la lanza al costado. Aún estás a tiempo. Siempre es lunes. ¡Sálvate!)
Daniel no vendrá.
Laura creyó comprender. Los celos la enloquecieron y enfrentó resueltamente a Berta, con una indomable angustia desbordándole los ojos orgullosos, que no sabrían llorar jamás.


¡Perfecto! Cómplices, ¿no? ¡Mi prima es cómplice de un ladrón!
Daniel no ha robado nada; estás equivocada. No sabes ver. Los celos no te dejan ver.
No mientas más. Los dos son cómplices. Todo está claro. ¿En dónde se van a encontrar luego?
Berta comprendía la desesperación de Laura. Las dos habían coincidido en amar al mismo hombre.
Ahora todo resulta sencillo. Ustedes se dieron cuenta de mi coartada, se dieron cuenta que yo lo citaba aquí, sábado por la tarde, para obligarlo a confesar y entregarlo a la policía.
Berta sintió miedo y vergüenza.
¿Llamaste a la policía?
¡Claro que la llamé! Se hará justicia.
No tendrías que haber llamado a la policía por un puñado de dinero.
¡Trescientos mil pesos no son un puñado de dinero!
¿Cómo los ganaste?
Laura Chaves pensó en la pregunta de Berta. "¿Había ganado su fortuna luchando", se dijo para sí. Pero tuvo que reconocer que su lucha no siempre había sido de igual a igual.
Has pagado monedas, trabajos que costaban miles.
Es la ley a que se debe someter todo aquel que se inicia. Eran nombres desconocidos cuando llegaban aquí.
Tú te ocupabas de que fueran más desconocidos todavía. A mí misma, de la pintora que quise ser, me transformaste en una oscura dibujante de letras.
Siempre fuiste una mala pintora.
¡Mentira! Nardal, el crítico de la Opinión, había dicho que se esperaba mucho de mí; que había en mi estilo algo distinto, que mi forma de contrastar los colores era única.
¡Pamplinas, Berta! Nardal te mintió como todos los demás que dijeron admirar tus cuadros. Cada uno de ellos me debía un favor a mí y su crítica era nada más que una manera de quedar bien conmigo.
Le dolió a Berta la soberbia de Laura. Todo lo había soportado porque quizá nada le importaba demasiado. Hasta que tuvo que defender su amor y entonces fue distinto.


Eres egoísta Laura. Ese egoísmo tuyo te llevó a quitarme, también, mi dicha de mujer. Si tú no eres feliz, no dejas que nadie lo sea a alrededor tuyo, Laura. Esa es otra de tus leyes.
Es necesario que hablemos de todo lo que ocurrió.
Me hace daño pensar en todo lo que vivimos, en los silencios en que nos encerramos, las enemigas que fuimos.
No tengas miedo. Me extraña esta actitud tuya. Tú nunca tuviste miedo alguno...
Ya es tarde para volverse atrás. Todo ocurrió. Vamos a hablar de la vida que teníamos cuando llegó Daniel Barrios. ¿Te acuerdas cómo lo encontré la primera vez?
"Yo venía apurada y él detuvo el ascensor para esperarme. Se lo agradecí y no lo miré más. Sus ojos, su mirada sobre todo, me resultaron inolvidables. Tenían la añeja dulzura que suele dar el viejo dolor de vivir".
"Sin volverme a mirarlo trataba de recordar cómo era: procuraba fijar detalles de su rostro, de su ropa humilde, de sus manos delgadas y de dedos largos".
"Cargaba bajo su brazo una carpeta con cartones. Era un artista; lo adiviné de pronto y me dio una inmensa alegría saber que teníamos la misma pasión, que hablábamos un mismo lenguaje. No lo sentía un extraño ni un desconocido. Era un amigo de antes y lo veía recién por primera vez".
"Me sentía menos sola"
Me llamó la atención que siguiera al otro piso. No entendía qué podía hacer él allá. Rato después se revelaba el misterio.
"Yo estaba trabajando en este mismo lugar. Entraste tú con unos cartones. El corazón se me agrandó de pronto. Todo comenzaba a ser distinto".
Observa, Berta. Estos dibujos me parecen buenos...
Son muy buenos. Déjamelos ver un poco más.
"Era su obra. Tenía la sensación de penetrar un poco en su vida, de comenzar a conocerlo mejor. Desde ese día, Daniel Barrios comenzó a ser mi compañero de tareas, y tú la víctima; otra de tus víctimas."
¿Cuánto vas a pagarle?
Lo mismo que le pagamos a Fernández y a Baglieto; cinco mil mensuales.


Este hombre no es Fernández ni Baglieto; es un artista.
Aquí dentro los artistas no sirven. Nuestro único arte consiste en convencer al cliente y de eso me ocupo yo.
"Y Daniel aceptó aquel sueldo mísero, y compartió con Berta el estudio que daba al Botánico."
Me equivoqué de piso. La casa de su prima es una de las más importantes agencias de publicidad de Buenos Aires. Cualquiera la habría encontrado con los ojos cerrados, y ya vé, me equivoqué.
"Reímos, Laura; reímos alegremente. Tú te asomaste a la puerta de tu despacho. Te molestaba un poco nuestra alegría."
"Transcurrieron varias semanas. Mi amistad con Daniel se iba haciendo cada vez más sólida. Hablamos de mil temas distintos mientras yo penetraba en su alma y él en mi corazón de mujer solitaria, sin demasiadas esperanzas de amor".
"No tardé en descubrir cuál era su tortura. Tenía miedo a no triunfar".
El hambre aprieta y entonces hay que decidirse a salir a la calle y ponerse a trabajar de lo que venga.
He mandado un cuadro a la Bienal de San Pablo. Necesito ganar ese premio. Son trescientos mil pesos traducidos a nuestra moneda. Quiero ir a París.
Europa es difícil. Son pocos los pintores que se destacan allá. Todo el arte está dominado por un trust que es quien dispone sobre quién será la figura de turno.
No me importa nada de eso, lo sé todo; conozco que allá es más importante una buena publicidad que un buen talento. ¿Pero piensa usted lo que significa pintar metido en las noches de París?
Tengo miedo de morir...
¡No!
Sí, sí. Siempre tengo miedo de morirme de pronto. O tengo miedo de llegar a viejo y no haber hecho nada de todo esto con lo que sueño y que tanta hambre y tantas privaciones me cuesta.


"Lo entendía, claro que lo entendía. Comencé a amarlo más que antes. Desde entonces lo esperé impacientemente todos los días. Sus tardanzas me alarmaban. Tenía miedo de que no fuese a venir más".
Berta calló. Laura esbozó una amarga sonrisa en su boca de labios anchos y morados. Las arrugas que nacían en sus ojos y se perdían en sus sienes, se hicieron más profundas, más cortadas. De pronto sabía más de toda su historia.
Es simple. Tomaste esos trescientos mil pesos para que él se fuera a Europa. Robaste para un desconocido.
Berta la miró con tristezaLaura la observaba con sus ojos desafiantes. Pronto quedaría definitivamente derrotada. La verdad continuaría aplastando su orgullo.
Daniel no era un desconocido. Era el hombre que yo amaba.
Eso no basta para mí.
Era el hombre que tú también amabas.
¡Mentira!
No seas ridícula, Laura. Amabas a Daniel. Se sentía tu amor hacia él cuando estaban juntos. Lo querías. No te dé vergüenza confesarlo.
Eso tampoco basta para justificar el haberle entregado los trescientos mil pesos.
Laura, el dinero no se lo entregué ni a un desconocido, ni al hombre que tú querías. El dinero se lo entregué a mi marido.
Nos casamos hace cuatro meses.
¡Lo hiciste caer en tus redes!
Lo salvé de ti;lo tenía que salvar de tu amor, lo tenía que salvar de tu esclavitud.
" Otra vez los recuerdos. Otra vez la tremenda tarea de recordar. Otra vez los parientes repartiéndose el pasado. Y siempre Laura Chaves enferma de éxito, de miedo, de soledad. . . Siempre todo de pronto. Siempre la derrota."
Entonces apareciste tú en escena. Nos habías olvidado de ti. Tú llegaste y dijiste con tu silencio: ¡Cuidado! ¡Yo amo a este hombre! No querías hablarlo ni discutirlo conmigo ni con nadie.
"Una mujer de dinero siempre interesa a un muchacho pobre. Por aquellos días tú lo llamabas constantemente a tu despacho. A veces los escuchaba reír."


"Sentí rabia por los dos. Era un negocio perfecto. Lo comprabas y él se vendía, sabiéndolo o ignorándolo, se vendía."
Berta, su prima es una "jefa" magnífica. Me ha propuesto un negoción. Es la mujer que yo necesito para llegar bien alto.
Trescientos mil pesos son fáciles de conseguir. No necesita pretender saber mucho para conseguirlos.
"Estaba herido. Mis palabras le dolían profundamente. Los celos no me dejaban pensar. Estaba enloquecida."
"Desde aquel día, Daniel trabajó encerrado en un completo silencio. Desde entonces fueron muchas las veces que lo trajiste en tu coche; que buscabas un pretexto cualquiera para dirigirlo personalmente en su tarea".
"Me costaba ir a la oficina. Casi todos los mediodías rehuía almorzar contigo. Me metía en cualquier bar y luego vagaba por las salas de exposiciones."
"Una tarde, en el Museo de Arte Decorativo, lo encontré. Los salones estaban vacíos. Nosotros dos solos atravesábamos aquel lujoso silencio frío".
Berta. Tengo que hablarle. Usted me comprendió siempre. Antes me comprendía.
Ahora también lo comprendo, Daniel.
Pero la veo triste; la sé triste y no quiero.
Precisamente por eso lo comprendo. Mi tristeza le tiene que estar diciendo que lo comprendo.
Desearía que usted no pensara mal de mí. La vida suele hacer las cosas de una forma distinta a como nosotros lo deseamos. Desde la semana que viene voy a tener nuevo horario.
-¿Un horario? ¿Y eso es todo? Lamentaré no verlo.
Usted entiende, Berta. Cambiaré de horario y de vida... y de todo.
"Guardé silencio. Temía preguntarle con quién. El se dio cuenta de ello y me evitó aquella humillación".
Pienso casarme con Laura.
"Quise huír. Necesitaba estar lejos de él. Pensé en salir sin mirarlo, sin denunciar mi terrible desesperación de amor, pero no pude".


¡Berta! ¡No te vayas! ¡Te necesito tanto...!
"Ya no pude librarme de él. Quería huir y en cambio me sentía cada vez más unida a él, más atrapada por su angustia, más vencida por ese gran amor que vivíamos".
"No podía responderle. Me besaba. Me besaba y llorábamos los dos".
¡Amor, amor mío, amor para siempre! ¡Amor... Perdóname...!
"Luego volvió a besarme. Fue un beso infinito: un beso que decía todas las palabras que no nos habíamos dicho desde el día en que nos conocimos".
¡Berta! ¡Berta!
"Salimos a la calle. Un mundo nuevo nos esperaba. Nos sentíamos distintos. Todo parecía comenzar. Nos costaba hablarnos".
¿Qué haremos ahora?
"Te quiero". Me dijiste "te quiero". ¡Qué bien me hace que me digas eso.
"Se quitó el saco y me lo puso sobre los hombros. En el aire nacía el otoño. El frío nacía de nuestro miedo a enfrentarte, Laura".
No sé. Te quiero. Eso es lo que importa...
"Quizá desde el primer momento, desde el primer día en que nos encontramos Daniel y yo, te diste cuenta de lo que había en nuestra mirada; de lo que terminaría por ocurrir de ese amor que no se podría vencer. Pero tenías la seguridad de que yo no sería capaz de enfrentarte, de sostener contigo un desafío".
Cariño, tienes los brazos y las manos heladas.
"Tenías tus armas. Poseías la fuerza del dinero y con ella querías acorralarnos. Recuerdo tus miradas de sorpresa cada vez que descubrías nuevos signos de ese sentimiento puro y simple que me unía."
Daniel trajo una muy buena idea para ofrecerle a la compañía de calefones a gas. Vamos a hacer una campaña en la ruta a Mar del Plata. Si las cosas salen como las planeamos, Daniel se ganará trescientos mil pesos.
"Lo entretuviste muchas semanas con la posibilidad de ese negocio que se hacía y que no se hacía".



"Lo sabías llevar a estados de profunda depresión y a otros de inusitada euforia. Jugabas diplomáticamente con las posibilidades de fracaso o de triunfo".
"Todo parecía favorecerte. Repentinamente, entramos en una mala racha. Llegaron noticias de San Pablo. La obra que había enviado Daniel a la Bienal de Arte Moderno, no figuraba entre los ganadores".
Me falta mucho. El cuadro todavía no estaba "cocinado". No voy a triunfar nunca; no voy a llegar a ser...
No digas esas cosas. Estás deprimido. Verás que todo cambiará. Estamos juntos y nos queremos. No te olvides de eso.
Tu amor me sostiene, cariño, pero necesito triunfar. No quiero que creas que no aprecio nuestro amor. Necesito ser sincero contigo, y esto es lo que siento.
Triunfarás. Pronto harás tu viaje a Europa. Yo presiento que vas a triunfar. Te amo mucho y mi amor me dice que se cumplirán tus sueños; todos tus sueños, tus mejores sueños...
¡Vida mía, perdóname! Soy egoísta.
No. Eres sincero. Dices lo que sientes. Los hombres tardan muchas veces en dejar de ser niños.
"Tampoco salió el negocio de los calefones. Pero eso estaba en tus planes, Laura. Viajaste a Chile. Ibas a ocuparte de promocionar la temporada turística en Viña del Mar. Tú fuiste con parte de nuestro equipo".
¿Se sabe algo de Laura y de la otra gente?
Sí. Las cosas andan regular.
"Mentía. En tus cartas me pedías que dispusiera todo para que Daniel viajara a reunirse con ustedes. Volvías a asegurarle una ganancia de más de trescientos mil pesos".
"Insistías una y otra vez en la necesidad de que Daniel se incorporara al equipo que estaba trabajando en Chile. Llegaste a anunciar un viaje relámpago con el propósito de acelerar algunos detalles del negocio que todavía habían quedado pendientes en Buenos Aires".
"Entonces me di cuenta de que debía actuar rápidamente. No podía dejar que Daniel cayera en tus manos; no podía dejar que le vencieras. Lo amaba. Lo amaba demasiado para permitir que se rindiera a ti".
"Aquella noche la había pedido que me llevara a cenar a "Rincón Rosado". Era un club nocturno de moda. Quería bailar con él; estar a solas con él en medio de esa pequeña multitud".
"Apoyé mi cabeza sobre su pecho y me harté de repetir mil veces aquellas dos palabras".
Te quiero, te quiero, te quiero...


Casémonos...
¿Qué...?
Que nos casemos cuanto antes.
¡Es una locura!
Amarte no es una locura. Estamos solos. Casémonos, Daniel. Te necesito y me necesitas.
¿Y Laura...?
Soy mayor de edad. Mi prima no tiene nada que hacer metida en mis decisiones. Soy responsable. Sé demasiado bien qué es lo que debo hacer.
No me parece bien casarnos así, de pronto, sin que ella lo sepa. No tenemos nada que ocultar, pero...
"Comprendí su temor. Se sentía demasiado pequeño. No necesitaba conocer tu consentimiento para llevar adelante cualquier empresa. Lo dominabas. Por eso te mentí".
Yo le escribiré. Mañana mismo comenzaremos a hacer los trámites para casarnos. No quiero esperar más. Unidos, la lucha será más fácil.
"Por supuesto que no te escribí dándote a conocer la buena nueva. Traté de suspender momentáneamente tu viaje diciéndote que Daniel viajaría a Viña del Mar antes de diez días".
"Nos casamos un día miércoles. Por la mañana civil e iglesia. Nos acompañaban unos pocos amigos; los menos posible para que la noticia no se difundiera demasiado, para que tú tardaras todo lo posible en saberlo".
"Pasamos inolvidables días de luna de miel en el Tigre. El otoño llenaba de soledad los largos riachos en que dividía el Paraná que parecían mojados por una lluvia marrón. Sólo los cipreses mantenían su verde negro, y los sauces su verde gris. Y en ese silencio estábamos nosotros dos, viviendo nuestra dicha".
Berta, ¿no habremos hecho una locura? ¿No será una locura todo esto?
Una magnífica locura, una preciosa locura, una divina locura, nuestra buena locura de amor...
¡Cariño! ¡Cariño! ¡Cuánto te necesito! ¡Cuánto!
"Regresamos a Buenos Aires. Comenzamos a enfrentarnos otra vez con nuestro miedo y con tu fantasma. Escribías. Escribías largas cartas reclamando la presencia de Daniel".
Daniel, Laura me ha girado parte de mi comisión por el negocio de Viña del Mar. Quiero que te vayas a Europa...


¿Has enloquecido repentinamente? ¿Cómo voy a dejarte. . . ?
No me dejarás nada más que por quince días. Yo viajaré tras de ti en seguida. Si continuamos quedándonos, no nos iremos más.
No puede ser, es un absurdo. Aceptar tu dinero, irme solo...
Mi dinero, no. Nuestro dinero. Yo también soñaba con ser pintora. Estoy harta de esta vida chata. Ayúdame a ser lo que quise ser...
"Le mentía. Transportaba a mí su problema. Necesitaba impulsarlo a que se realizara. Tenía que lograrlo. Me desesperaba la idea de no verle por mucho tiempo, pero me consolaba pensando en saberlo feliz en medio de su mundo querido".
"Repentinamente dejaste Viña del Mar y viniste a vernos. Durante casi cuatro meses logré contener tu viaje. Pero ya estabas de vuelta. Había que apurar el alejamiento de Daniel".
"Agoté todos los medios posibles para desencontrarlos. Retiré de la cuenta del negocio el dinero que faltaba para completar los trescientos mil pesos. Y Daniel se fue. . ."
"Laura esperó la llegada del corto silencio que rodeó a Berta cuando terminó de hablar. Se apoyó en él y trató de tomar fuerzas, de reconstruir esas fuerzas que poco a poco la iban agotando."
¿Cuándo te vas a reunir con Daniel?
No sé. Por ahora no. Falta mucho tiempo. Espero un niño. . .
¿Un hijo? ¿Vas a tener un hijo y lo dejaste ir?
Tenía que alejarlo por el miedo que le inspiras. Tarde o temprano ibas a saber lo de nuestra boda. Entonces callarías tu cariño, pero podías continuar haciéndole daño sin querer.
Laura Chaves calló. Descubría todo un mundo nuevo. Sentía frío. Abajo, en la calle, sonó la corta sirena de un coche policial.
Laura Chaves se sentía, de pronto, desposeída de todo su viejo orgullo. La habían derrotado. Ahora enfrentaría la verdad. Las mil verdades que esperaban para acusarle.



Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

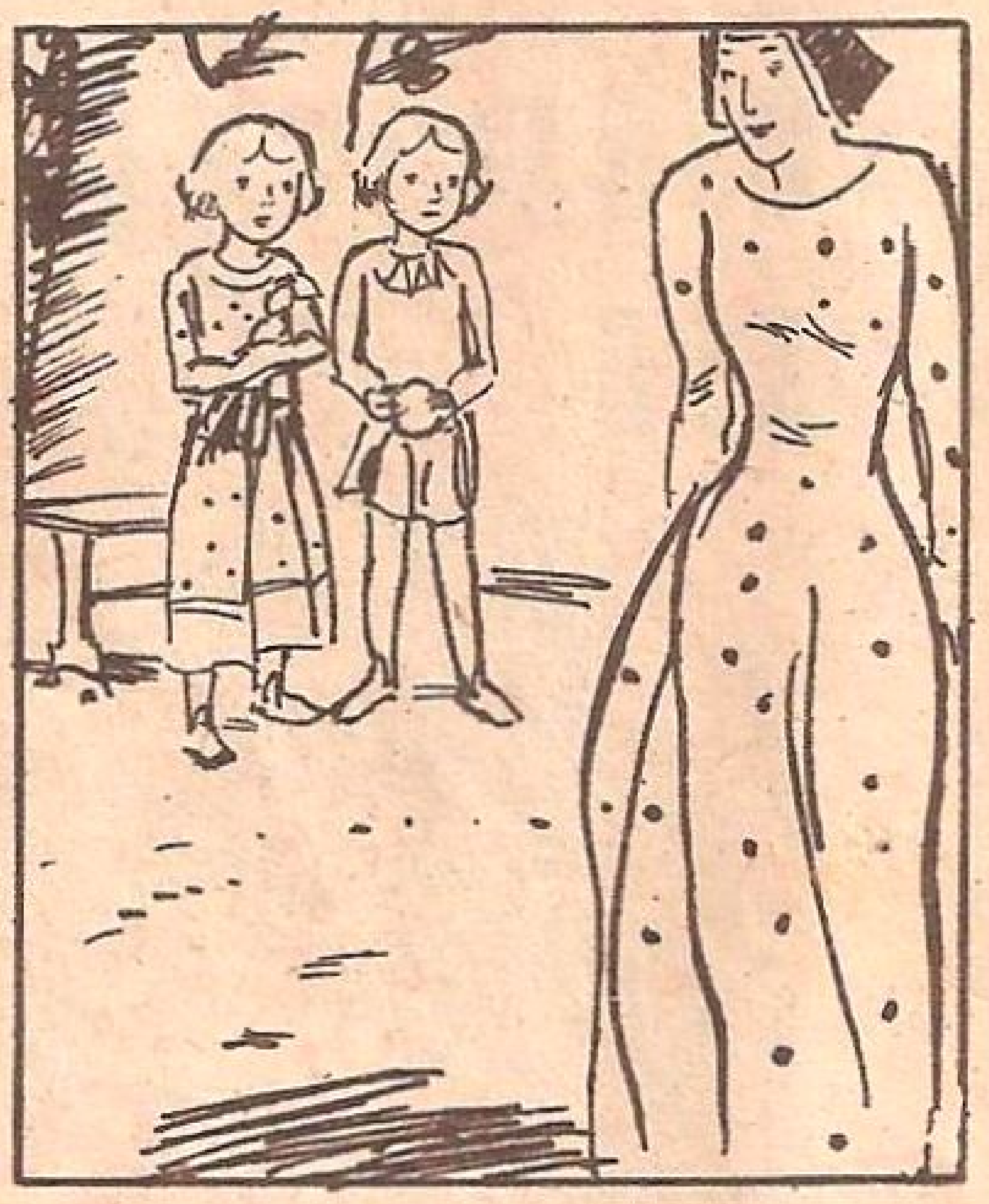
NOCHE DE REYES

Por CARLOS LAMB

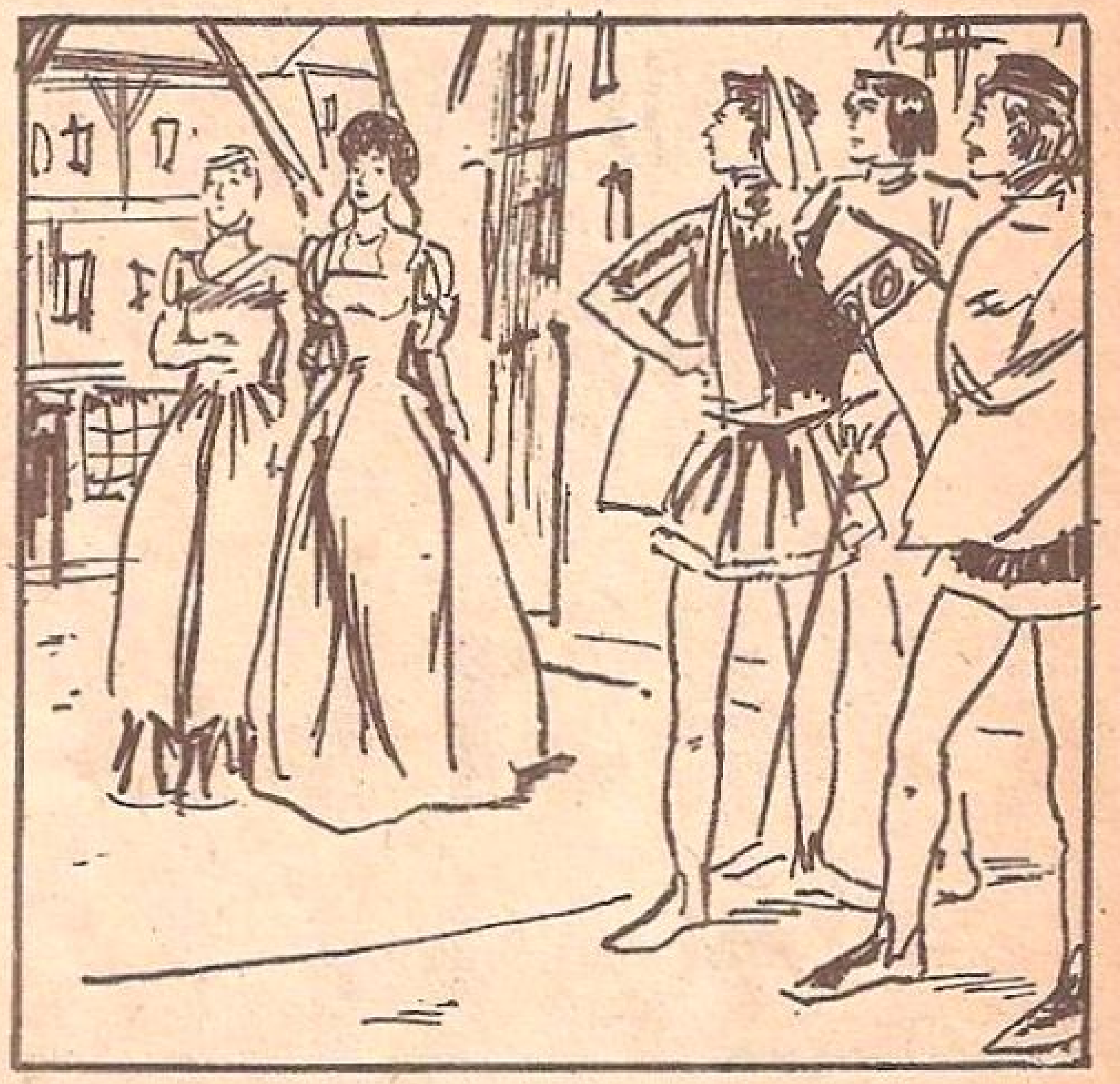
ADAPTACIÓN . DIBUJOS DE J. PÉREZ DEL CASTILLO

Shakespeare estrenó su comedia **Noche de Reyes** (según se supone) el seis de enero de 1601, circunstancia que habría dado origen al título. Los críticos afirman que el dramaturgo tomó el argumento de varias narraciones populares en Italia, entre ellas los entonces difundidos **Cuentos** de Bandello. Tras siglos de merecida fama, la hermosa comedia de Shakespeare volvió, por así decirlo, a su prístina forma novelesca en una reelaboración del gran escritor inglés Carlos Lamb, quien la incluyó en sus **Relatos inspirados en el teatro de Shakespeare.**

Sebastián y Violeta, hijos de unos ricos y nobles señores de Mesalina, eran hermanos gemelos, y tan parecidos, que, desde niños, sólo era posible distinguirlos porque uno llevaba traje de varón y la otra, de mujer.



Ese parecido se acentuó con la edad. A los dieciocho años, Violeta era una hermosa joven, por quien suspiraban los más gallardos y ricos pretendientes de la ciudad, sin que ella se diese por enterada.





A los dieciocho años era también Sebastián un hermoso mancebo, con quien soñaban las más lindas y altivas herederas de Mesalina.



Hacia este tiempo perdieron los dos jóvenes a sus padres. Siguiendo los impulsos románticos de sus corazones, Violeta y su hermano emprendieron un viaje por mar. Al llegar a las...



...costas de Iliria, el barco en que navegaban se estrelló contra una roca, y pocos escaparon con vida del naufragio. El capitán de la nave y algunos marineros se salvaron en un bote, y con ellos se salvó también Violeta, a quien recogieron cuando ya se hundía, aferrada a un trozo de madera.



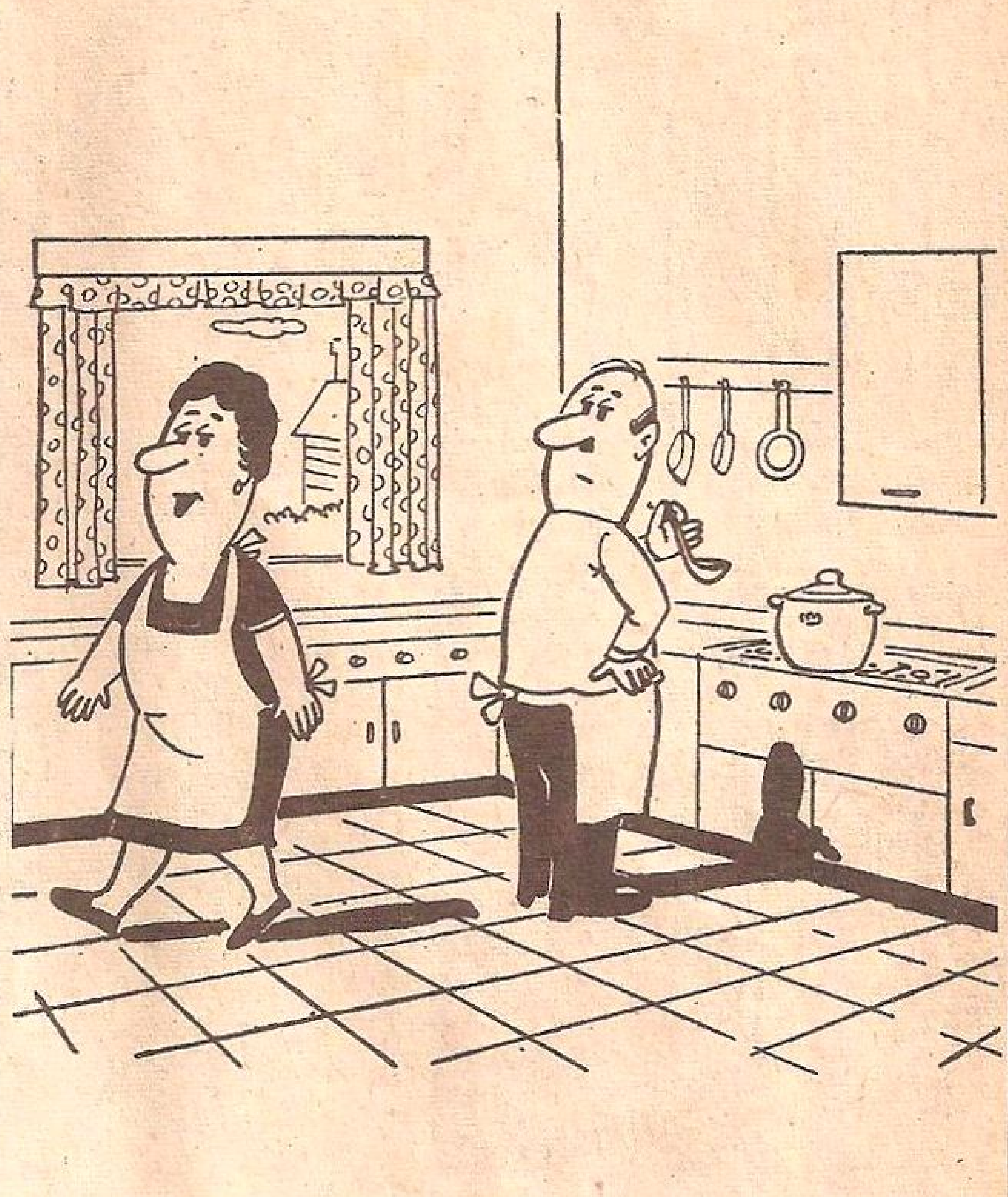



—Bien pudo salvarse... Y, si os consuela lo improbable, sabed que, a poco de estrellarse nuestra nave, vi a mi señor Sebastián atarse a un recio palo que flotaba sobre el airado mar.
—Por esa nueva toma este oro que se ha salvado unido a mi cintura... Dime: ¿conoces la tierra que se extiende más allá de esas costas?
Muy bien la conozco, señorita, pues apenas distará de aquí tres leguas el pueblo en que nací y me crié.
¿Quién manda en este país?
Un Duque, señorita, tan noble de estirpe como de corazón. El Duque de Orsino.
¿El Duque de Orsino? Me alegro, pues muchas veces oí a mi padre hablar de su bondad de gobernante... Era soltero entonces.
Tal sigue aún, o, mejor dicho, era soltero hasta hace un mes, cuando yo partí de viaje, a vuestra patria... Se afirmaba entonces que Orsino estaba locamente enamorado de la bella Olivia.
Y ¿quién es ella?
Es una hermosa joven, hija de un Conde que murió hace un año.
El padre la dejó al cuidado de un hijo suyo, hermano mayor de Olivia, el que también ha muerto. Y dicen que, por amor a su hermano, ella se ha retirado de la vida social y rechaza toda conversación con los hombres.
Violeta, que lloraba la pérdida de su hermano, comprendió y admiró los sentimientos de aquella otra mujer que lloraba al suyo y respetaba tan virtuosa y recatadamente su recuerdo, y deseó conocer a Olivia. El capitán trató de disuadirla de su ocurrencia, pues estaba seguro de que Olivia no querría recibirla.
¿Por qué lo aseguráis?
Porque ni siquiera al Duque de Orsino ha querido recibir.
Pues a mí me recibirá... Algún medio encontraré para salir con mi propósito.
Llegados a la ciudad donde el Duque de Orsino tenía su corte, lo primero que hizo Violeta fué vestirse con un sencillo vestido de aldeana y presentarse en el palacio de Olivia, donde se ofreció como criada.
Decid a vuestra ama que deseo servirla.
Mi ama tiene toda la servidumbre que necesita, de modo que podéis retiraros.
Volvió la joven, defraudada, a la hostería donde se hospedaba, y no tardó en formar otro proyecto, que fué el de vestirse de hombre e ir a servir al Duque de Orsino. No sólo este propósito la impulsó a vestir el traje de varón, sino también el pensamiento de que, disfrazada con él, no se expondría a los peligros que acechan en la corte a una muchacha bonita. Confió sus planes al capitán Julio, quien proporcionó a Violeta los vestidos necesarios. Cuando ésta...

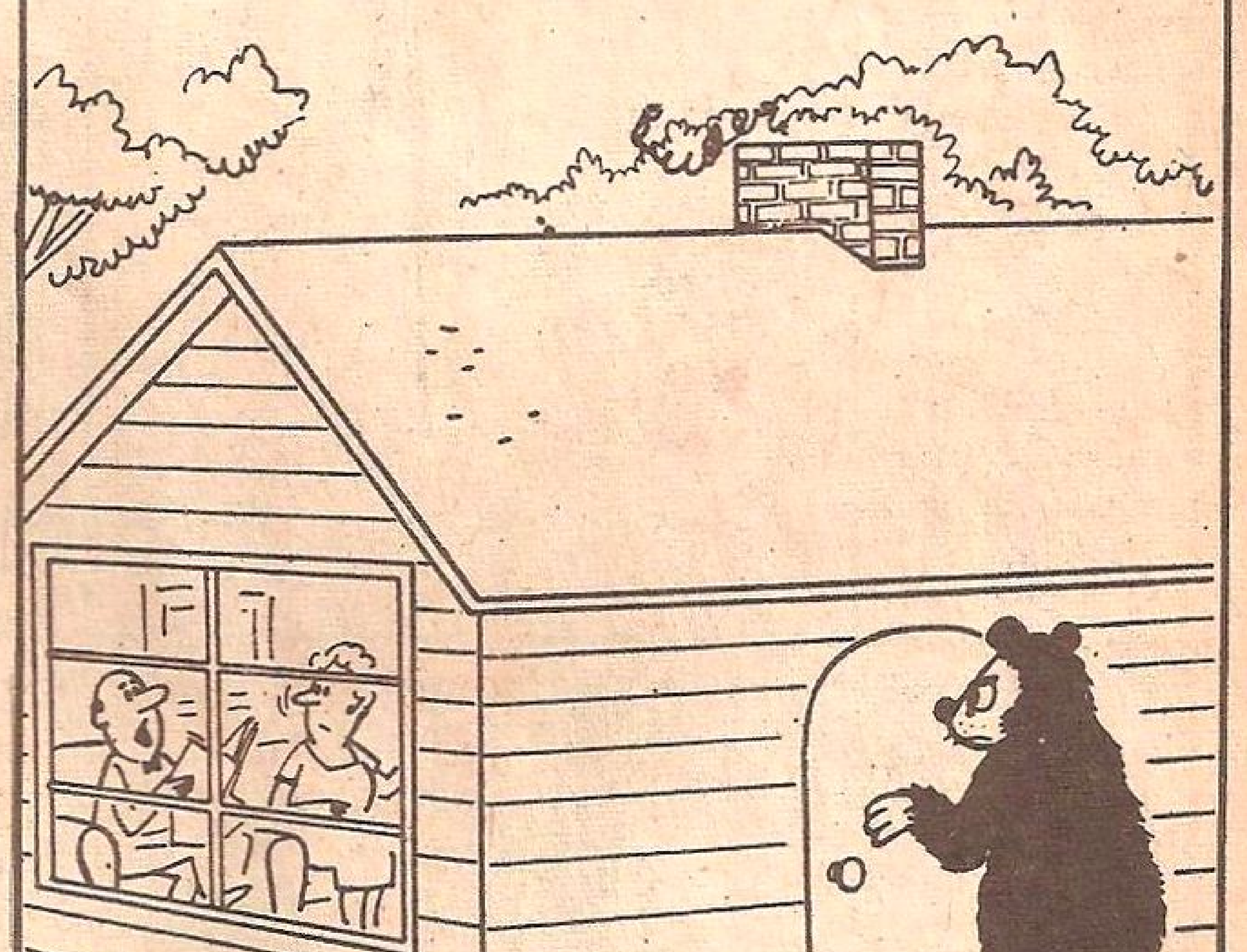

. . . se los puso, el marino exclamó, admirado: —¡Por Dios, que, viéndoos así, sois Sebastián en persona!
¿Tanto me parezco a él?
Nadie que a vos y a vuestro hermano conozca descubriría el engaño. No dirá, no, que sois la dulce y femenina Violeta, sino el gallardo y varonil Sebastián.
No olvidéis que mi nombre, desde este momento, es Cesario y que habéis prometido hacerme presentar al Duque de Orsino.
Bien, Cesario; acompañadme.
Llevado el supuesto Cesario ante el Duque de Orsino, quedó éste muy complacido por la gracia y finos modales de aquel hermoso joven, y accedió a tomarlo como paje.
Tan bien cumplió sus deberes, y tanta fidelidad y cariño demostró el nuevo paje a su señor, que pronto éste lo hizo su servidor favorito.
Señor, os noto triste y apesadumbrado. . . ¿Necesitáis que llame al bufón para que os entretenga?
No, Cesario, no. ¿Crees, acaso, que mi pena es tan liviana que pueda esfumarse con las bufonadas de un estúpido?
¿Quizá vuestro sabio médico pueda daros algún calmante?
¡Eres torpe, muchacho! ¿Qué médico supo alguna vez dar remedios que curen los males del amor?
¿De modo que padecéis de amor, Alteza? Pronto el dolor de las heridas de Cupido se tornará en placer, porque ¿quién habrá que no corresponda a vuestra pasión?
¡Ah, cuán simple eres, Cesario! Hay, sí, quien desdeña mi amor y hasta me niega el consuelo de verla: ¡Olivia! ¡La divina, la maravillosa, la insensible, la ingrata Olivia! Te contaré.
Y a Cesario, es decir, a Violeta, contó el Duque toda la historia de sus amores con la hermosa y esquiva dama. Hablóle de sus largos e inútiles cortejos, de su despecho, de la pasión que ardía en su corazón. Por amor a Olivia, el noble Orsino había dejado la caza y. . .
. . .todos los ejercicios varoniles, y pasaba el tiempo en ocio y tristeza, desdeñando el trato y la compañía de los señores nobles y sabios.
Gran alivio tuvo el Duque al encontrar un paje educado y comprensivo, que escuchaba sus confidencias y sabía atenuar sus cuitas con sensatas palabras. Mas le ocurrió al paje algo que no esperaba, pues el corazón de la dulce y tierna Violeta, que se escondía bajo el traje del paje Cesario, se enamoró del Duque de Orsino, y todos los tormentos que éste sufría por Olivia, los sufría aquélla por el Duque. Un día, Violeta se atrevió a decir a su señor que era una lástima que amase a una dama tan ciega para sus altas cualidades, y añadió:



SONRISITAS



-Voy a llamar por teléfono a una amiga, Jorge. No te olvides de añadir un poco de agua a la olla cada veinte minutos.



-Abre la puerta, mujer. Me pareció oír la voz de tu madre.



. . .a comunicar al Duque el resultado de una misión que éste le había encomendado.
¿Lograste verla, Valentín?
No, señor; no pude entrevistarme con la señora Olivia, y recibí por su doncella esta respuesta: "Hasta después de siete años, ni el cielo verá mi rostro, pues andaré velada, regando mi aposento con las lágrimas en memoria de mi hermano difunto."
—¡Oh! —exclamó el Duque—. La que tiene tan dulce y leal corazón para pagar esa deuda de amor a su hermano muerto, ¡cómo sabrá amar cuando el dardo de oro la hiera! Y agregó, apenas se hubo retirado el caballero: —¡Ah, Cesario, tú, que conoces los secretos de mi pecho, dime qué puedo hacer para vencer su indiferencia!
Insistid, señor. Siendo tan tenue, una gota de agua termina por horadar la dura piedra.
Tienes razón, Cesario. Ve, ve tú ahora mismo a casa de Olivia, y no cejes hasta lograr verla.
Y, si puedo verla, señor, ¿qué haré?
—Entonces —replicó apasionadamente Orsino— despliega ante ella mi grande amor en las alas de tu elocuencia. Dile cuánto y cómo la amo; cuéntale las desgracias que sufre mi corazón. Violeta se retiró a su cuarto.
Destrozábale el alma el pensamiento de que tenía que ir a convencer a una dama para que se casase con su propio amado. Pero, habiendo aceptado el encargo, como suele decirse, se dispuso a cumplir con honor y fidelidad.
Pronto supo Olivia que había en la puerta un caballero —pues Violeta (o sea Cesario) se hizo pasar por un joven cortesano.
—¿Le dijiste a ese caballero, como te ordené, que estoy enferma?
—Sí, señorita; pero me respondió que se quedará plantado en la puerta hasta que sanéis, aunque sus pies echen raíces en el suelo como un árbol.
¡Atrevido y tenaz es!... ¡Ea! Ve y dile derechamente que no quiero recibirlo.
La doncella fué, y volvió con una respuesta tan ingeniosa, que Olivia sintió curiosidad por saber quién era aquel astuto representante del Duque, porque, sin duda, era Orsino quien lo mandaba. Violeta, al entrar, adoptó el aire más varonil que pudo. . .
. . .y dijo a Olivia, quien la recibió cubierta con un obscuro velo:
Radiante, exquisita, incomparable beldad, a vuestros pies me postro.
¿Cómo os llamáis?
Cesario es el nombre de vuestro siervo, princesa encantadora.


¿Mi siervo decís, caballero? Siervo sois del Duque de Orsino y no mío.
Es verdad, hermosísima señora; pero, como el Duque de Orsino es vuestro, vuestro también soy yo...
Nunca en mi presencia volváis a nombrar al Duque, porque para él mi corazón será siempre una página en blanco. Os lo digo a vos, y guardadme el secreto, que, en parte, mi decisión de encerrarme en mi palacio como en un claustro se debe al deseo de ampararme de las solicitudes amorosas de vuestro señor.
Y ¿ si yo le contara a él lo que vuestra lengua indiscreta acaba de descubrir?...
No lo haréis, lo sé, porque el solo veros me ha dicho que sois hombre de honor.


Tan buena impresión me habéis causado, que si otra merced tuvierais que pedirme, os la concedería con mucho gusto.
Os tomo la palabra, señora. La merced que os solicito es que me dejéis ver vuestro rostro.
No se ofendió Olivia por este atrevimiento del joven cortesano, porque la altiva y desdeñosa beldad, a quien el Duque pretendía en vano, se había enamorado a primera vista del presunto Cesario. No obstante, fingió indiferencia. —¿Para qué queréis verme el rostro? ¿Venís, acaso, de parte de vuestro señor para negociar con mi cara? Violeta, habiendo oído alabar tanto la belleza y la virtud de Olivia, y curiosa, como toda mujer, se moría por admirarla descubierta.
No es por mandato del Duque...


...por lo que quiero contemplar vuestro divino rostro, sino por deseo de mi corazón. Me siento ante vos como un amante de la pintura que está delante de un famoso cuadro al que cubre un lienzo.
Pues descorro el lienzo para que vuestros ojos se solacen. ¿Qué decís?

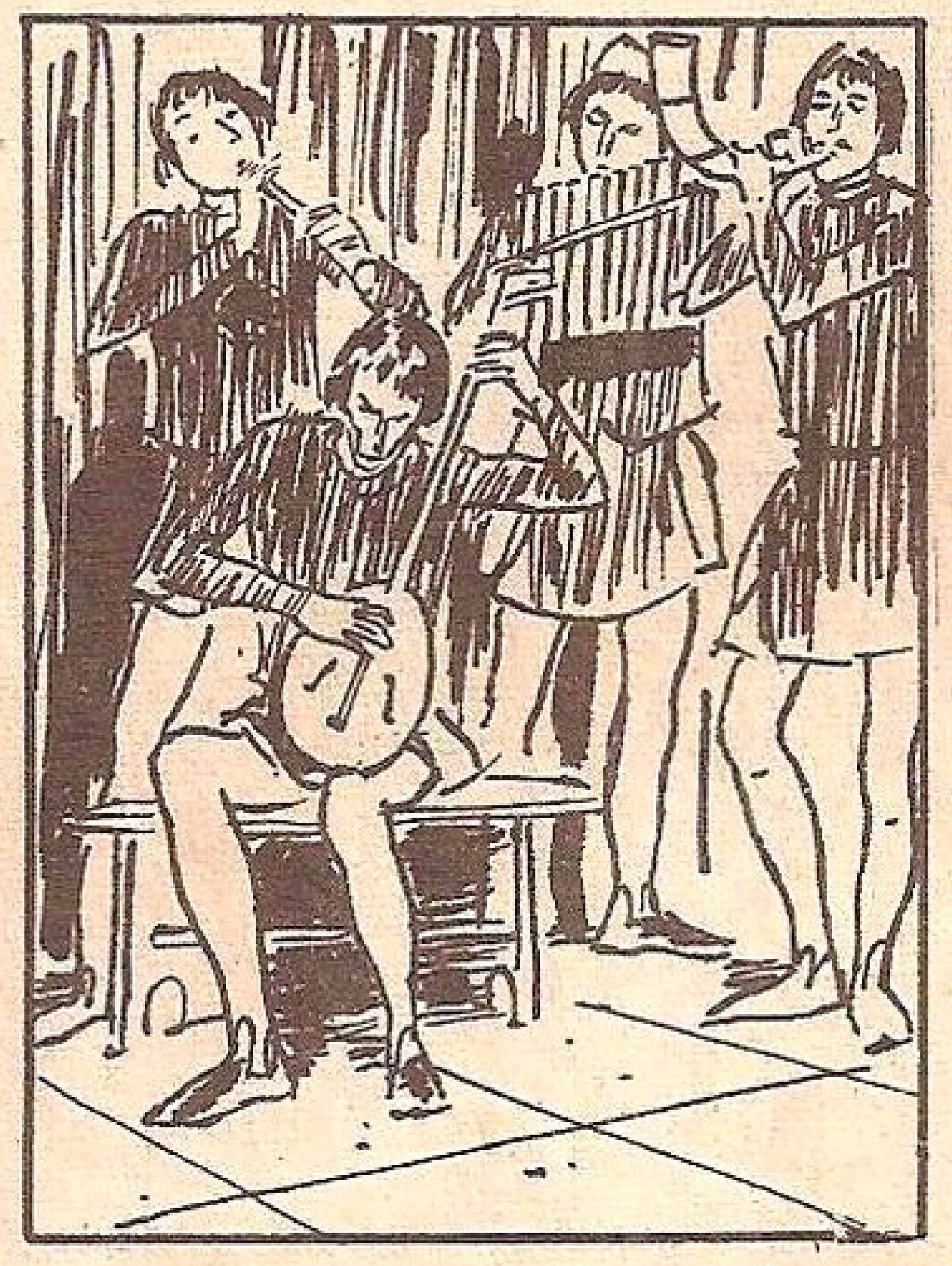

Que sois la mismísima personificación de la hermosura. Vuestros ojos, vuestros labios, vuestras mejillas, vuestro cuello, son divinos. Ahora me explico por qué el Duque de Orsino os ama con loca pasión. No creo que haya hombre que, viéndoos como yo os veo ahora, no os ame con un amor más fuerte que la muerte.
Pues vos me habéis visto... ¿Me amáis, entonces, con ese amor que decís?

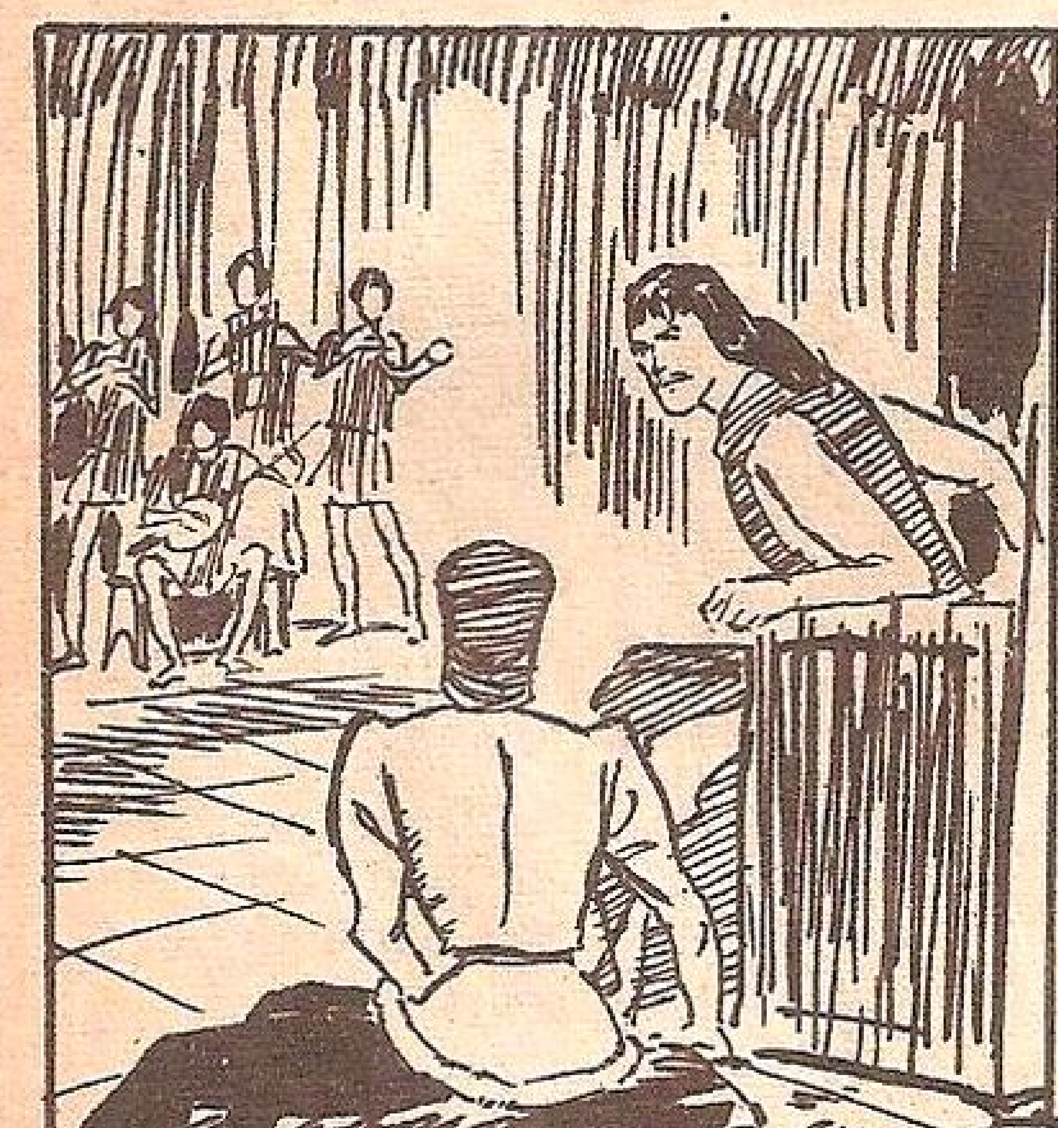

Señora, mal mensajero de mi señor sería yo si respondiera a vuestra pregunta. A él le debo respeto y fidelidad, y lo que he de deciros es que él os ama, y que el Duque de Orsino es digno de que lo améis vos, aunque fueseis coronada como reina de todas las mujeres hermosas. Orsino os quiere con adoración y con lágrimas.
—Vuestro señor ya conoce mi pensamiento —replicó Olivia—. Ya os dije que no puedo amarlo, aunque sé que es virtuoso, noble, riquísimo y de una juventud fresca y sin mancha, además de sabio y valiente.
Si yo os amase como mi señor, me instalaría a vuestras puertas, y mi voz sería canto y llanto a la vez, porque ambas cosas se han de sentir amándoos sin ser correspondido.
Gritaría vuestro nombre y escribiría sonetos de amor quejándome de la indiferencia de Olivia, y los cantaría para que subiesen al cielo desde el corazón de la noche, y no abandonaría la puerta de vuestro palacio hasta que no os compadecieseis de mí.
Vuestra elocuencia me dice que no sois un vulgar cortesano. ¿De qué familia sois?
De familia más alta que mi fortuna. Pero mi fortuna es hoy grande, puesto que he tenido la suerte de conoceros.
Olivia estaba hechizada por la gracia y galanura del supuesto cortesano Cesario. Hubiese querido prolongar la entrevista, pero éste se despidió.
¿Qué debo decir a mi señor?
Que no puedo amarlo y que no pierda el tiempo enviándome recados... A no ser que volváis vos a traerlos.
Partió Violeta sin dar respuesta a las últimas palabras de la bella Olivia. Esta, al quedar sola, repetíase: "De familia más alta que mi fortuna", y tales palabras de Cesario le resultaban enigmáticas. ¿Qué había querido decirle? Y luego, Olivia deseaba que Cesario fuese el Duque, y, notando que estaba enamorada de él, reprendíase a sí misma por tan repentino e inesperado amor. Pero estas...
...íntimas reprensiones se desvanecieron pronto, y Olivia, olvidando que ni siquiera sabía quién era el hombre a quien amaba, y dejando de lado el rango que, indudablemente, la separaba de él, resolvió ganarse el amor de Cesario, y mandó tras de él a un criado.
El presunto Cesario volvió sobre sus pasos.
¿Qué deseáis, altísima señora? De nuevo me postro a vuestros pies.
Llevaos esta joya: es mi retrato. No lo rehuséis, que os dará suerte. Os ruego que volváis a verme mañana. Pedidme ahora lo que queráis, que yo no lo os negaré, no siendo menoscabo de mi honor.
Os pido vuestra alma para el Duque.
Olivia le respondió que no podía dar al Duque lo que ya había dado al Cesario. La franqueza con que Olivia le declaró su pasión, a la que no podía corresponder, primero, por ser mujer, y, segundo, porque había prometido lealtad al Conde, desconcertó a Violeta, quien se marchó llevándose el anillo. Ya en camino, Violeta decíase: "¡Ay! ¡Pobre señora! ¡Tanto le valdría amar a un sueño! ¡Mala cosa es el disfraz, puesto que hace suspirar a Olivia por mí!"



Violeta llegó al palacio ducal y contó a Orsino el mal éxito de su comisión, y le repitió las palabras con que Olivia rechazó el amor del Duque. Mas éste no perdió la esperanza, y mandó a Cesario que volviese al día siguiente.

Entretanto, ordenó Orsino a sus músicos que tocaran una vieja canción de amor. Al oírle, los ojos de Violeta se humedecieron, y su rostro expresó involuntariamente el hondo sentimiento que el canto le despertaba.





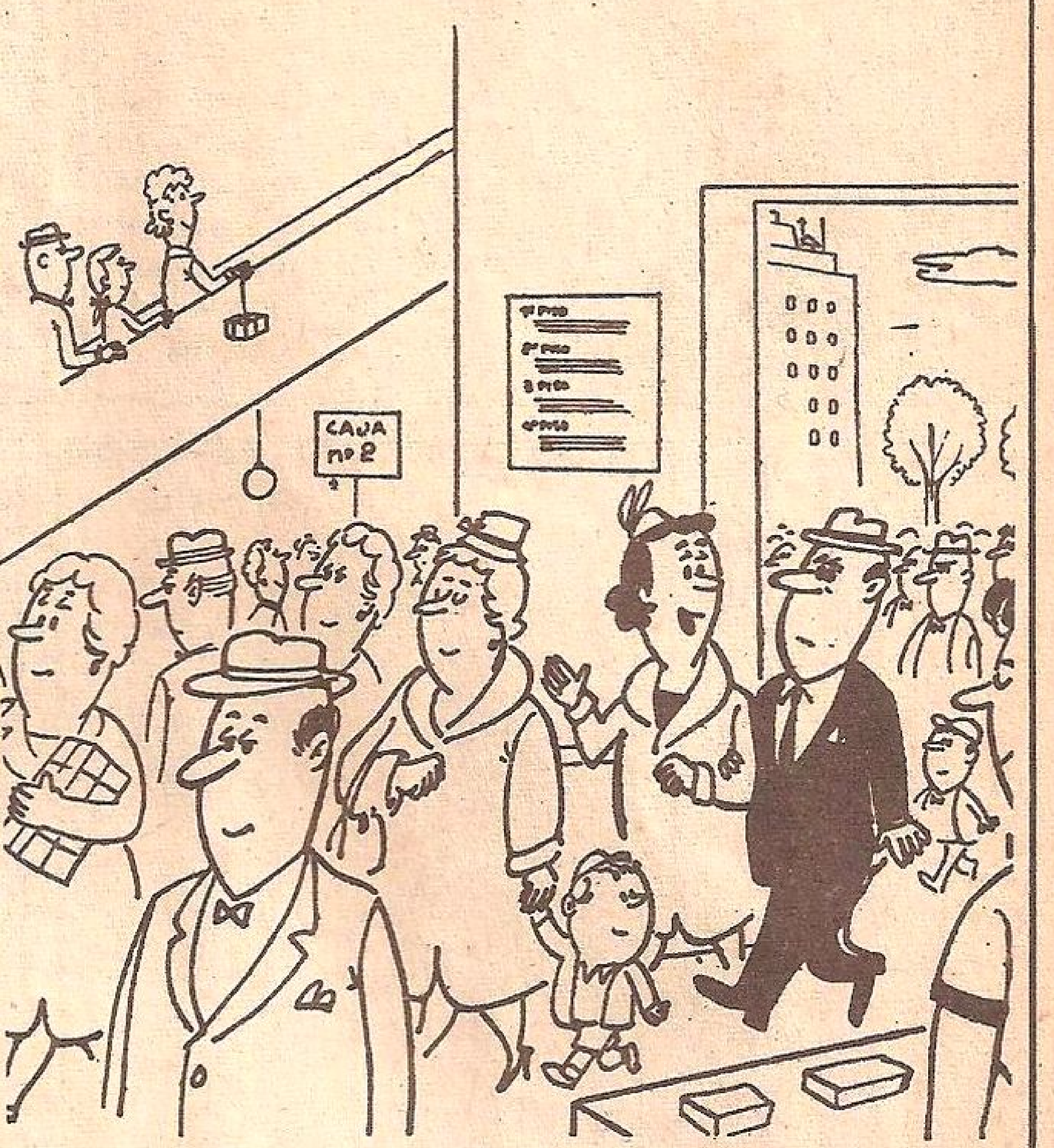
Lo notó Orsino y le preguntó: —¿Qué te pasa, mi buen Cesario, que te ha hecho llorar esta vieja canción de amor? ¿Estás enamorado, por ventura? —Sí, Alteza; me he enamorado —respondió Violeta.



He querido significar que el objeto de mi amor se parece tanto a vos, señor, que muchos podrían confundiros y creer que mi amado y Su Señoría son la misma persona.



AHORA RIASE



-Por si acaso nos perdemos en la tienda, dame tu billetera, querido.



-Señora, por favor, ¿ quiere callarse?

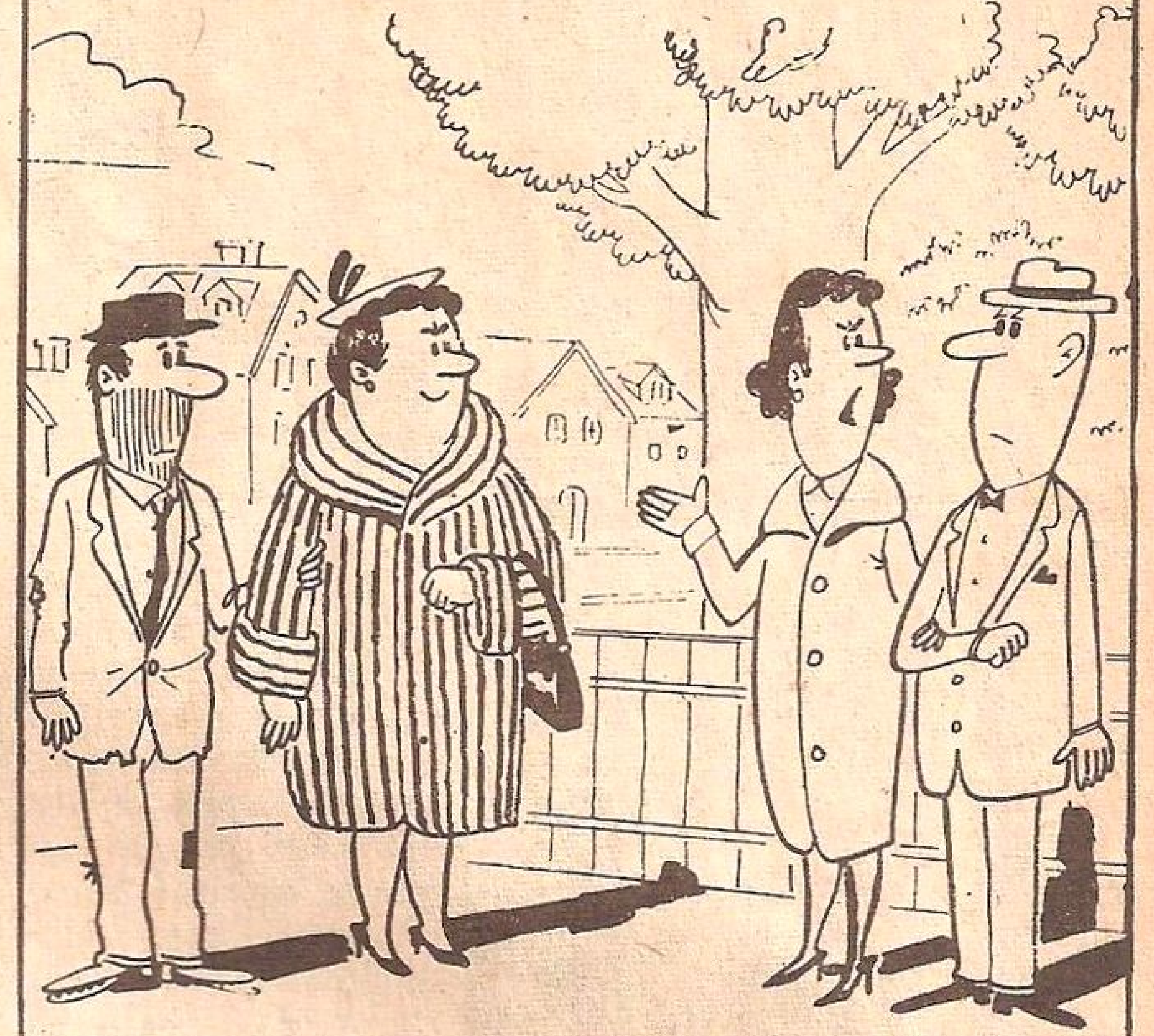

Al Duque le parecieron atrevidas las palabras del paje, pero, como era vanidoso, el hecho de que su gallardo paje amara a una persona de su edad y figura lo hizo sonreír, y, en vez de reprender a Cesario —pues ignoraba que éste era mujer, y se había referido a Orsino y no a una mujer que se le pareciese—, lo felicitó y le prometió darle mejor empleo si se casaba.
Sabed que, si me caso con quien amo, mejor empleo tendré que el que vos podríais darme.
De nuevo no te entiendo, Cesario. Muy enamorado debes de estar, cuando te has puesto tan enigmático... Mas no me des explicaciones, y prepárate para ir mañana, como hemos convenido, al palacio de mi señora Olivia, la dulce dueña de mis pensamientos.
Bien, señor.
Cuando el presunto caballero Cesario hizo la segunda visita a Olivia, ya no halló dificultad en verla, pues, apenas se anunció, los criados abrieron la puerta de par en par, y Cesario fué conducido con todos los respetos a presencia de la dueña de casa.
Cuando Violeta dijo a ésta que volvía para interceder otra vez por el Duque, respondió Olivia:
Desearía que no me mencionaseis más al Duque. Si me hablaseis de otro amor, os escucharía con el gusto con que se oye una encantadora música.
—Señora —contestó Violeta—, no sé qué queréis decirme... Olivia, al ver el disgusto y la vacilación que se reflejaban en el rostro del caballero, le habló así: —¡Oh, qué hermosos parecen el desdén y el orgullo en vuestros labios! Cesario, por las rosas de la primavera, por mi honor...
...de doncella, por la misma verdad, oíd lo que arde por salir de mi pecho; oídme: os quiero tanto, que, a despecho de mi orgullo, no puedo disimular ni callar mi pasión.
Proseguía Olivia su confesión, pero Violeta no le oyó por mucho tiempo, ya que escapó como alma que huye del diablo, y se prometió no volver, ni siquiera por amor al Duque de Orsino. Toda la respuesta que dió a las súplicas de Olivia fué: "Nunca amaré a una mujer."
Al salir Violeta de la casa de la noble dama, topó con una aventura superior a su valentía. Un caballero de alta alcurnia, pretendiente rechazado por Olivia, enterado de que ella favorecía con su amor a Cesario, retó a éste a mortal combate.
Eres un simple paje y te haces pasar por caballero. Pues como caballero me responderás con las armas.
¿Qué había de hacer la pobre Violeta, quien, si bien parecía hombre, era mujer, y temblaba de sólo ver la espada que desenvainó su rival? Pensó que lo mejor era confesar su verdadero sexo. Se disponía a hacerlo, cuando...


...se vió libre, inopinadamente, de su terror y de aquella vergonzosa confesión, porque un forastero se acercó a ellos y, como si Cesario hubiera sido antiguo amigo, dijo al caballero que empuñaba la espada:
Deteneos, señor. Si este joven es culpable, yo tomo su responsabilidad; y si vos lo tocáis, conmigo empeñaréis combate.
Antes que Violeta pudiese darle las gracias o preguntar por el motivo de su protección, el forastero encontró enemigo con quien de nada sirve el valor: eran unos oficiales de la justicia, que lo detuvieron, en...
...nombre de la ley, por faltas cometidas en otro tiempo. El forastero gritó al presunto caballero Cesario:
Este es el resultado de ir en tu busca. Ahora la necesidad me obliga a pedirte mi bolsa.
¿Qué bolsa?
Bien sabes a qué bolsa me refiero. No te hagas el desentendido...! Devolvedme mi bolsa, que quizá con ella pueda comprar mi libertad.
Violeta estaba perpleja. Dijo al forastero que no tenía el gusto de conocerlo y que no había recibido de él bolsa alguna; pero que, en justa retribución al favor recibido, le ofrecía una pequeña cantidad de dinero que llevaba. El forastero se enfureció súbitamente y acusó a Cesario de ingrato y ladrón.
Escuchadme, señores de la justicia: yo saqué a este joven de las fauces de la muerte, y por él vine a Iliria y he caído en este peligro... Justo es que...
—¡Ea! ¡Marchemos! —le replicó un oficial de la justicia. Lo que tú tengas personalmente con ese caballero no nos interesa. Se lo llevaron, y el prisionero, volviéndose, gritó a Violeta: —¡Ya te las verás algún día conmigo, Sebastián! ¡Jamás pensé que fueras capaz de una bribonada como ésta! Cuando Violeta se...
...sintió llamar Sebastián, aunque no pudo pedir explicaciones al prisionero, conjeturó que tal misterio se explicaría por una confusión con su hermano, y tuvo esperanza de que éste viviese, ya que el forastero había dicho: "Yo saqué a este joven de las fauces de la muerte."
Así era, en verdad. El forastero, llamado Antonio, era capitán de un barco, y había recogido a Sebastián después de aquel naufragio en el que el capitán Julio salvó a Violeta...


Antonio trabó tal amistad con Sebastián, que resolvió acompañarlo adondequiera que fuese, y, cuando el joven resolvió visitar la corte de Orsino, Antonio fué también a Iliria, aunque con peligro de la vida, por...
...haber herido en un combate naval a un sobrino del Duque. Dicho sobrino era quien, habiéndolo visto, acababa de hacerlo detener por unos oficiales de la justicia.
Antonio y Sebastián habían desembarcado pocas horas antes del encuentro con Violeta. El capitán dió su bolsa al joven para que éste se comprara lo que quisiera en la ciudad, y...
...quedaron en que luego se encontrarían en la posada.
Violeta, una vez que los oficiales de la justicia se llevaron al forastero que había intentado protegerla, temió otra invitación a la lucha del despechado pretendiente de Olivia, y escurrióse a todo correr hacia el palacio de Orsino.
¡Eh! ¡Huyes, cobarde!
El caballero corrió un trecho tras de su prófugo rival, dando gritos amenazantes. Mas, de pronto, se paró en seco y desenvainó de nuevo la espada.
Veo que mis amenazas os hicieron entrar en razón, y volvéis.
Esta es la primera vez que os veo, señor, y no entiendo lo que me decís.
¿No entendéis?
Pues este golpe os hará recordar que os desafié hace unos minutos, ya que parece que lo habéis olvidado.
Ambos caballeros estaban en lo cierto, pues ocurría que aquel joven que acababa de recibir un golpe no era el paje de Orsino, sino Sebastián,
Sebastián, que era un valiente, apenas recibió el golpe sacó su espada y se lanzó resueltamente sobre aquel inesperado enemigo que le había salido al paso.
No sé por qué me atacáis, pero, sea por lo que fuere, os devolveré golpe por golpe.



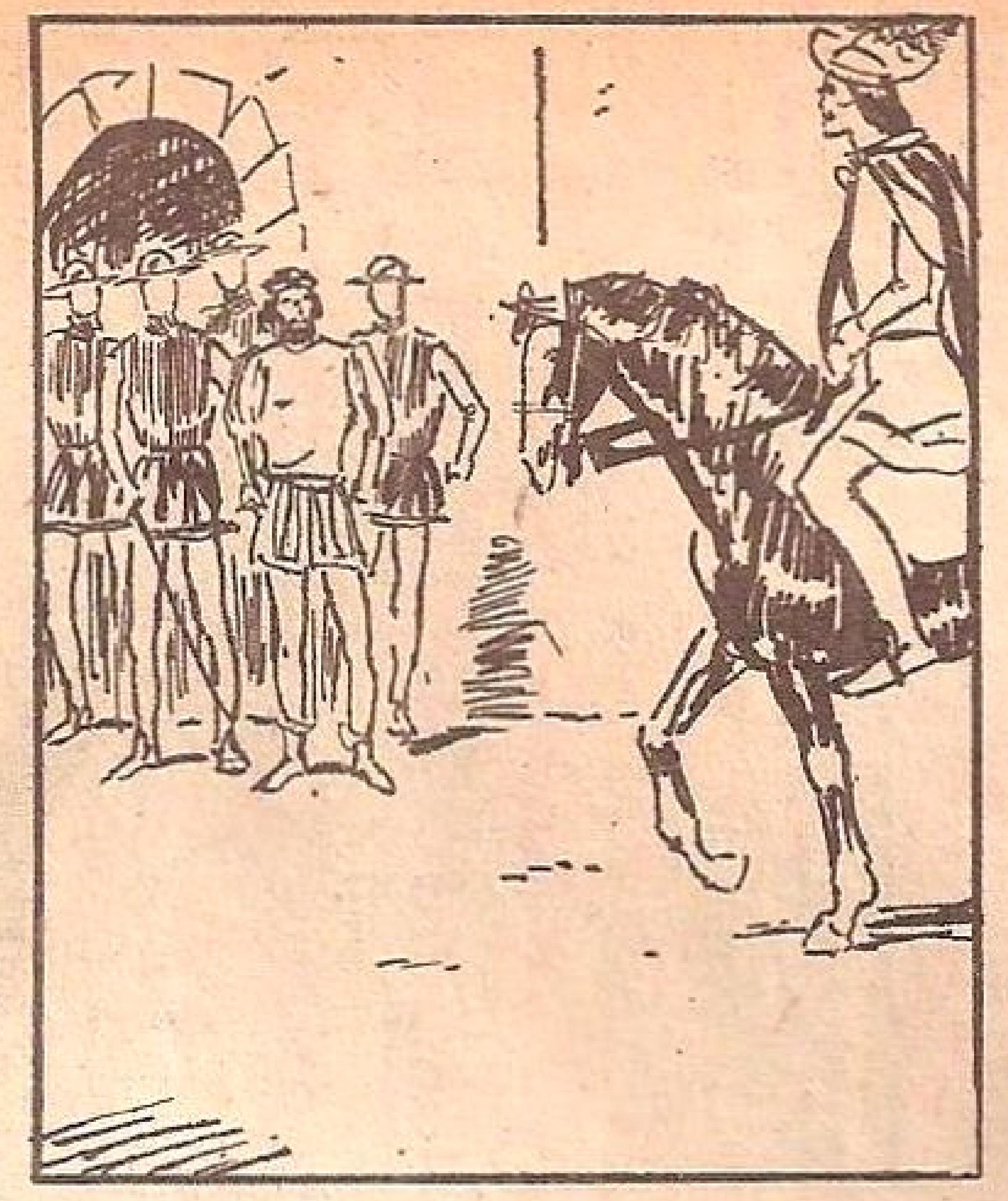
RINCON ALEGRE

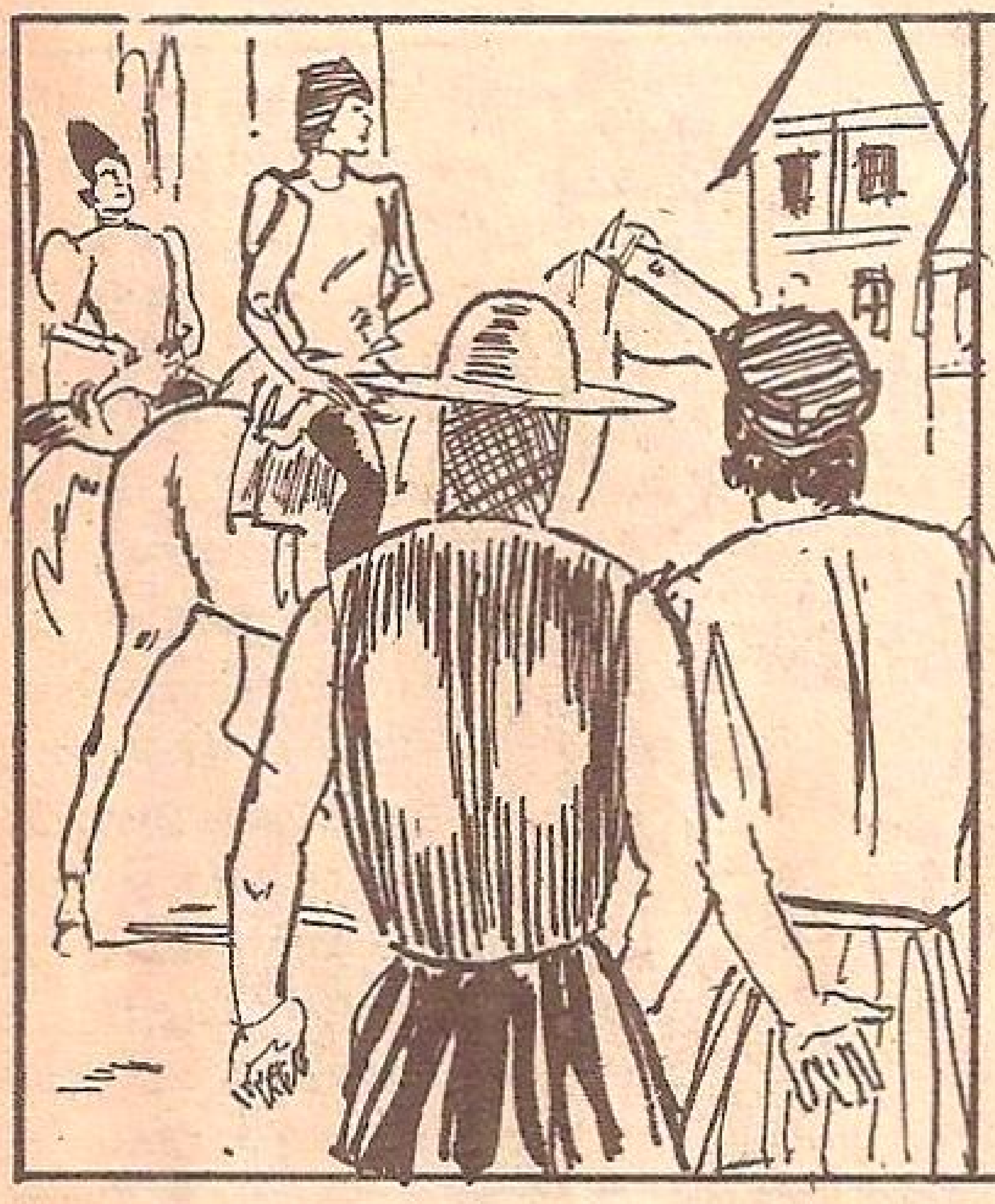


-Mira. Tiene el mismo sueldo que tú y ha podido comprarle un abrigo de pieles a su esposa.


Lo que le resultaba insólito eran las frases amorosas que le dirigía aquélla, y creyó que estaba loca.
Me miráis de un modo extraño a h o r a. ¿Os he inspirado miedo repentinamente, o habéis descubierto algo en mí que os aterroriza?
Sebastián r e s p o n dió evasivamente. Observó, y notó que la bella dama vivía en un buen palacio, que todo en él estaba puesto y adornado con gusto y discreción, y que en todo, menos en aquel a m o r fulminante hacia él, parecía muy juiciosa y razonable. Mas, como era el joven de espíritu romántico y aventurero, dejó de lado la explicación de la conducta de Olivia y se...
...p u s o a cortejarla. Correspondió a las frases galantes con frases galantes, y al amor, con el amor. Pero el travieso dios Cupido le jugó una mala pasada (que en este caso fué buena) a Sebastián, pues lo hirió con sus agudas flechas, y el guapo y hasta entonces esquivo mancebo terminó, a poco, por sentirse p r o f u ndamente enamorado de Olivia.
No entiendo muchas de las palabras que me decís, señora, pero sé que ya no podré vivir sin vos.
Olivia, e n c o n trando al supuesto C e s ario con tan buena disposición, y temerosa de que cambiara de parecer y se mostrara indiferente y desdeñoso como en anteriores o c a siones, no quiso d e s p erdiciar la oport unidad que se le presentaba de expresar su más caro deseo.
No creo que no podáis vivir sin mí, como decís, porque, si así fuese, os casaríais conmigo.
Asombrado, pero como era mayor el amor que el asombro, Sebastián respondió: — ¿Casarme con vos? ¡Lo deseo con toda el alma! Y, teniendo ya, implícito en vuestras palabras, vuestro consentimiento, sólo falta que me propongáis día y hora.
Pues, si yo he de proponer, digo que nos casemos hoy mismo, en mi palacio, donde tengo un sacerdote a mi disposición.
Sebastián accedió, y, horas después, llenados los requisitos necesarios, se celebró la boda, la que fué de carácter privado, como lo eran muchas en aquel país y época.
Entretanto, Violeta había enterado al Duque de Orsino del resultado negativo de su entrevista con Olivia. El Duque, despechado, se dispuso a emprender personalmente la conquista de la desdeñosa dama, y hacia la casa de ésta salió con su séquito, en el que iba el presunto Cesario.
Seguidme.

Quiso la casualidad que en aquel momento los oficiales de la justicia, luego de interrogar largamente a Antonio, saliesen con él para conducirlo a la prisión de la corte. Topáronse...





...los dos grupos en la calle principal, y nada de interés para nuestro relato hubiese ocurrido de no haber visto Antonio a Cesario y haberlo confundido con Sebastián.

Antonio se detuvo, y, reconociendo al Duque, comenzó a dar gritos:





Antonio contó al Duque la manera como había salvado a aquel joven (al que tenía por Sebastián) de los peligros del mar, cómo lo había querido y protegido y cómo, por fin, después de tres meses de andar juntos, el ingrato se había quedado con su bolsa, repleta de dinero.





En estas circunstancias ocurrió otro incidente, del que también fué causa el parecido entre Violeta (Cesario) y Sebastián. Habiendo salido Sebastián del palacio de su esposa para ir en busca de Antonio y contarle la nueva de su buena estrella, salió también Olivia para hacer unas compras. Al ver ésta que la gente se agrupaba cerca de las puertas...



...del palacio ducal, curiosa como toda mujer, se acercó en el preciso instante en que Orsino ordenaba a los oficiales de la justicia que se llevaran a Antonio. Mas la mirada de Olivia no se fijó en Antonio, sino en Cesario, al que creyó su marido. Acercóse a él y le habló con términos tan amorosos e íntimos, que...


...el Duque, después de oírle, dedujo que su paje lo había traicionado, y reaccionó furiosamente.
¡Bribón! ¡Así pagaste mis favores! ¡Voto al Cielo que me vengaré!
El pajé Cesario no lo había traicionado. Por el contrario, había respondido con lealtad a la confianza del Duque,
Perdonadlo, señor. No le déis muerte.
Os dejaré la vida a vos, tirana de marmóreo pecho, pero esta prenda, a quien amáis, me consta, y a quien, lo juro al Cielo, estimo en mucho, sabré arrancarla de vuestros crueles ojos. Sígueme, Cesario; mis entrañas rebosan de crueldad. Voy a quitarte la vida.
Y yo iré, feliz, gozoso, a muertes mil para que logréis vos la paz y la dicha.
Al oír estas palabras, Olivia se desesperó. — ¿Qué has dicho —preguntó—. ¿Adónde quieres ir? — Tras el bien que quiero más que a mis ojos y que al mundo entero —respondió Violeta—; más, mil veces más que a mi vida, cual nunca podré amar a mujer alguna. Si miento, el Cielo me castigue.
¡Cesario, esposo mío! ¡No me abandones!
¿Esposo?
Sí, señor... ¡Esposo!
Lo niego.
Yo puedo probar que nos han unido los sagrados lazos del matrimonio. ¿Os bastará, señor Duque, la palabra de un digno sacerdote?
Orsino dijo que sí, y se envió por el ministro de Dios, quien declaró que, en efecto, él había casado a Olivia con Cesario. Este, es decir, Violeta, en vano protestó. El testimonio del sacerdote y la declaración de Olivia convencieron al Duque de que su paje lo había traicionado. Orsino, furioso, se disponía a ordenar la más cruel de las sentencias para...
...su joven servidor, cuando ocurrió algo inesperado: se presentó ante todos otro Cesario, quien, viendo a Olivia, se acercó a ella. Era Sebastián.
¡Dulce esposa mía! ¿Qué te ocurre que así disputas con estos señores?
Olivia, como el Duque y los demás, estaban asombrados de ver a dos personas iguales en rostro, en voz, en vestido —pues se dió la casualidad que ambos vestían idénticos trajes de caballero— y en todo. Pasado el primer asombro, se preguntaban qué misterio había en ello, y el misterio no tardó en aclararse, porque Violeta reconoció en seguida a su hermano.


¡Sebastián, hermano querido!
Mas éste no reconoció a Violeta, disfrazada con traje de caballero.
—¿Por qué de hermano me dais trato?...
Miradme bien, porque no soy lo que aparento, y mi varonil traje encubre el dulce y para vos amado nombre de una flor.
Sólo una flor tiene dulce y amado nombre para mí, porque como ella se llamaba una hermana querida que perdí: Violeta.
El supuesto Cesario se quitó el sombrero, soltó el cabello que bajo él escondía y dijo a Sebastián:— ¡Mírame, mírame, hermano mío, y hallarás a tu Violeta!...
¡Oh, hermana! ¡El mar te llevó, pero es el Cielo quien te devuelve para colmar mi felicidad!
Orsino, enfurecido al principio, calmóse luego, porque su razón y sensatez lo convencieron de que el casamiento de Olivia y Sebastián era inobjetable, ya que éste había conquistado el amor de Olivia en forma lícita y valiéndose de sus propios merecimientos.
Olivia y Sebastián pidieron disculpas al Duque por los incidentes que habían provocado involuntariamente y se marcharon después a su palacio. Con ellos fué Violeta, quien rogó a su cuñada que le . . .
. . . prestara un lujoso vestido, joyas y adornos. Se atavió con ellos y se presentó en el palacio ducal. —Conducidme a presencia del Duque —dijo al jefe de los guardias.
¿A quién debo anunciar, señora?
Al paje Cesario.
¿Os burláis? Vos no sois Cesario... A él bien lo conozco.
Anunciad a quien os dije, si no queréis perder vuestro empleo.

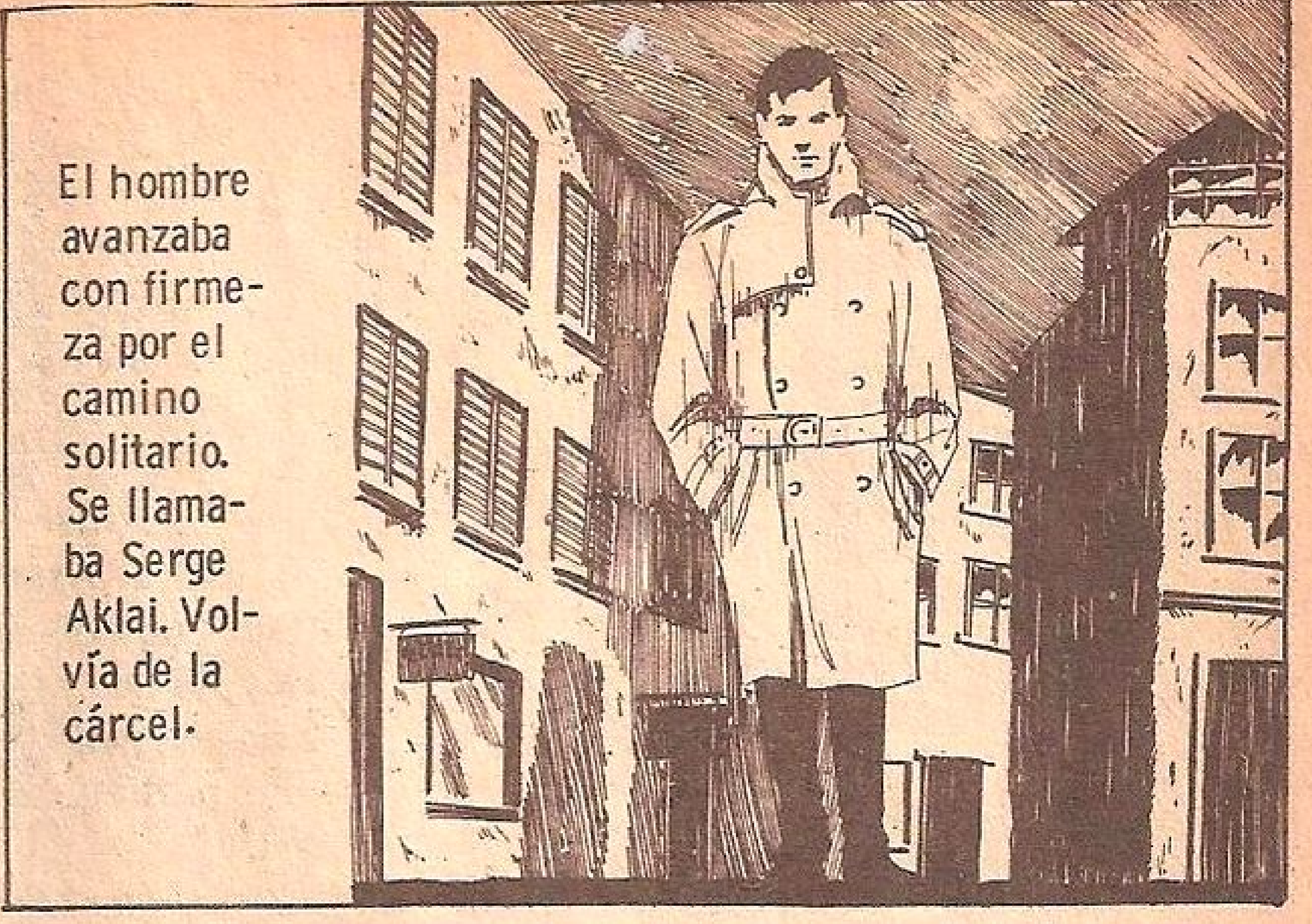

Perplejo, sin lograr explicarse aquel enigma, el jefe de los guardias obedeció. Poco después, Violeta era introducida en el gabinete...
...del Duque, quien quedó admirado por la deslumbrante hermosura de aquella mujer que se arrodillaba ante él.
Vengo, Alteza, a que me deis el castigo que merezco por haberos engañado. Violeta ha de pagar las culpas de Cesario.
Orsino le mandó que se levantase y, cada vez más hechizado por Violeta, pidió a ésta que le contase la historia de su vida y las peripecias que le ocurrieron después del naufragio. Violeta lo complació, y el Duque...
...comprendió entonces las expresiones amorosas de su ex paje, enigmáticas a veces, con doble sentido, y dijo por fin: —Mil veces manifestaste tu amor a una persona que, según ahora vengo a saber, era yo, tu señor. Pues bien, Violeta, tu señor se ha enamorado de ti, y, como por tu sangre y sentimientos...
...eres digna de llevar corona de Duquesa, yo te doy mi palabra de que he de hacerte mi adorada esposa.
¿Accedes?
Accedo, señor y amado mío, porque lo que me habéis ofrecido es cuanto deseo para ser la más dichosa de las mujeres.
Así Violeta y Sebastián se casaron en tierra extranjera, por lo que puede decirse que el naufragio que sufrieron los llevó a la más alta fortuna: Violeta fué Duquesa de Iliria, y Sebastián, el marido de Olivia, la noble, bella y riquísima mujer que se casó con él después de rechazar a los más codiciados pretendientes.
FIN

MORIR MATANDO

Por JEAN PIERRE MELVILLE

ADAPTACIÓN DIBUJOS DE ÁVILA

Película distribuida por ARTISTAS ARGENTINOS ASOCIADOS, y con Jean Pierre Belmondo, Serge Reggiani y Fabbienne Dalí, al frente del reparto.


















Frente a la casa se había detenido un automóvil. Serge Aklai estaba muy atareado, ocultando las joyas, el dinero, y el revólver, dentro de su encerado. Pero advirtió la llegada del automóvil.
Logró huir, pensando que luego haría una visita a Susy Ever. En un sucio baldío, junto a un poste de alumbrado, hizo un hoyo. Guardaría -cuidadosamente- joyas, dinero y revólver, "hasta que llegara una ocasión propicia".
(Susy Ever, con esos tipos.)
Conocía bien la casa. Saltó por una ventana. Desapareció hacia los fondos de la vivienda.
Susy Ever era muy bonita, independiente, y nada tonta. Quería de verdad a Serge Aklai. Y celebró el regreso del hombre.
¿Por qué estabas con esos en el automóvil?
Ibamos paseando, cuando a Garf se le antonjó visitar a Jounart.
Garf tendría algo que ver con el robo de esas joyas, ¿no?
¡Por supuesto! ¡Sin la menor duda!
Haré una visita a "ese caballero", afiliado al miserable de Jounart.
No te comprometas más, Serge. Te lo ruego.
Fueron a cenar a un sitio modesto. Allí, de pronto...
Pierre, el solplón de la policía. Míralo.
(El día en que lo agarre con las manos en la masa...)
Serge Aklai clavó la vista en el famoso confidente, en el "doulos"; a quien odiaba pero en el fondo temía.
Hasta ese momento, nada personal tenía contra Pierre Moneau, el muchacho del pequeño sombrero constantemente puesto, el "doulos" de ese ambiente lleno de peligrosos desfiladeros.
Encantado de volver a verte, Serge.


Cenaron, conversaron, Pierre traía un gran negocio.
Es un viejo millonario y solitario. Fácil. Souday 135, Versailles. Tienes que llevar un socio.
Tan contento estaba Serge Aklai que hasta olvidó lo que le sucediera con Jounart.
A las once en la estación del "Metro" Goldier.
Susy Ever fue a un teatro. Pierre Moneau por otro camino. Sin embargo, la cabeza del soplón trabajaba velozmente.
(Hacen todo tal cual yo les indiqué. ¡Idiotas!)
Vio a Goldier, con ropa de plomero y la valija profesional.
(Ahora se encontrará con Aklai, y prepararán el golpe. Hasta las cinco de la mañana hay tiempo.)
Mientras Serge Aklai y su socio Goldier se reunían estudiando el golpe que les sugiriera Pierre Moneau, éste se apostaba cerca del teatro "Sara Bernhardt". Y cuando vio salir a Susy Ever...
Ese es mi coche, Susy.
La mujer miró con desconfianza a ese individuo que detestaba.
Tengo el mío. Gracias.
Se acercaron al coche de ella. Otro hombre llegó junto al ellos.
¿Conoces a Jules Lussi, "el distinguido"?
Mucho gusto, preciosa. ¡Suba, pronto!
¿Era un rapto? "No. Solamente una conversación". dijo Pierre.
Maneja, Jules. Tú, que conoces tanto de automóviles.


Una hora después, algo lejos de París, Susy Ever "tuvo que cantar" para satisfacción del "doulos"Pierre.
De acuerdo, Susy. Muchas gracias. Sigue manejando, Jules.
Minutos más tarde, el coche se desviaba de la ruta, y caía por un barranco. En su interior, luego, un único muerto: Susy Ever.
En un taxímetro, Pierre Moneau silbaba. A su lado, el silencioso Jules Lisse.
¡Tienes cara fúnebre, Jules!
Ya en París, y desde un teléfono público...
¿Policía? Digan al inspector Desaill que habrá un robo en Souday 135. Sí. Al amanecer.
Serge Aklai y su socio Goldier penetraron sin dificultades en la finca de Versailles. El dueño de casa fue reducido. Mientras Goldier trabajaba con la caja de hierro, Aklai salió a los jardines, a husmear, por las dudas.
En el tétrico baldío de la calle Dettier, una sombra masculina se dirigía rápidamente hasta el poste del alumbrado "que le intesa". Luego, hurgará, hasta hallar lo que ocultara Serge Aklai.
Al terminar, su cínica sonrisa estalló, por un instante, bajo el arco de luz eléctrica. ¡Pierre Moneau, el soplón!
Poco después, en su automóvil, Pierre tomó el camino al centro de París. Ha sido una jornada muy productiva. Y Susy Ever no vive para narrar a Serge Aklai la hazaña del infame"doulos"Pierre.
En Versailles, Serge Aklai, ha visto un sospechoso movimiento de gente salida de un automóvil. Es la encerrona policial.
¡Goldier! ¡Goldier!


Avisó prestamente al socio.
Todavía no pude abrir esa maldita caja.
Escapemos. Si me agarran estoy perdido.
La policía abrió el fuego. El teniente Boudé, osado como siempre, se adelantó. Goldier lo abatió de un tiro. Desde el suelo, el hombre de la ley mata al asesino, y a su vez, muere.
Los disparos del valeroso policía alcanzan también al hombre que huye.
(¡Este del pecho... duele como mil diablos!)
Serge Aklai consiguió burlar el cerco policial.
Va herido. Tal vez no llegue muy lejos.
A las cinco de la mañana, el malhechor herido visitó a ese cirujano del hampa que a veces opera sin anestesia.
Me dieron... doctor Kadin.
Kadin hurgó largo rato en la herida, hasta encontrar el plomo.
No puedo tenerte aquí, Aklai. Es mucho compromiso. Con cuidado, pero márchate.
En un departamento de París, Pierre, el soplón, examinó las joyas robadas, calculando que hay allí una montaña de francos nuevos.
(Si los negocios siguen así, pronto me retiro.)
Sabe que por casualidad los malhechores llegan a viejos. Tocó el ala de su elegante sombrero, y sonriendo, guardó las joyas.
(¡Y aquella idiota de Germaine que me abandonó!)
La policía fue en busca de Pierre Moneau.
Vamos a casa, Pierre. Quiere hablar contigo el inspector.
Hace mucho frío en esa sucia comisaría, amigo mío.


¡Camina, elegante! Y quítate el sombrero para hablar conmigo.
El policía dio un golpe seco en el hombro del canalla.
¿Acaso eres el inspector Desaill?
Han matado a mi amigo el teniente Boudé. ¿Quién ha sido?
¿Qué puedo saber?
El inspector no demostraba la furia que tenía guardada.
¿De manera que nada sabes sobre el matador del teniente?
El inspector siguió el movimiento del confidente, cuando éste se quitó el sombrero. Y pensó:"¡Canalla!" Pierre Moneau trataría luego de eludir responsabilidades.
Serge Aklai y ese Goldier solían andar juntos. Busque por ese lado, inspector.
El sagaz inspector lograría, diez minutos después, una importante respuesta del "doulos".
Moneau se puso en pie;sonrió. Tomó su sombrero.
Tú me llevarás hasta ese Serge Aklai. ¡Vamos!
¡Estoy cansado! ¡Quería irme a dormir!
En el coche de la policía recorrieron infinidad de sitios nocturnos. Mala música; peor ambiente.
Lo siento, inspector. No lo conozco a ese Serge. Soy nuevo.
Fracasó la búsqueda durante esa noche. Pero al día siguiente, Serge Aklai fue detenido. Y profundamente careado.
¿Por qué me detienen? No tienen pruebas.
Hay que tomar las cosas con calma, muchacho.
Detenido, conocería a un individuo de gran corpulencia, apellidado Mc Benn. Este sabía bien quién era Serge Aklai.
Trató a Aklai paternalmente.
Si no hay pruebas no pueden tenerte aquí mucho tiempo, Serge.


La policía reuniría diversas pruebas contra Aklai.
No confiesas, ¿eh ? ¡ Peor para ti !
Devuelto a la celda que ocupaba con Mc Benn...
¡Terminarán cocinándome quién sabe por cuánto tiempo!
Escúchame un poco, muchacho.
Mc Benn iba a salir en libertad.
Vamos a planear algo para recuperar tu tranquilidad, Serge. Me hago quemar las manos...
... si ese "doulos" de Moneau no ha sido el culpable de todas tus desgracias.
¿El ?
Tengo buen olfato, muchacho.
Si llegara a ser Pierre Moneau...
En cuanto yo salga, me pondré en campaña. No te aflijas.
¿Y si me cargan una condena? ¿Qué hago?
El ex-boxeador Luther Mc Benn sonrió paternalmente.
Tratarías de escapar, por esta vez. Cuando arregles con ese Moneau, la vida te parecerá mejor.
Sucedió como Aklai imaginaba.
Con mucho gusto vamos a devolverte a la cárcel, Aklai.
(¡Otra vez preso!)
El recuerdo de Susy muerta, del culpable de esa muerte, desaparecido, del solplón que le arruinó el robo de Versailles, formaban un frente de espantos que no dejaban dormir a Serge Aklai.
(¡Cuando le eche el guante a ese maldito Pierre!)


Pierre, entre tanto, se divertía.
(Vamos a ver qué tal atienden en el nuevo "Ibis Club.")
IBIS CLUB
Conocía muy bien a uno de los patrones de ese Club.
(Hizo plata muy rápido ese italiano. Me gustaría conversar con él.)
Ya en bar, y con un "scotch" al filo de sus labios...
(Debe haber juego pasando esa puerta dorada.)
El barman tenía los labios sellados. No los abría por nada.
Lo único que yo sé es despachar bebidas, señor.
¡Y lo haces bastante mal, idiota!
El empleado bajó la cabeza y nada respondió, pero oprimió un botón oculto. A poco asomaría un individuo delgado, con cara de ratón.
¡Mi viejo amigo Garf! ¿Acaso de la firma?
Garf, antiguo malandrín, traficante de alcaloides, asesino, vestía impecable ropa de etiqueta hecha en Londres. Se acercó a Pierre.
¿Qué tal, Pierre? ¿La copa inauguración? Paga la casa.
Se miraron a los ojos ambos canallas.
Dile a Gabitti que quiero conversar con él, de negocios.
No está. Anda muy enamorado el tonto.
Iniciábase el número de varieté y los hombres hicieron silencio. Cuando hubo ciertas penumbras en el local...
(¡Germaine!)
Germaine Guy, belleza madura, iba a encender un cigarrillo.
¿Fumas siempre turcos? ¿Estás sin compañía, amor mío?

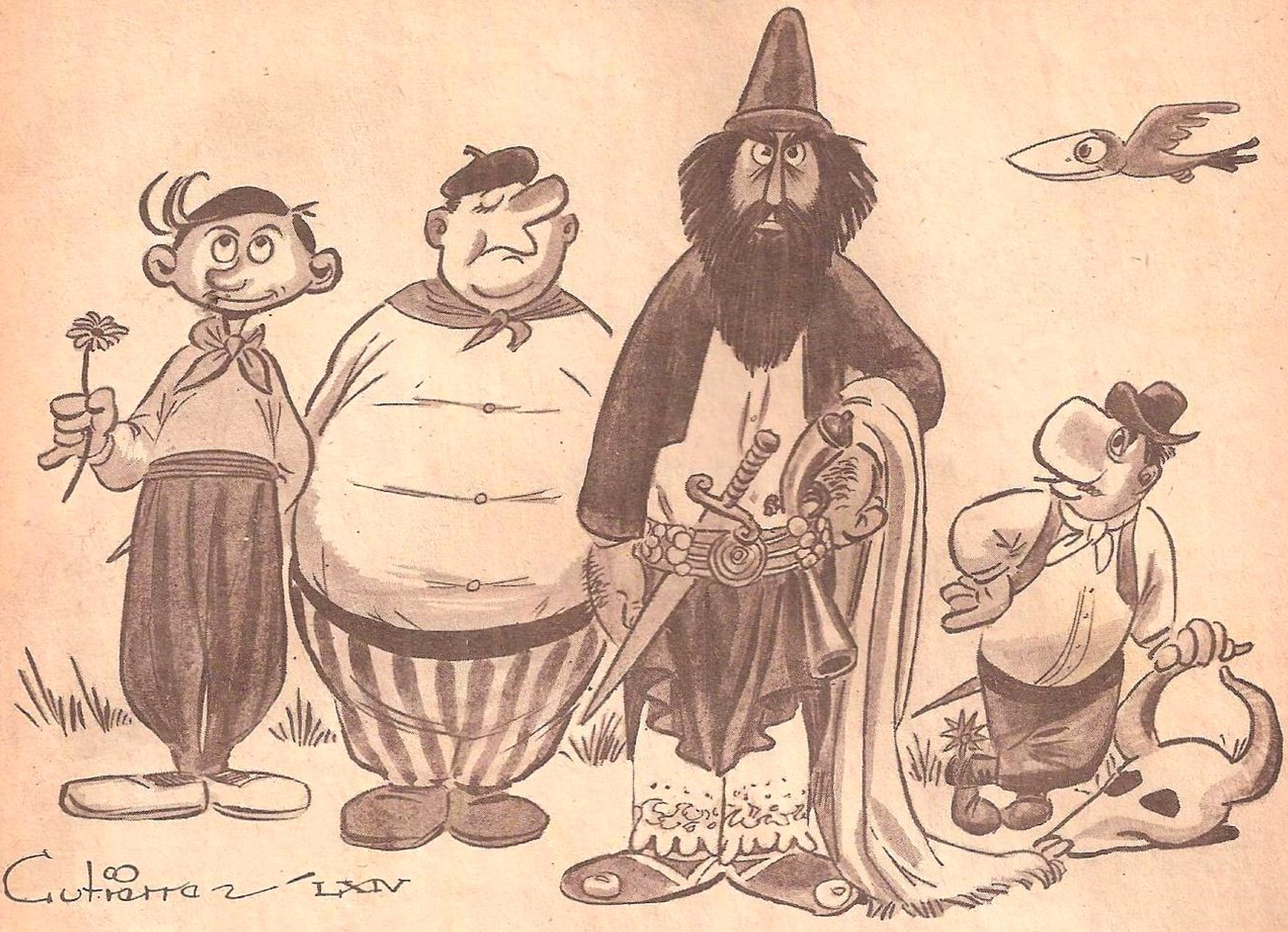

La frase hizo estremecer a la mujer.
Pierre. ¡Oh, vete, vete! Marco te matará.
El "doulos" tomó asiento, dando la espalda al sitio donde una artista muy hermosa hacía su número.
Ya ves. Prefiero mirarte a los ojos, Germaine.
Fumaron en silencio durante breve lapso.
¿Así que eres la novia del poderoso Marco Gabitti?
Ella se delató en seguida. Quería al apuesto Pierre. A pesar de que podía llegar a casarse pronto con Gabitti. Pierre lo descubrió, y con una ancha sonrisa, dijo: "Vamos a dar un paseo, amor mío".
¡No! Tengo miedo. Mañana, tal vez, pudiéramos almorzar.
"Hasta mañana. Telefonéame al lugar de costumbre. Te quiero", susurró el "doulos" abandonando el local.
(¡Deben guardar mucho dinero, aquí, Gabitti y Garf! ¡Humm!)
El almuerzo en una hostería de Versailles, llenó de alegría a Germaine Guy. Y de ansiedad al malhechor.
(¡Lo que yo pensaba! A veces tienen hasta cuatro millones!)
Pensó que no estaría mal darles un susto a esos canallas del "Ibis Club". A Marco Gabitti, particularmente.
¿Me quieres aún, Pierre? ¡Dímelo!
Por unas palabras de amor -falso amor- conseguiría lo que tanto anhelaba. Pierre ya tenía en su mente el camino que conducía a la caja de caudales del Ibis. Germaine se lo había proporcionado sin darse cuenta.
Esta noche comeremos en un sitio bien elegante, querida.
Así sucedió. Y en la mañana siguiente, Pierre Moneau penetró audazmente en el "Ibis", vacío y silencioso a esas horas. Cuando llegó al despacho de la gerencia, tomó asiento y esperó.
(Un auto. Ha de ser Gabitti. O su socio. Es igual.)


Era Marco Gabitti, quien se sorprendió al escuchar la voz que le ordenaba alzar los brazos. Instantes después se producía un diálogo que alegró los oídos de Pierre.
¡Te daré lo que quieres, Pierre! ¿Quinientos mil? ¿Más?
Me has convencido, Marco. ¡A ver ese dinero!
Cinco minutos más tarde, el italiano daba al soplón "cinco millones constantes y sonantes, por su vida".
Tres minutos después, Marco Gabitti caía al suelo, desparramando los billetes de banco; manchándolos con su sangre. El asesino dejó el arma sobre el escritorio, guardó su dinero, y siguió esperando.
Tu... maldito... socio... me alcanzó...
A las diez y cuarenta de la mañana apareció Garf en la lujosa oficina. Pierre Moneau hizo una breve comedia, tomándose el pecho mientras ofrecía el revólver a Garf.
¡Ja, ja, ja! Eres muy ingenioso, Pierre.
Garf se apresuró a tomar el arma que le ofrecían. Apretó el gatillo pero no salió el proyectil. En cambio, el rápidamente repuesto Pierre, le metió un tiro en el corazón.
El revólver de Pierre, ahora en en la mano del fallecido Garf, indicaba que los socios del "Ibis" se habían matado mutuamente. Moneau preparó una cuidada Mise en Scene. Luego, silbando, se marchó.
¿Germaine querida? Ya eres libre, ¿sabes?
A esas horas, mientras el "doulos" respiraba dicha...
Yo salgo. Hasta muy pronto, y suerte.
Conseguiré huir, Luther. Hasta muy pronto.
(¡Maldito soplón! Fuiste mi ruina!)
Mc Benn había envenenado a su compañero de celda. Serge Aklai vivía nuevamente para la venganza.


Luther Mc Benn averiguó ansiosamente sobre la vida de Pierre Moneau. Adornando con bastante dinero a otros individuos del hampa, pudo saber que el "doulos" tenía una finca en Saint Denis.
(Rue Veldeir 17, ¿eh, Pierre?)
Allí pensaba instalarse definitivamente el nuevo millonario. El tiroteo entre los dos socios del "Ibis Club" levantó gran revuelo, pero todo quedó tal como le gustaba al asesino.
(¡Ahora a olvidarse de la mala vida, Pierre!)
Muy fácil, muy cómodo. Ese era el pensamiento de un tenebroso individuo. El del sombrero elegante: Pierre Moneau.
El ex-boxeador Mc Benn siguió sus pasos.
(¿Así que te casarás con esa belleza, para retirarte, Pierre? ¡Eso lo veremos, amiguito!)
De pronto, la crónica policial de París explicó la huída de un temible personaje del hampa.
HUYO SERGE AKLAI
Pierre Moneau no leía los diarios. No quería verse con nadie. Vivía para Germaine Guy. Y para él mismo.
Llega la primavera, Germaine. Nos casaremos el mismo día 21.
En un pequeño automóvil robado, Serge Aklai iba hacia Saint Denis. Hacia el futuro nido de Pierre Moneau. Estaba enterado de que el "doulos" visitaba todos los días la finca. Llevaba objetos de arte, alfombras. Serge iba a otra clase de cita.
El terrible trueno anunció lluvia. Serge Aklai se estremeció al volante del automóvil que robó para ir hasta Saint Denis.
Cuando llegó ante la hermosa finca del soplón, "alguien" se escondió prestamente dentro de la casa.
Vengo a conversar contigo, Pierre.
Enloquecido de rabia, empujo la puerta siendo recibido por una lluvia de balas.


Cuando Luther Mc Benn hizo pasar a su querido muchacho Serge, del vengativo sólo quedaba un hilo de vida.
Tú... también... traidor... maldito...
El irlandés alzó su cabeza de toro, mirando hacia el sendero.
¡El otro! ¡Andas en la buena, Luther!
Pronto desaparecería, dejando a Aklai de boca contra el reluciente piso del hall.
Traidor...
Cuidado... El... biom... bo.
Pierre Moneau dejó de silbar; viendo a Serge Aklai manchándole su pulido piso. Se acercó, revólver en mano.
El vengativo hacía un gran servicio al soplón, en el mismo umbral del infierno. Pierre alzó la mirada, fijándola en el exquisito biombo de Taipei, recién adquirido. ¿Tenía que destruirlo a balazos? Su razonamiento le hizo accionar el gatillo del arma varias veces...
... y al derrumbarse el objeto de arte oriental, también se derrumbó para siempre Luther Mc Benn.
¿Y este pájaro? Bueno, Serge ya no puede decirme quién es.
Sonrió, mirando al fallecido Serge Aklai. Pero la sonrisa se heló en sus sarcásticos labios. El toruno irlandés, antes de terminar para siempre, apretó el gatillo. El proyectil alcanzó el lujoso chaleco de Pierre, a la altura del corazón.
La sorpresa del soplón duró pocos segundos. Comprendió que allí acababa su historia, por cierto deleznable. Logró llegar hasta el teléfono, marcar un número, y escuchar la voz de Germaine.
"No nos veremos esta noche", alcanzó a decir. Saludó, colgó, y fue derrumbándose lentamente, bien muerto, aunque alcanzando el final de su triste vida, muy pero muy lejos de la codiciada frontera del bien, del honor. Por otra parte, ¿qué sabían de esas bellezas individuos como él, como Serge...
... como Gabitti, como Garf, como Jounart? Sombras del mal, ahora definitivamente enterradas en el ocaso. Pierre Moneau no se había quitado el sombrero de su cabeza, ni ante la muerte. La muerte se vio precisada a arrancárselo, enseñándole respeto.
FIN

ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del
Viejo Irala
por Alberto
Vacarezza



Nací como todo bicho
en sus cuevas o pajales;
las diferencias formales
sólo están en el vivir.
AL NACER COMO AL MORIR
LOS HOMBRES SOMOS IGUALES.

NOVIEMBRE 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	L. Nueva 4	C. Crec. 12	L. Llena 19	C. Meng. 26	*

DICIEMBRE 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Nueva 3	C. Crec. 12	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31	L. Llena 18	C. Meng. 25

Lea, en el próximo intervalo ALBUM

EL REGALO DE LA PEQUEÑA ODETTE, por Josephine Bernard

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

LA CAIDA DEL IMPERIO ROMANO, por Anthony Mann

¿DONDE VAS ALFONSO XII?, por Manuel Tamayo

EL VESTIDO DE LANA, por Henry Bordeaux

LA PRIMERA PASION, por Octavio Feuillet

CATALINA FENTON, por H. P. Blomberg

VENGANZA DE MUJER, por O. Moro

DOCTOR KILDARE, por Ken Bald

GAUCHO, por C. M. Payva

intervalo ALBUM

AÑO XV — Nro. 88

Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Interior y Exterior: B. Bertrán, Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hnos., Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 807.943 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B

Franqueo a pagar Concesión Nº 372

Tarifa Reducida Concesión Nº 2761



ATENCION CLASES PERSONALES: ABIERTA LA INSCRIPCION